PAIDOS STUDIO/BASICA

Hª ANTIGUA II

CÓD. 15

Títulos publicados:

1. K. R. Popper - *La sociedad abierta y sus enemigos*
2. A. McIntyre - *Historia de la ética*
3. C. Lévi-Strauss - *Las estructuras elementales del parentesco*
4. E. Nagel - *La estructura de la ciencia*
5. G. H. Mead - *Espíritu, persona y sociedad*
6. B. Malinowski - *Estudios de psicología primitiva*
7. K. R. Popper - *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*
8. M. Mead - *Sexo y temperamento*
9. L. A. White - *La ciencia de la cultura*
10. F. M. Cornford - *La teoría platónica del conocimiento*
11. E. Jaques - *La forma del tiempo*
12. L. White - *Tecnología medieval y cambio social*
13. C. G. Hempel - *La explicación científica*
14. P. Honigsheim - *Max Weber*
15. R. D. Laing y D. G. Cooper - *Razón y violencia*
16. C. K. Ogden e I. A. Richards - *El significado del significado*
17. D. I. Slobin - *Introducción a la psicolingüística*
18. M. Deutsch y R. M. Krauss - *Teorías en psicología social*
19. H. Gerth y C. Wright Mills - *Carácter y estructura social*
20. Ch. L. Stevenson - *Ética y lenguaje*
21. A. A. Moles - *Sociodinámica de la cultura*
22. C. S. Nino - *Ética y derechos humanos*
23. G. Deleuze y F. Guattari - *El Anti-Edipo*
24. G. S. Kirk - *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas*
25. K. W. Deutsch - *Los nervios del gobierno*
26. M. Mead - *Educación y cultura en Nueva Guinea*
27. K. Lorenz - *Fundamentos de la etología*
28. G. Clark - *La identidad del hombre*
29. J. Kogan - *Filosofía de la imaginación*
30. G. S. Kirk - *Los poemas de Homero*
31. M. Austin y P. Vidal-Naquet - *Economía y sociedad en la Grecia antigua*

Michel Austin
Pierre Vidal-Naquet

ECONOMIA Y SOCIEDAD EN LA ANTIGUA GRECIA



ediciones PAIDOS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Economies et sociétés en Grèce ancienne*
Publicado en francés por Armand Colin, París, 1972

Traducción de Teófilo de Lozoya

Cubierta de Julio Vivas

1.ª edición, 1986

ISBN: 84-7509-395-7

Depósito legal: B. 18.336-1986

Impreso en Limpergraf, S. A.
C/ del Río, 17; Ripollet (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

2

INDICE

II

TEXTOS

3

4

PREFACIO

Esta obra responde a una exigencia que conocen desde hace tiempo las personas que tienen que enseñar historia de Grecia en las facultades y en las universidades. Los estudiantes, insatisfechos desde hace tiempo con una historia exclusivamente política, reclaman también la introducción de la historia «económica y social». Se les ha de responder —y este libro pretende modestamente hacerlo— que ni lo «económico» ni lo «social» tienen en la ciudad griega el rango que hoy día les corresponde. La obra arranca de esta ambigüedad y, si bien acepta el requerimiento, rechaza los términos de la cuestión: quien se haya visto obligado a explicarse alguna vez el papel de los esclavos en las luchas sociales del mundo griego, entenderá qué es lo que queremos decir.

El período que se pretende cubrir es enorme y los capítulos de introducción no podían ser más que un breve esbozo que planteara los principales problemas. El orden que se ha seguido depende de la cronología y también del cuadro, pero en las dos series nos hemos tomado voluntariamente algunas libertades; así, por ejemplo, en el capítulo dedicado a la Atenas del siglo v, hemos seguido el destino de los metecos, para marcar las diferencias o las semejanzas, hasta el siglo iv. Nuestro libro comporta una selección de textos traducidos que sigue a los capítulos de introducción.[1] La selección y la presentación de los textos responde a una doble finalidad, a saber: proporcionar, evidentemente, una ilustración directa y una justificación de lo que se dice en el correspondiente capítulo de la introducción (aunque algunos textos pueden aplicarse a más de un capítulo), y dar asimismo a estos capítulos una especie de contrapunto, introducir un matiz o una precisión, o incluso un elemento de inquietud. Partiendo del principio de que un texto sólo «habla» si se le

1. El plan general del libro lo hemos establecido en común. Michel Austin se ha dedicado especialmente a los capítulos de introducción y Pierre Vidal-Naquet a la segunda parte. Salvo algunas excepciones que ya se indican, nosotros mismos hemos traducido los textos literarios o epigráficos, sin vacilar en utilizar expresiones de las traducciones ya existentes.

hace hablar —aunque sin utilizar obligatoriamente la tortura—, hemos incluido, junto a los textos traducidos, una presentación, algunas veces brevísima, casi simbólica, cuando los capítulos de introducción, o los textos anteriores, o los siguientes proporcionaban suficiente información para hacerlos comprensibles; otras, en cambio, son mucho más detalladas. Las notas tienen la intención de recordar brevemente algunos hechos o definiciones, o bien la de proporcionar los complementos a la presentación y facilitar su comentario.

Los textos son exclusivamente una selección, que podrá siempre tildarse de arbitraria, pero, por lo demás, el lector comprenderá rápidamente —si es un principiante— que los textos sólo son un elemento, y no siempre el más importante, de la historia económica y social de Grecia. Además no todos son traducibles: por ejemplo, no sabemos muy bien cómo podrían traducirse, sin un enorme aparato de erudición, las listas de los tributos[2] que pagaban a Atenas las ciudades que estaban bajo su dominación. Así pues, lo que el lector tiene ante sí no es, ni siquiera resumido, un *corpus* documental correspondiente a la envergadura de los problemas que se plantean; por el contrario, hemos incluido en esta selección muchos textos que, según la clasificación habitual, no nos documentan sobre los *hechos*, sino acerca de la manera en que los griegos los aprehendían, pues, ¿no es acaso tan importante saber qué idea tenían los griegos de lo económico y lo social, como conocer cuáles eran los salarios que se pagaban en Atenas?

Estaremos agradecidos a cuantos nos proporcionen elementos que nos hagan corregir los eventuales errores en los hechos o en su apreciación. Muchos amigos y colegas nuestros han colaborado directa o indirectamente (sobre todo haciéndonos llegar trabajos todavía inéditos) en la realización de este volumen: así J. Bollack, S. Clavel, J. Detienne, Y. Garlan, Ph. Gauthier, G. Hirzel, S. C. Humphreys, G. E. Rickman, J. Rougé, P. Schmitt, Alain y Annie Schnapp (a quien debemos los mapas y esquemas), P. Veyne; se lo agradecemos sinceramente y damos las gracias también a M. I. Finley, que ha renovado nuestra percepción de la historia económica y social del mundo griego más que ningún otro historiador contemporáneo, y a P. Lévêque, que ha tenido la gentileza de pedirnos que escribiéramos este breve capítulo de la *aventura griega*.*

2. H. T. Wade-Gery, M. F. Mc Gregor: *The Athenian Tribute Lists*, ed. B. D. Meritt, I-IV, Cambridge-Princeton, 1939-1953.

* Esta obra, escrita en francés, se ha traducido al italiano, al alemán y ahora al castellano. Austin, M., Vidal-Naquet, P.: *Economie e società nella Grecia antica*, Turín, Boringhieri, 1982. Austin, M., Vidal-Naquet, P.: *Gesellschaft und Wirtschaft im alten Griechenland*, Munich, Verlag C. B. Beck, 1984.

P. S. No hemos intentado unificar sistemáticamente la transcripción de las palabras y los nombres griegos; para justificar este desahogo, nos remitimos al prefacio de los *Siete pilares de la sabiduría* de T. E. Lawrence.

6

I

PRESENTACION

CAPÍTULO 1

CONCEPTOS Y PROBLEMAS GENERALES

La controversia acerca de la economía griega antigua[1]

La historia política es un invento de antiguo cuño que se remonta, como sabemos, a los historiadores griegos. En cuanto a la historia económica, hay que decir que se trata de un descubrimiento del siglo XIX. Y ello no es debido a que las cuestiones económicas de la historia de la Antigüedad no hubieran interesado antes, puesto que ya en el siglo XVIII se encuentran detallados estudios sobre este tipo de problemas. En 1817 August Boeckh publica su gran estudio sobre la economía política ateniense, *Die Staatshaushaltung der Athener*, pero esos trabajos no ejercieron ninguna influencia inmediata en los historiadores de la Antigüedad. Todavía durante cierto tiempo, la historia económica siguió siendo una parcela aislada, no integrada en la historia general. Uno de los grandes historiadores de Grecia, el británico George Grote, pudo así escribir una *Historia de Grecia* (publicada en Londres entre 1846 y 1856), en la que las cuestiones econó-

1. Las siguientes páginas no ofrecen más que un brevísimo resumen de la controversia; para una exposición detallada de la cuestión, con bibliografía, consúltese Ed. Will, «Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique», *Annales*, 9, 1954, págs. 7-22; con mayor brevedad, véase Pearson W.: «The secular debate on economic primitivism», en *Trade and Market in the Early Empires*, ed. by Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg and Harry W. Pearson, Glencoe, 1957, págs. 3-11 (trad. cast. *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*, Labor, Barcelona, 1976). Añadamos los informes sobre los períodos clásico y arcaico elaborados respectivamente por Finley, M. I. y Ed. Will, en *Second International Conference of Economic History, Aix-en-Provence, 1962*, I, París y La Haya, 1965, págs. 11-35 y 41-96, así como Vidal-Naquet, P.: «Economie et société dans la Grèce ancienne: l'oeuvre de Moses I. Finley», *Archives européennes de Sociologie*, 6, 1965, págs. 111-148 (trad. cast. «*Economía y sociedad en la Grecia Antigua*» en Mosse, C. y otros: *Clases y lucha de clases en la Grecia Antigua*, Akal, Madrid, 1977). Véase asimismo Humphreys, S. C.: «Economy and Society in Classical Athens», *Annali della Scuola normale superiore de Pisa*, 39, 1970, págs. 1-26; y de la misma autora, «The Work of Louis Gernet», *History and Theory*, 10, 1971, págs. 172-196. Sobre la contribución de los italianos, sobre todo en el campo de la historia social, véase Lepore, E.: «Economia antica e storiografia moderna», en *Ricerche storiche ed economiche in memoria di Corrado Barbagallo*, I, Nápoles, 1970, págs. 3-33.

micas, aunque no se hallaban del todo ausentes, ocupaban tan sólo un lugar modesto y no eran objeto de ninguna investigación sistemática. Y, sin embargo, Grote, hombre de negocios bastante influyente en la *City*, se hallaba bien situado para observar la importancia que aquéllas tenían, aunque las viera sólo a través del prisma del liberalismo inglés. A pesar de todo, a más o menos largo plazo, no podía dejar de plantearse el problema: ¿cómo se iba a integrar en la historia de Grecia la nueva dimensión económica?[2]

El primer intento de integración puede situarse a finales del siglo XIX y va asociado a los nombres de los grandes historiadores-filólogos alemanes Eduard Meyer,[3] K. J. Beloch y Georg Busolt (en particular Ed. Meyer). Ciertos economistas alemanes del siglo XIX habían esbozado unos esquemas que resumían (o pretendían resumir), a grandes rasgos, la evolución económica a lo largo de la historia, para ello utilizaban la noción de estadios de desarrollo económico por los que habría pasado la historia de la humanidad. Uno de ellos, Karl Bücher, en su obra *Die Entstehung der Volkswirtschaft* («La génesis de la economía nacional») —publicada por primera vez en 1893, y reeditada frecuentemente—, reconocía la existencia de tres estadios de la evolución económica, a saber: la economía doméstica cerrada (*geschlossene Hauswirtschaft*, idea tomada de un predecesor, Karl Rodbertus), la economía urbana (*Stadtwirtschaft*) y la economía nacional (*Volkswirtschaft*); a su juicio esos tres estadios correspondían, *grosso modo*, a las tres grandes divisiones de la historia; a la Antigüedad correspondería la economía doméstica cerrada, a la Edad Media la economía urbana y al mundo moderno la economía nacional. El esquema de Bücher, pura abstracción característica de las grandes síntesis del siglo XIX, no podía sostenerse ante el examen de los hechos, sobre todo en lo que se refiere a la Antigüedad. Ed. Meyer, y posteriormente los demás historiadores alemanes, se dedicaron a destruirlo, sustituyendo su visión por otra más «realista» de la economía griega antigua. Su intención (declarada) era la de escribir una historia griega que fuera más «moderna» que la producida hasta la fecha, y en esta perspectiva la economía debería encontrar el sitio que legítimamente le correspondía en la historia de la antigua Grecia. Ambición ésta muy razonable, desde luego, pero que, sin embargo, les conduciría directamente a otro error. Al igual que su visión de la historia política griega fue falseada por la preocupación alemana de la época por la unidad nacional, también la

2. Naturalmente, se planteaba el problema para la Antigüedad en conjunto, pero, de hecho, la controversia se desarrolló fundamentalmente acerca de la historia de la Grecia prehelenística.

3. Se ha de reseñar que durante mucho tiempo la controversia fue esencialmente alemana y, salvo raras excepciones, tuvo poco eco en el extranjero.

imagen que mostraron de la evolución de la historia económica griega era un reflejo más o menos fiel del desarrollo económico de la Europa moderna. Conceptos y terminología de la historia económica contemporánea eran aplicados literalmente al mundo griego. Según ellos, a partir de siglo VIII se habría producido un considerable desarrollo de la industria y del comercio griegos, con el resultado de una producción y unos intercambios de estilo capitalista y las bases de una economía monetaria. En esta época, se habría acabado el antiguo régimen económico basado en la propiedad de la tierra. Las viejas aristocracias terratenientes se habrían visto reemplazadas por las aristocracias del dinero, al ceder su puesto los propietarios del suelo a los «industriales» y comerciantes. La historia política sería reinterpretada en gran medida a partir de la revolución económica y de sus consecuencias sociales. Los Estados griegos verían cómo se atribuía a sus comportamientos unas preocupaciones comerciales de corte moderno. Los paralelismos (falsos o verdaderos) trazados a partir de la historia de la moderna Europa no eran en absoluto extraños para estos historiadores, sino todo lo contrario. Ed. Meyer escribía: «En la historia de Grecia los siglos VII y VI corresponden a los siglos XIV y XV del mundo moderno, y el V al XVI».[4] No se podía ser más claro. K. Bücher se defendió lo mejor que pudo ante los ataques de los historiadores de la Grecia antigua. No tuvo reparo alguno en señalar numerosas lagunas e inconsistencias en las tesis de sus adversarios, basadas en una explotación abusiva de las fuentes documentales. Pero con ello no reforzaba su interpretación de la economía antigua.

Es evidente que el debate carecía de un buen *planteamiento* y había empezado mal desde el principio. Incluso, puede decirse que no ha dejado de resentirse desde entonces de sus malos comienzos, tanto más cuanto que el prestigio y la autoridad de los historiadores alemanes lograron imponer con mucha frecuencia una visión de la economía griega que certeramente resulta insostenible. Pero las responsabilidades eran compartidas. El error fundamental cometido por Bücher, Meyer y sus respectivos discípulos residía en los propios términos en los que se planteaba el debate. El problema quedaba acorralado (y así ha permanecido todavía mucho tiempo) en la alternativa de si la economía griega era moderna o primitiva. Al margen de los juicios de valor implícitos en semejante formulación, que pudieran falsear, consciente o inconscientemente, sus puntos de vista, los dos bandos en controversia partían del postulado de que la evolución económica es un proceso unilineal que sigue una curva regular en la teoría (si no necesariamente continua en el tiempo). Se trataba, pues, de determinar, al estudiar la economía griega, qué

4. Ed. Meyer, *Kleine Schriften*, I, Halle, 2.ª ed., 1924, págs. 118-119.

9

punto de la curva había alcanzado, y, según fuera la respuesta, se definía la economía griega como moderna, primitiva o de no haber alcanzado más que un estadio intermedio. Ni siquiera se planteaba la cuestión de saber si se podía estudiar aisladamente la «economía» griega y si esto podía hacerse a partir de conceptos económicos creados por el mundo moderno, lo cual constituía un problema fundamental. Mientras que habrían debido discutirse primero los *conceptos*, se procedía como si el problema se hallara situado únicamente en el campo de los *hechos*: se trataba de estudiar, pues, los *hechos económicos*, y así todo estaba resuelto. Como los hechos contradecían evidentemente a la teoría de Bücher, los modernistas pudieron llegar a creer que la controversia se había resuelto a su favor.

Para salir de este atolladero había que empezar por otra parte, y la iniciativa que condujo a una mejor comprensión del puesto que ocupaba la economía en la historia de Grecia se debe al gran sociólogo alemán Max Weber,[5] quien rechazaba de plano la falsa disyuntiva modernismo/primitivismo en la que se había querido constreñir el debate (sin que por ello se haya dejado de recurrir a ella).[6] Situándose en el terreno de las instituciones y subrayando las características que son propias de la historia de Grecia, Max Weber definió la ciudad griega antigua oponiéndola a la ciudad medieval. La ciudad griega era una aristocracia de guerreros, o bien de marinos; una ciudad de consumidores, mientras que la ciudad medieval era una ciudad de productores. Un artesano de la Florencia del siglo XIV que era ciudadano de una ciudad que ejercía su soberanía sobre el campo (*contado*), era ciudadano en la medida en que pertenecía a una de las *artes*, y ejercía su soberanía a través del *arte* de la que era miembro. En Atenas no ocurría nada de eso; los caldereros, los alfareros y los comerciantes eran ciudadanos —cuando lo eran— no tanto por su oficio como por ser hijos de un ciudadano y de una hija de ciudadanos que estaban inscritos y reconocidos en sus fratrías y en sus demos. Weber hacía hincapié sobre el rol que tuvo la guerra en la historia de Grecia: la

5. Ed. Will no incluye la contribución de Max Weber en el artículo citado anteriormente, lo cual resulta sorprendente, pues J. Hasebroek se apropiaba expresamente de las tesis de Weber. Las obras fundamentales de Weber son en este sentido *Wirtschaft und Gesellschaft*, II, Tubinga, 4.ª ed., 1956, págs. 735-822; *Typologie der Städte: die nicht legitime Herrschaft* (traducción inglesa de D. Martindale y G. Neuwirth, *The City*, Nueva York, 1966); y «Agrarverhältnisse im Altertum», en *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1924, págs. 1-288. Max Weber tuvo al menos un predecesor, el Marx de los *Grundrisse* de 1857-1858, pero este texto no se conocía antes de 1939.

6. Véase, por ejemplo, cómo F. Oertel resume el debate en su apéndice a Von Pöhlmann, R.: *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der alten Welt*, II, Munich, 3.ª ed., 1925, págs. 516-518.

democracia griega, club político de los ciudadanos, redistribuía entre sus miembros los productos de la guerra, del tributo, de las tierras, etcétera. Estas ideas de Weber fueron tomadas y desarrolladas por Johannes Hasebroek en dos obras, *Staat und Handel im alten Griechenland*[7] y *Griechische Wirtschafts- und Gesellschaftsgeschichte bis zu den Perserkriegen*,[8] siendo la primera la más importante en el plano teórico. Siguiendo el ejemplo de Weber, Hasebroek desplazaba el debate del nivel de las formas y el alcance de la actividad económica al de las relaciones entre la economía y la vida política de la ciudad griega. En su opinión, en ella no podía existir una política económica en sentido moderno (política mercantil, carrera de mercados, etc.), porque no existía un comercio o una industria *nacional* en las ciudades y por el importantísimo papel que desempeñaban en la actividad económica los extranjeros, libres o esclavos, que por definición carecían de todo acceso a la política de la ciudad. Los ciudadanos se reservaban el monopolio de la tierra, dejando las demás actividades económicas (comercio, artesanía, etc.) mayormente en manos de los extranjeros. En la medida en que los Estados griegos empezaron a interesarse por los problemas económicos, lo hicieron para garantizar la importación de las materias esenciales para la vida de la ciudad: los ciudadanos sólo importaban en cuanto consumidores, no en cuanto productores.[9] En otras palabras, el Estado se preocupaba de sus ingresos y se los aseguraba por medio de tasas sobre la actividad económica o recurriendo simplemente a la guerra y al dominio exterior en las formas más diversas.

Se observa así cuál fue la aportación auténticamente nueva y positiva de Weber y Hasebroek. Elevaron el debate del nivel de los hechos y las formas económicas en abstracto al de las relaciones entre la economía y las instituciones de la ciudad griega: la economía de Grecia no podía estudiarse correctamente si se la situaba fuera del marco de la ciudad.

Podría pensarse que la obra de Weber y la de Hasebroek hubieran podido sacar, definitivamente, al debate del estancamiento en el que había quedado. Desgraciadamente no ha sido exactamente así. Las obras de Hasebroek produjeron un gran escándalo y volvieron a lanzar la controversia entre modernistas y primitivistas, que en ese momento estaba caduca (o hubiera debido estarlo). Hasebroek

7. Tubinga, 1928; traducción inglesa *Trade and Politics in Ancient Greece*, Londres, 1933.

8. Tubinga, 1931.

9. El punto de vista de Hasebroek ya había sido anticipado en Francia en el estudio de Gernet, L.: «L'approvisionnement d'Athènes en blé au Ve et IVe siècle», en G. Bloch, *Mélanges d'histoire ancienne*, París, 1909, págs. 269-391. Por lo demás, Gernet fue el único que publicó en Francia una reseña favorable de Hasebroek en *Annales*, 5, 1933, págs. 561-566.

10

se ponía a tiro de las críticas por su excesivo esquematismo, por ciertas afirmaciones impugnables y algunas lagunas en sus conocimientos. Ello no quería decir que se pudieran ignorar los términos esenciales de su análisis y del de Weber, pero esto es lo que ha pasado con harta frecuencia. Aunque después de Hasebroek nuestro conocimiento de la economía griega ha progresado en algunas cuestiones de detalle, el debate de fondo ha sido generalmente dejado de lado, sin que haya sido propuesto para el estudio de la economía griega antigua ningún esquema de conjunto capaz de reemplazar al de Hasebroek. En ocasiones se seguirá escribiendo como si el debate no se hubiera producido y la posición de Ed. Meyer y sus discípulos todavía siguiera siendo aceptable.[10]

De todas formas éste es el momento de señalar, como ocupando un lugar aparte, la obra del historiador y antropólogo húngaro-americano Karl Polanyi, pues, aunque él no fue un especialista en economía griega antigua, ni intentara establecer un esquema capaz de aplicarse especialmente a la historia de Grecia, sus ideas no dejan de constituir un progreso importante en la manera de enfocar el estudio de la economía en las sociedades distintas de las modernas, ni de proporcionar un punto de partida para cierto número de consideraciones generales.[11]

Estudiando el lugar que ocupa la economía en las sociedades humanas, Polanyi separaba con toda claridad la sociedad moderna de las demás. En ésta, la economía se ha despejado y emancipado («disembedded»), convirtiéndose en una esfera autónoma. Se la puede estudiar aisladamente a partir de los conceptos formulados para su exclusiva competencia: la economía es un dominio que obedece a sus propias leyes. En las demás sociedades, por el contrario, y singularmente en las «primitivas» y arcaicas, la economía se halla siempre más o menos integrada («embedded») en la sociedad y en todas sus instituciones, no es un campo separado, sentido y organizado como tal por dicha sociedad. No se la puede estudiar, pues, aisladamente, no tiene una existencia independiente, y su funcionamiento estará constantemente influido por factores sociales no económicos que le serán extraños. Por consiguiente, para estudiar el lugar que ocupa la economía en una sociedad de este género, no deberá recurrirse a los conceptos y a la terminología de la economía moderna,

10. Un ejemplo reciente de aquellos que parece pasan por alto esta controversia es la obra French, A.: *The Growth of the Athenian Economy*, Londres, 1964, cuya reseña, de pluma de M. I. Finley, puede leerse en *The Economic Journal*, 75, 1965, págs. 849-851.

11. Véase Humphreys, S. C.: «History, Economics and Anthropology: the Work of Karl Polanyi», *History and Theory*, 8, 1969, págs. 165-212, donde se hallará una exposición crítica de las tesis de Polanyi, con una bibliografía completa.

pues tales conceptos, en realidad, sólo pueden aplicarse para el estudio del mundo en el que han sido creados.

Para poder reemplazar los conceptos económicos modernos en el estudio de otras sociedades, Polanyi proponía cuatro esquemas que permitían comprender en dichas sociedades la circulación y repartición de los bienes: la reciprocidad, la redistribución, los intercambios por medio del comercio y la economía doméstica. Debe evitarse atribuir un valor absoluto a estos cuatro esquemas o intentar aplicarlos sistemáticamente a la historia de Grecia, aunque sean susceptibles de aclarar diversos aspectos de ella.[12]

Por el contrario, la distinción que hacía Polanyi entre economías autónomas relacionadas con la sociedad y economías más o menos integradas en ella, es importante. Explicita el punto al que tendían los análisis de Weber y Hasebrock, es decir, la imposibilidad de estudiar aisladamente la economía griega, haciendo abstracción de los marcos social e institucional de la historia de Grecia. Apliquemos, pues, la distinción de Polanyi al mundo griego, y veamos cómo la economía griega es «integrada» en la sociedad, y cuáles son las consecuencias que resultan al estudiar este tema.

La economía en Grecia se halla «integrada» en la sociedad

Una primera constatación que se impone por sí sola es que el concepto de «economía» en sentido moderno no puede traducirse al griego, porque no existe. El término griego *oikonomia* no tiene el mismo sentido que nuestra palabra «economía», y, sin embargo, ésta procede de aquél. Significa «gestión de la propiedad familiar» (el *oikos*) en el sentido más amplio de la expresión (si se quiere, economía doméstica), y no sólo en un sentido estrictamente económico. Asimismo puede significar «gestión, administración, organización» en sentido más general y aplicarse a distintos campos; así pues, podrá hablarse de la *oikonomia* de los asuntos de la ciudad y ahí tenemos el origen de la actual expresión «economía política». Existen dos tratados del siglo IV ambos titulados *Oikonomia*; uno es de Jenofonte, y el otro, compuesto de tres libros distintos, quizá fue elaborado por diversos autores de la escuela aristotélica. En la obra de Jenofonte se trata el tema de la gestión de la propiedad familiar y del papel del jefe

12. Sobre el significado de estos esquemas, véase el artículo citado de S. C. Humphreys. Ha intentado aplicarlos al mundo griego en un breve esbozo de su historia económica, *op. cit.*, págs. 207-212. Otro concepto debido a Polanyi es el de «puerto de comercio» (*port of trade*), zona específicamente económica en la que se organizan y controlan los intercambios entre dos sociedades de tipo económico distinto: volveremos a ver este concepto más adelante (véase el capítulo 3).

del *oikos*. La parte estrictamente económica se refiere a la explotación de una propiedad rural; se alaba en gran manera la agricultura y se la opone a las demás formas de actividad económica, tales como la artesanía, que se consideran indignas del hombre de bien. Se encuentra en ella una discusión acerca de la agricultura y una serie de consejos técnicos, así como una discusión acerca del modo en que debe tratar el dueño de un *oikos* a su mujer y a sus esclavos. La obra de Jenofonte no supone, pues, un estudio de las diversas formas de actividad económica en general, sino sólo de la agricultura, y bajo el título de *Oikonomia* se engloba a toda clase de funciones no económicas, pero que derivan del papel del jefe del *oikos*: las funciones económicas y las no económicas se funden a la vez en la misma persona sin que se las pueda diferenciar. Lo mismo ocurre en el libro I *Economía de los aristotélicos*, que además y frecuentemente recuerda a la de Jenofonte. El libro III continúa con mayor detalle uno de los temas esbozados en el libro I, el de las relaciones entre marido y mujer. En cuanto al libro II, es una recopilación de expedientes fiscales, podríamos decir incluso de estratagemas, mediante los cuales trataron de salir airosos de sendas crisis económicas soberanos, generales y ciudades, o bien mediante los que intentaron aumentar sus ingresos. Esta colección va precedida de una breve introducción en la que el autor distingue cuatro formas de «economía», la real, la satrápica, la política y la privada: no se habla de la economía en sentido moderno, sino de los presupuestos. El punto de vista del autor, por otro lado, no puede ser más pedestre: el principio común a todas estas formas de «economía» es el de que «los gastos no deben exceder a los ingresos». Tal es el espíritu con el que reúne el autor las estratagemas fiscales que le parecen más notables y capaces de ser empleadas en el futuro.

Puesto que la economía en sentido moderno no constituyó para los griegos categoría autónoma alguna, no hay motivo para esperar encontrar en los autores griegos un auténtico pensamiento ni un verdadero análisis económico (aunque a veces se haya intentado). Lo que con frecuencia se ha denominado análisis económico resulta ser, por lo general, una simple constatación de buen juicio acerca de la actividad económica, o algo que ni siquiera tiene nada que ver con el análisis económico propiamente dicho.[13] Eso no quiere decir que los griegos desconocieran la importancia de los factores económicos en la historia, nada más lejos de la realidad, sólo que dichos factores no fueron considerados aisladamente como factores estrictamente económicos; existieron en relación con otros factores y otros

13. Véase Finley, M. I.: «Aristotle and Economic Analysis», *Past and Present*, 47, mayo de 1970, págs. 3-25 (trad. cast. «Aristóteles y el análisis económico» en *Estudios sobre Historia Antigua*, Akal, Madrid, 1974).

datos que para los griegos tenían más importancia. Para los historiadores griegos no habría historia económica, sólo historia política. En los primeros capítulos de su *Historia*, Tucídides traza el esquema de la evolución del mundo griego desde sus orígenes más remotos hasta la época contemporánea, y en tal esquema tienen una gran importancia los factores económicos: «No había comercio [en los orígenes del mundo griego], y no tenían relaciones libremente unos con otros ni por tierra ni por mar; además cultivaban la tierra sólo en la medida indispensable para vivir de ello: no andaban sobrados de recursos ni plantaban vides ni olivos (ya que no se sabía cuándo vendría otro, al amparo de la ausencia de murallas, a quitarles lo que era suyo); y, por último, como estimaban que en cualquier parte conseguirían la comida diaria indispensable, emigraban sin dificultad, y debido a ello no eran poderosos ni por el tamaño de sus ciudades ni por sus recursos en general».[14] Pero luego Tucídides otorgará a los datos económicos sólo un lugar limitado en la historia de su tiempo. Para él la verdadera historia y su análisis se sitúan en un plano más elevado, el de la política, desde el momento en que se pasa el estadio primitivo de la evolución y las preocupaciones económicas dejan de ser determinantes, pudiendo ser relegadas a segundo plano. La historia económica interviene de modo determinante sólo donde no es posible la historia política. El punto de vista de Tucídides resulta significativo para ver el puesto que otorgaban los griegos a la economía en su escala de valores. Podría decirse que cualquier análisis económico de Grecia topará inevitablemente con el político y se fundirá en él.

Platón, tan diferente en tantos aspectos de Tucídides, no utiliza un tipo distinto de razonamiento, a pesar de que su discurso se considere el homenaje que rinde el «vicio» a las «virtudes» de la economía. La necesidad funda la ciudad más elemental,[15] pero, a medida que se completa el edificio, resulta que la suerte de lo económico es ser dominado. Los productores son separados radicalmente de los guerreros y de los filósofos. De manera inversa, al describir la decadencia de la ciudad en los libros VIII y IX de la *República*, vemos que el oro desempeña un papel cada vez más importante, cada vez más maléfico.

Lo que hemos llamado por convención «economía» no constituyó, pues, para los griegos un terreno aislado. Utilizando otra vez los términos de Polanyi, la economía se hallaba «integrada» en la sociedad en su sentido más amplio. ¿Cuáles son entonces los datos sociales de cualquier índole que pudieron influir en el comportamiento

14. I, 2, 2; traducción de F. R. Adrados, Madrid, col. Hernando.
15. *República* II, 369 b-c.

económico de los griegos, tanto de los Estados como de los individuos?

En efecto, las actitudes intelectuales son significativas, los juicios de valor resultan, en última instancia, una forma de la actividad económica: lo «económico» se halla siempre bajo la influencia de factores y consideraciones que actualmente se denominarían «no económicos», pero en lo concreto sería un error. Por consiguiente, el análisis económico no sólo se topará, como acabamos de decir, con el político, sino asimismo con el ético y con el estudio de los valores en general.

Factores «no económicos» y actividad económica

Al hablar así de los «valores» que condicionan el enfoque que daban los griegos a las cuestiones que hoy llamamos «económicas», no pretendemos emitir un juicio sobre su importancia *a priori*. Son por lo menos tanto un resultado como una causa, pero el estudio de esos valores, de esos hábitos intelectuales proporciona un punto de partida bastante cómodo.

Entre los hábitos mentales que marcaron la actividad económica de los griegos se halla en primer lugar la distinción esencial que usualmente se hacía en la época clásica entre las distintas ocupaciones, de las cuales algunas eran consideradas dignas solamente del hombre de bien; otras, consideradas inferiores, convenían únicamente a las clases sociales bajas, a los extranjeros o a los esclavos. En esta jerarquía de las ocupaciones la agricultura disfrutará casi siempre de un sitio aparte en la cima y se la distinguirá notablemente entre el resto de las actividades económicas. Para casi todos el ideal será el del terrateniente libre, independiente y capaz de bastarse a sí mismo. Ya en los primeros testimonios literarios, de Homero y Hesíodo, se encuentra una concepción de la agricultura que la sitúa como uno de los fundamentos de la vida civilizada, en estrecha relación con el sacrificio, la cocina y la familia.[16]

En los últimos peldaños de la escala se encuentran las demás formas de la actividad económica, el comercio y todas las actividades llamadas «banaúsicas» y que implican trabajo manual, como la artesanía. Todas ellas serán consideradas indignas del hombre de bien. En la práctica, el rango social de un hombre tendría una influencia decisiva sobre la ocupación que fuera a ejercer; y a la inversa, la artesanía, el comercio, etc., estuvieron frecuentemente en manos de las clases inferiores o de los extranjeros.

16. Véase Vidal-Naquet, P.: «Valeurs religieuses et mythiques de la terre et du sacrifice dans l'Odyssée», *Annales*, 25, 1970, págs. 1278-1297.

Y, sin embargo, el artesano es el héroe de la historia de Grecia, pero un héroe secreto. Ni una sola de las creaciones materiales griegas deja de llevar su impronta: el arquitecto del Partenón es un artesano (y no un ingeniero) con el mismo título que el escultor de la Criselefantina. La obra de Platón —que excluye a los artesanos de las funciones dirigentes de la ciudad—, hace referencia continuamente a metáforas artesanales y celebra el trabajo de los artesanos. Recientemente incluso se ha podido demostrar (Luc Brisson, tesis inédita sobre el *Timeo*) que en la cosmología platónica el demiurgo-artesano del mundo utiliza todo el conjunto de técnicas artesanales conocidas en esa época, en cuya cima se sitúan las metalúrgicas. Al igual que Jenofonte, Platón coloca la agricultura muy por encima de la artesanía, aunque sólo las partes inferiores de la «creación» son obra de las técnicas agrícolas, y la palabra que designa el universo material es la misma (*chora*) que designa el campo, la tierra cultivada. Pues bien, con estas premisas, que sirven para todo el mundo clásico, el artesano admirado en sus obras es ignorado o degradado en su persona. Y, lo que resulta aún más importante, nunca existió la categoría de artesano, como no fuera en las construcciones de algunos teóricos, como el urbanista y filósofo Hipodamo de Mileto.

Incluso la palabra *demiourgos* tiene dos sentidos diferentes en las distintas partes del mundo griego: en Atenas, por ejemplo, designa a los artesanos, que pertenecen por lo general a la plebe. Por el contrario, en otros Estados se utiliza para designar a los principales magistrados, a las personas de rango social elevado.[17] En la ciudad clásica, la función técnica y la política no dependen una de otra, son dos planos distintos que no se tocan. En Atenas un mismo trabajo puede ser realizado por un ciudadano, un meteco o un esclavo, pero sólo el ciudadano tiene acceso al poder político. Al organizarse el espacio de la ciudad, si bien se hará por barrios correspondientes a las respectivas funciones económicas (de las distintas artesanías, puerto comercial, etc.), no existirán barrios destinados a los metecos o a los esclavos.

Ciertos hechos religiosos ilustran la ambigüedad del papel de la actividad técnica y económica en el pensamiento griego. El héroe Prometeo es un personaje ambivalente: por sus inventos es el bienhechor de los hombres, pero al mismo tiempo es el adversario de Zeus. Ha querido hacerse de Hermes el representante de una clase social, la de los comerciantes, pero el verdadero Hermes obtiene su función de protector del comercio de su papel de mediador. Hefesto, dios

17. Véase Murakawa, K.: «Demiurgos», *Historia*, 6, 1957, págs. 385-415; y sobre los artesanos en la sociedad antigua en general, Burford, A.: *Craftsmen in Greek and Roman Society*, Londres, 1972.

de la función técnica, cuya habilidad es bien famosa, sobre todo en Homero, a diferencia de los demás dioses, es un ser deforme y cojo. Atenea, por el contrario, diosa, entre otras funciones, de los trabajos femeninos, escapa a este oprobio: ¿no se aplica, pues, el mismo sistema de valores para mujeres y para hombres? Pero el papel de Atenea es mucho más extenso: representa una forma particular de inteligencia, la inteligencia despierta y práctica (la *metis*), manifestada sobre todo por sus relaciones con la navegación (construcción y pilotaje del navío), sin que se haya emitido ninguna clase de juicio negativo acerca de esos aspectos de su actividad.[18]

Al margen de la jerarquía de las ocupaciones, se observa también una jerarquización de los medios de adquisición: a unos se les considerará legítimos, mientras que a otros se les adjudicará una reprobación moral según sea el espíritu con el que se utilicen. De nuevo intervendrá la ética para contrarrestar el desarrollo de ciertos valores estrictamente económicos. El comercio en sí no es necesariamente ni bueno ni malo. Es admisible en la medida en que puede asegurar la autarquía, proporcionando aquellos recursos vitales necesarios y escasos, pero nada más. Pero si el comercio se convierte en un fin en sí mismo y sólo pretende el máximo beneficio, resultará censurable. Este punto de vista se encuentra ya en Homero y vuelve a aparecer claramente definido en Aristóteles, a finales de la época clásica. El comercio al detalle es el peor de todos, necesita de la astucia y de la mentira, pues el comerciante al detalle intenta, por sistema, vender su mercancía a un precio superior a su valor real.

La guerra y la política, en cambio, eran unos modos de adquisición perfectamente respetables, o por lo menos legítimos, y ello fue así en todos los períodos de la historia de Grecia (naturalmente con matices).[19] El vencedor de una guerra podía disponer libremente de la persona y de los bienes del vencido, y se trataba de un derecho que nadie le discutiría. Efectivamente, en la Antigüedad la guerra será siempre uno de los medios esenciales para el aprovisionamiento de esclavos. Sin embargo, la guerra como medio de adquisición era limitado. Entre los griegos las guerras no solían tener como finalidad la adquisición de territorios (el caso de los no-griegos es distinto, como veremos a propósito del mundo colonial); hay algunas excepciones, como puede ser Esparta a principios de la época arcaica, o

18. Sobre Atenea técnica, véase Detienne, M.: «Le navire d'Athéna», *Revue de l'histoire des religions*, 1970, págs. 133-177.

19. Véase Aymard, A.: «Le partage des profits de la guerre dans les traités d'alliance antiques», *Etudes d'histoire ancienne*, París, 1967, págs. 499-512; Vernant, J.-P. ed.: *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París y La Haya, 1968; Ducrey, P.: *Le Traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, París, 1968; Garlan, Y.: *La guerre dans l'Antiquité*, París, 1972, págs. 49-51 y 201-203.

el de ciertos tiranos de Sicilia en los siglos v y iv. La Atenas del siglo v no se anexiona sus conquistas; por lo demás, los asentamientos de atenienses en el extranjero suelen ser en forma de guarniciones, y las colonias imperiales (Anfípolis) se establecen por lo general a expensas de no-griegos. A pesar de estas restricciones, resultaría falso creer que todas las guerras eran emprendidas únicamente con una perspectiva de adquisición. Más peligroso aún sería afirmar que las guerras en Grecia obedecían a «causas económicas». Las causas con mucha frecuencia se encontraron en el plano político. Pero una vez declarada la guerra, no volverá a cuestionarse la legitimidad de la adquisición por conquista. Podría decirse que en Grecia a menudo se llega a lo económico a través de la guerra, mientras que no podría afirmarse que se llega a la guerra a través de lo económico. Pongamos un ejemplo. Los conflictos entre griegos y persas no tenían, desde luego, «causas económicas»: por parte de los persas existía una voluntad de poderío y dominación, mientras que en los griegos había la voluntad de preservar la libertad política, condición esencial de la existencia de las ciudades. Pero después estos conflictos adquirirán fácilmente un aspecto económico. Un Cimón, por ejemplo, podrá enriquecerse y contribuir al enriquecimiento de sus conciudadanos saqueando el territorio persa. A nadie se le ocurriría reprochárselo, mientras que, si para fundamentar su fortuna se hubiera dedicado al comercio, se hubiera podido oír un lenguaje bien distinto.[20]

Otra serie de hechos fundamentales para el estudio de la economía en Grecia, son los que se refieren al trabajo.[21] Ante todo hay que señalar que los griegos no conocieron el concepto unificado de trabajo como gran función humana que ocupa toda una serie de aspectos y de manifestaciones diferentes. Donde nosotros reconocemos una única y gran función productiva de valores sociales a través de múltiples formas de la actividad humana, a saber, el trabajo, los griegos veían tan sólo una pluralidad de ocupaciones diversas (cuyo rango podía variar considerablemente, como ya hemos visto), sin que establecieran un único vínculo entre todas ellas. Llegaban incluso a *oponer* un tipo de ocupación (la agricultura) a otras (la artesanía, el comercio, etc.).

Debe señalarse a continuación que el trabajo no alcanzó nunca entre los griegos un valor positivo intrínseco. En vano se ha intentado encontrar en la vasta literatura griega indicios de una auténtica

20. Véase Plutarco, *Cimón*, IX, 3-6, XIII, 5-7.

21. Los estudios fundamentales son los de Aymard, A.: «L'idée du travail dans la Grèce archaïque», *Journal de Psychologie*, 41, 1948, págs. 29-45; *id.*, «Hiérarchie du travail et autarcie individuelle dans la Grèce archaïque», *Etudes d'histoire ancienne*, París, 1967, págs. 316-333; y de Vernant, J.-P.: *Mythe et pensée chez les Grecs*, París, 3.ª ed., 1969, págs. 184-247.

14

ideología del trabajo. Para muchos será, por supuesto, una necesidad inevitable, pero sin valor en sí misma. En *Los trabajos y los días*, Hesíodo predica incansablemente a su hermano Perses la necesidad del trabajo para salir de la miseria: de ahí no pasará a elevarse a una verdadera valorización del trabajo.[22] De cualquier forma, Hesíodo supone que es natural la existencia del trabajo servil para completar el libre.

Subrayemos una vez más la importancia de otra distinción, que de nuevo es de índole moral. El trabajo en sí no será considerado necesariamente ni bueno ni malo. Tanto o más que en él contarán las condiciones en las que se efectúe. La época moderna ha separado trabajo y trabajador: el trabajo de un hombre se ha convertido en un valor de compra y venta, que él mismo puede vender a otro, sin que ello implique, en teoría, sometimiento alguno por su parte. En el mundo griego, por el contrario, se desconocía esta distinción: trabajar para otro significaba someterse a él. Así pues, «la condición de hombre libre es que no vive bajo la sujeción de otro».[23] El hombre libre, si es que debe trabajar, querrá hacerlo por cuenta propia, no para otro. Podrán observarse los efectos de esta manera de pensar en la organización de la actividad artesanal en Atenas (capítulo 5).

Los griegos, pues, no conocieron lo que nosotros llamamos espíritu de productividad, característico del mundo moderno, más que con ciertas limitaciones.[24] Respecto a ello, debe señalarse que la concepción de los griegos sobre la división del trabajo era muy restringida. En numerosos autores griegos se encuentran ideas o conceptos que superficialmente se asemejan a la moderna teoría de la división del trabajo. Pero, vistos de cerca, se constata que no se refieren a una división del trabajo en sentido moderno, es decir, la que tiene como finalidad incrementar la producción, sino que esencialmente lo que se pretende con una mayor especialización es una mejora cualitativa de los objetos producidos.

¿Ha de verse en todas esas ideas tan sólo el reflejo de los prejuicios aristocráticos y de los sueños de ciertos filósofos reaccionarios? Para negar la efectividad de tales ideas en la historia de Grecia, habría que poder demostrar la existencia de un sistema de valores que les fuera contrario, formulado por las clases sociales bajas o bien en favor suyo, que rechazara los valores aristocráticos y los sustituyera por los del trabajo y los de la actividad económica. Los datos que se disponen de tal sistema son muy escasos: pensemos en el pa-

22. No se ha de confundir el orgullo profesional del artesano con ningún tipo de ideología del trabajo.
23. Aristóteles, *Retórica*, I, 9, 1367 a 32.
24. Véase la obra clásica de Th. Veblen, *Théorie de la classe de loisir*, trad. de L. Evrard, París, 1970.

pel que desempeña en el siglo V, por ejemplo en Heródoto, el tema del «primer inventor», héroe cultural individual o colectivo, que liberaba a la humanidad de determinada servidumbre mediante un descubrimiento, que podía ser el de determinada técnica. Pero, incluso en esa época, que ha sido comparada con frecuencia a la de las «luces» moderna, dicha invención probablemente no supusiera ningún progreso ni ningún desarrollo: los valores aristocráticos, en conjunto, no tuvieron otros que les hicieran la competencia.

¿Cómo definían los griegos, en definitiva, la riqueza y la pobreza? Para nosotros riqueza y pobreza designan dos términos extremos sin ningún punto de contacto: se es rico cuando se tiene más de lo que se necesita para vivir «honradamente», y se es pobre si se tiene menos de dicho mínimo. Por consiguiente, existirán muchas personas que se situarán entre ambos extremos y que no serán ni pobres ni ricas. El criterio consiste en la posesión o la carencia de determinado nivel de fortuna, y no en el trabajo en sí mismo. Se puede ser rico y trabajar, o pobre y no hacer nada. La definición griega es completamente distinta: las dos categorías no se corresponden con dos extremos, se hallan en contacto y, llegado el momento, pueden confluir en el centro. El criterio no se halla determinado por el nivel de fortuna, sino por la necesidad de trabajar. Para un griego, se es rico cuando no se necesita trabajar para vivir, y pobre cuando no se posee lo bastante como para vivir sin trabajar. Desde este punto de vista, la inmensa mayoría de la gente en Grecia era «pobre», porque estaba obligada a trabajar. Además, el griego distinguía entre el pobre y el mendigo que no posee absolutamente nada y que vive de la generosidad de los demás. Añadiremos que muy a menudo las nociones de pobreza y riqueza serán asimiladas a cualidades morales;[25] la riqueza será considerada generalmente sinónimo de «felicidad» (la literatura griega no asocia siempre felicidad y riqueza, aunque el oro resplandezca sobre los reyes a los que Píndaro canta, pero no conoce, hablando con propiedad, al justo desgraciado de la Biblia), como una condición esencial para el desarrollo de las virtudes humanas, mientras que la pobreza será una «desdicha» (corrompe al hombre y lo incapacita para adquirir virtud alguna). Se enlaza así con la afirmación anterior sobre la escasa valoración del trabajo: el ideal, ampliamente difundido, es el del ocio, entendido como inactividad económica.

Deberán evitarse las generalizaciones apresuradas así como la aplicación de tales ideas, sin mayor distinción, a cualquier época y a cualquier lugar de la historia de Grecia. En primer lugar, no debe

25. La demostración de todo cuanto viene a continuación se ha de agradecer a Hemelrijk, J.: *Penia en Ploutos*, Disertación, Utrecht, 1925, en versión holandesa con resumen en alemán.

olvidarse que se produjo cierta evolución en el transcurso del tiempo. Así podrá observarse que los prejuicios contra el trabajo manual, tan bien conocidos en la época clásica, no parece que fueran sentidos siempre con la misma intensidad. Se ha subrayado que en Homero los héroes no rechazan el trabajo manual como tal. La explicación de esta aparente evolución de las ideas se hallaría, otra vez, en las condiciones y la mentalidad con las que se realizaba dicho trabajo, y de nuevo interviene aquí el criterio de autarquía y de libertad personal. Ulises no se siente rebajado por ponerse manos a la obra, puesto que, con ello, intenta mantener su autarquía. Por el contrario, el artesano en la ciudad clásica dependía totalmente de los demás, no era autosuficiente como lo era el campesino libre, y por lo tanto era inferior a este último.

Será necesario diferenciar a continuación los diversos Estados griegos. Los mismos asuntos no tuvieron los mismos resultados en Estados de estructura tan distinta y de mentalidad tan diferente como Esparta y Atenas. El rechazo de cualquier forma de actividad económica por parte de los Iguales es total en Esparta. Se trata de un caso extremo, al que opondremos un estado de mentalidad diferente en Atenas y cierta aceptación de la técnica. Pero aún deberán precisarse los límites de esta evolución (véanse los capítulos 4 y 5).

Pero igualmente debe evitarse el extremo opuesto, consistente en considerar que dichas ideas no son más que los prejuicios aristocráticos o las utopías de los filósofos sin influencia real sobre la historia. Por un lado, dichas ideas aparecen con demasiada frecuencia como para no corresponder a nada, y, como ya hemos visto, los valores aristocráticos no tuvieron rivales. Por otro lado, podría aducirse una frecuente relación entre las utopías de los filósofos y la realidad histórica. Vamos a ver algunos ejemplos. En su ciudad ideal, Platón y Aristóteles habrían querido ver excluidos del derecho de ciudadanía a todos los artesanos, aunque reconocían que eran indispensables para la vida material de la ciudad. ¿Qué es lo que se encuentra en realidad? «En Tebas», nos dice Aristóteles, «había una ley que prohibía el acceso a las magistraturas a cualquiera que no se hubiera mantenido lejos del ágora al menos durante diez años» (es decir, que hubiera ejercido el comercio o un trabajo artesanal).[26] La misma claridad muestra una inscripción de Cirene de finales del siglo IV, que establece una constitución de la ciudad. La plena posesión de los derechos políticos está limitada a los que poseen una renta mínima de veinte minas, y hay una serie de impedimentos para quienes ejerzan ciertos oficios, entre otros (la inscripción se halla mutilada) los de médico, maestro, pregonero, comerciante al detalle, mozo y artesano: de hecho, sólo los terratenientes gozarían plenamente de los derechos de ciudadanía.[27] No se trata de ninguna utopía filosófica, sino de una realidad histórica, tampoco se trata de una lejana época arcaica, nos encontramos ya a finales del siglo IV, después de la época clásica y a comienzos del período helenístico.

26. *Política*, III, 1278 a 25; véase 1321 a 29.

La esclavitud en Grecia

Hasta el momento no hemos hablado de la esclavitud en Grecia más que alusivamente. Sin embargo, según lo que se dijo anteriormente acerca de los prejuicios contra el trabajo manual, sobre la ausencia de una ideología del trabajo, sobre el ideal del ocio y sobre el papel de la guerra en la vida de los Estados griegos, podrá comprenderse por qué el trabajo servil pudo parecer a los griegos la condición imprescindible de toda civilización.[28] Para explicar la esclavitud habrá que hacer intervenir, por supuesto, otros factores. Por un lado, el relativo estancamiento de las técnicas, que hacía imposible el aumento de la producción, a menos que se recurriera a una ampliación del trabajo servil. Dicho estancamiento era debido en parte a la falta de una idea de progreso tal como nosotros la concebimos.[29] Sería falso, en efecto, afirmar que los griegos no conocieron, en absoluto, la idea de progreso. En la época clásica, los griegos sabían muy bien que su civilización había arrancado de orígenes modestos y se había elevado progresivamente a un nivel superior. Reconocían la positiva contribución que suponía la evolución de determinadas técnicas para que se hubiera dado tal progreso. El hombre había podido crear la civilización gracias a su habilidad técnica. Pero el progreso alcanzado en el pasado no significaba que automáticamente se sintiera la necesidad y la posibilidad de progresar en el futuro. Una vez logrado determinado nivel de civilización, el progreso técnico perdía su valor y los auténticos valores se situaban en otros terrenos. La condición para la existencia de los Estados civilizados era, efectivamente, una determinada forma de pro-

27. *Supplementum Epigraphicum Graecum*, IX, 1.
28. Sobre la esclavitud, véanse los artículos reunidos por M. I. Finley con un apéndice bibliográfico en *Slavery in Classical Antiquity*, Cambridge, 2.ª ed., 1968, y especialmente el del propio Finley, «Was Greek Civilization Based on Slave Labour?», págs. 53-72 (trad. cast: «¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?» en Mose, C. y otros: Clases y lucha de clases en la Grecia antigua, Akal, Madrid, 1977). El Centro de Investigación de Historia Antigua de Besançon organiza anualmente unos coloquios sobre esclavismo en el mundo antiguo. Se han publicado ya las actas de los coloquios de 1970 y 1971.
29. Véase Finley, M. I.: «Technical Innovation and Economic Progress in the Ancient World», *The Economic History Review*, 18, 1965, págs. 29-45. El último estudio sobre la idea de progreso en la Antigüedad es el de Edelstein, L.: *The Idea of Progress in Classical Antiquity*, Baltimore, 1967.

16

greso técnico y económico, pero ello no constituía un fin en sí mismo.[30]

Por otra parte, considerar la desigualdad entre los hombres como algo natural constituye un dato fundamental de la historia de Grecia, ya que seriamente nunca fue puesta en cuestión.[31] Es más, la misma historia de Grecia intensificó las desigualdades desarrollando paralelamente la noción de ciudadano libre y la de esclavo-mercancía —que se compra en el mercado—, capaz de criar a sus hijos en casa, y que —al menos en teoría— carecía de cualquier derecho. A nuestros ojos, todo ello constituye una contradicción flagrante entre la libertad de unos y la esclavitud de otros. El punto de vista griego era bien distinto: la libertad de unos no podía concebirse sin la esclavitud de los otros, los dos extremos no resultaban contradictorios, sino complementarios e interdependientes.

Así, pues, no llamará la atención encontrar en todas las épocas de la historia de Grecia el trabajo servil en una forma u otra, y tampoco constatar que nadie cuestionó seriamente su necesidad. Desde Homero y Hesíodo la existencia del trabajo servil es un dato evidente y lo seguirá siendo a lo largo de toda la historia de la Antigüedad. Citemos algunos ejemplos de la época clásica. Un inválido ateniense a principios del siglo IV, que recurre a los tribunales para que no se le suprima su pensión del Estado, dice a sus jueces: «En cuanto al oficio que tengo, poca ganancia me puede reportar y ya lo ejerzo con fatiga, y todavía no puedo pagar a nadie [un esclavo] que me sustituya en él».[32] Por otra parte, Jenofonte escribe en los *Memorables*:[33] «Los que pueden se compran esclavos para tener quien les ayude en el trabajo». Está bien claro: para el ateniense medio de la época clásica no había cosa más natural que querer descargar en los esclavos una parte o bien la totalidad del propio trabajo. La utopía reflejará la realidad: sin mencionar a Platón o Aristóteles, citemos tan sólo *La asamblea de las mujeres* de Aristófanes. Después de que las mujeres tomaron el poder, se instituyó un régimen de comunidad de bienes; cuando Blépiro pregunta, «Y la tierra, ¿quién la va a cultivar?», la respuesta de Praxágora es bien clara: «Los esclavos» (verso 651).

A finales del siglo V y principios del IV, hubo, efectivamente, tímidos destellos de una corriente de pensamiento que no reconocía auténticas diferencias entre griegos y bárbaros, y que afirmaba que la esclavitud no era sino una convención pura y simple, injustificable

30. Véase Finley, M. I.: «Metals in the Ancient World», *Journal of the Royal Society of Arts*, septiembre de 1970, págs. 1-11.
31. Véase Baldry, H. C.: *The Unity of Mankind in Greek Thought*, Cambridge, 1965.
32. Lisias, XXIV, 6; trad. de L. Gil, col. «Alma Mater», Barcelona, 1963.
33. II, 3, 3.

en el plano teórico. Aristóteles se ocupó de refutar dicho punto de vista[34] e intentó demostrar que la antítesis amo-esclavo, por el contrario, era un dato de la naturaleza, que lo mismo que unos eran amos por naturaleza, otros habían nacido para ser esclavos. La demostración de Aristóteles era todo menos irrefutable: sin embargo, la esclavitud siguió siendo aceptada como inevitable, aunque no pudiera justificarse lógicamente.

La historia social

Según lo dicho, resulta más que evidente que no podrá escribirse una historia económica de Grecia como la que podría hacerse del mundo moderno, ni por supuesto a partir de los mismos conceptos. Sin embargo, conviene, una vez más, tener en cuenta la insuficiencia de nuestra documentación, hecho sobre el que se insistirá más adelante. ¿Qué ocurre con la historia social?

Los problemas que surgen al estudiar la historia social de Grecia son del mismo estilo que los referentes a la historia económica, con los que en cierto modo se hallan vinculados. Al igual que es arriesgado querer aplicar conceptos económicos formulados a partir del mundo moderno y para su análisis, del mismo modo tendremos que preguntarnos en qué medida son aplicables a Grecia los conceptos elaborados para el estudio de la historia social. Al igual que hubo un período «modernizador» de la historia económica de Grecia, hubo también un período (o más bien unas tendencias) «modernizador» en el estudio de la historia social, durante el cual las modernas nociones de clases sociales y de su lucha eran aplicadas de modo más o menos literal al caso de Grecia, obteniéndose como resultado la transformación de la historia social de Grecia como un reflejo fiel de la Europa posterior a la Revolución Industrial.[35] El punto extremo en este sentido no fue alcanzado por los historiadores alemanes citados anteriormente (Ed. Meyer y otros), sino por R. von Pöhlmann, en su *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*. Las teorías marxistas de la lucha de clases constituían el punto de partida de su investigación. El autor se defen-

34. *Política*, I.
35. Acerca de la problemática que se expone a continuación, véase Vernant, J.-P.: «Remarques sur la lutte de classes dans la Grèce ancienne», *Eirene*, 4, 1965, págs. 5-19; y Vidal-Naquet, P.: «Les esclaves grecs étaient-ils une classe?», *Raison présente*, 6, 1968, págs. 103-112 (trad. cast.: «¿Constituían los esclavos griegos una clase social?» en Mose, C: *Clases y lucha de clases en la Grecia Antigua*, Akal, Madrid, 1977). El artículo de Vernant ofrece un buen análisis del pensamiento de Marx (como siempre, más complejo y matizado que el de los marxistas) acerca de estas cuestiones.

17

día diciendo que no había querido modernizar la historia de la Antigüedad, pero ése es precisamente el error en que cayó (véase el apéndice de Oertel). Los fundamentos de la reconstrucción de Pöhlmann eran la visión modernista de la economía griega, que habría sido una economía capitalista de corte moderno, con todas las consecuencias sociales y políticas que de ella se derivarían. Como dicha visión era, sin duda alguna, falsa, la concepción que se hacía Pöhlmann de la historia social adolecía del mismo error. ¿Pero, hay que abandonar por ello los modernos conceptos de lucha de clases y de clases sociales?

Expongamos en primer lugar una constatación preliminar: lo mismo que no hay una categoría económica autónoma para los griegos, tampoco hay una categoría social independiente. *A priori* esperaríamos comprobar que la historia social de los griegos se integraba en la historia política, tal como lo veíamos con la historia económica. De hecho, la historia social pasa por la historia política: veremos inmediatamente lo que esto quiere decir, y cómo y por qué en Grecia lo social se funde con lo político.

La cuestión del lugar que ocupa la lucha de clases en la sociedad antigua, y particularmente el papel que desempeñan los esclavos en esta lucha, es un grave problema que exige un tratamiento cuidadoso. No existe, desde luego, una definición unánime de «clase social», pero en última instancia los conceptos y las polémicas modernas giran en torno a tres representaciones fundamentales. Una es esencialmente empírica: una clase social es un grupo de hombres que ocupa un lugar más o menos definido en la escala social: clases superiores, clases medias y clases inferiores. Ya sabemos hasta qué punto los autores anglosajones han afinado estas distinciones mediante la multiplicación de las subdivisiones, un poco como Sir Arthur Evans y sus sucesores, quienes, después de adoptar una clasificación de los documentos «minoicos» en minoico antiguo, medio y reciente, subdividieron cada uno de estos períodos en tres subperíodos (minoico antiguo I, II, III, etc.), como si la historia universal adoptara automáticamente el ritmo ternario de los párrafos de Cicerón. Por otra parte, el marxismo aportó dos conceptos que desempeñan un papel fundamental. Por un lado, una clase se define por el lugar que ocupa en las relaciones de producción, es decir, si es la clase que produce directamente o si disfruta de los beneficios de la producción sin participar directamente en ella. Así, en la perspectiva de Marx, se oponen clase obrera y burguesía. Finalmente, el marxismo ha aportado un segundo concepto, el de conciencia de clase: comunidad de intereses, formación de un vocabulario y de un programa común y aplicación de dicho programa en el campo de la acción política y social. Estos dos últimos conceptos (el de la clase en sí y el de la clase para sí) no se superponen. En una página del *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), Marx pudo afirmar sin contradecirse que los campesinos franceses son una clase social porque «su género de vida, sus intereses, su cultura» (añadamos nosotros, su lugar en el proceso de producción) «los oponen a otras clases de la sociedad», y también que, parcelados, sin más relaciones entre sí que las que puedan tener las patatas dentro de un saco, no constituyen ninguna clase.

Pero, ¿qué pasa en el mundo griego antiguo? ¿Hemos de tomar al pie de la letra el comienzo del *Manifiesto comunista*: «La historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, veedor y comparsa, en una palabra: opresores y oprimidos se han visto siempre en constante oposición»? Dicho en otros términos la pregunta es doble: ¿la lucha de clases es característica del mundo griego? ¿El eje de esta lucha pasaba por la oposición entre propietarios de esclavos y esclavos? La respuesta no es sencilla. Quien abra la *Política* de Aristóteles, el más grande libro de reflexión sobre los hechos políticos, económicos y sociales que nos legara la Antigüedad griega, confirmará que, desde el comienzo de su obra, el filósofo plantea como principio fundamental la separación entre el esclavo, definido como «instrumento», cosa normal en un universo de artesanos, y el dueño: «ciertos seres, desde su nacimiento, se ven destinados a obedecer, y otros a mandar».[36] Aristóteles llama a los primeros «esclavos por naturaleza». El mismo autor, cuando reflexiona sobre el movimiento de la sociedad griega, y especialmente en el libro V acerca del fenómeno de la *stasis* (disturbios internos de las ciudades), razona siempre en términos de lucha de clases, al aspirar cada uno de los grupos antagonistas a dirigir solo al conjunto de la ciudad. En efecto, en la segunda parte del presente libro veremos que no faltan los textos que expresan con viveza, desde ambos frentes de la lucha, violentos sentimientos de clase. Sólo que estos dos hechos no se superponen entre sí, distando mucho de hacerlo con las modernas representaciones de la lucha de clases. Resultaría especialmente vano intentar utilizar como criterio de análisis de las luchas antiguas, el lugar que ocupaban los grupos en las relaciones de producción. Evidentemente, no existió nada que se aproxime a lo que nosotros llamamos «clase obrera», pero, sobre todo, no es el lugar que ocupan en las relaciones de producción lo que separa a los grupos sociales. Un ciudadano ateniense que trabajara manualmente en la misma obra o en la misma tiendecilla que un meteco o un esclavo (el suyo o el de otro) se halla separado de sus compañeros de trabajo por un abismo social: no los unirá ninguna lucha común (ni los opondrá ninguna competencia,

36. *Política*, I, 1254 a 22.

por ejemplo la referente a sus salarios o a sus empleos). Desde luego que las tareas consideradas inferiores o físicamente agotadoras (ante todo, las de la producción minera) tenderán a ser desarrolladas exclusivamente por esclavos, pero ello no implica en manera alguna la formación en éstos de una conciencia común. Así, un minero, un cantero, un policía, un pequeño funcionario, incluso, en ciertos casos, lo que nosotros llamaríamos un alto funcionario, serían esclavos en Atenas, sin otra reivindicación común que la libertad, sin la pretensión de reemplazar al grupo dirigente de la sociedad ni mucho menos intentar establecer una «sociedad sin clases», tal como creyó realizarla la burguesía moderna cuando sus luchas la han llevado al poder, o como quiere la ideología socialista.

Los esclavos, al menos los que llamamos «esclavos mercancía» o la esclavitud-ganado (en inglés *chattel-slavery*), no constituyen, pues, una clase social, lo cual no les impide en absoluto ser, como bien lo entendió Aristóteles, los «instrumentos» sin los que la ciudad griega no hubiera podido concebirse a sí misma. Ya conocemos la famosa fórmula: «Si por orden o por propio presentimiento cada instrumento pudiera realizar su propia obra, si, como las legendarias estatuas de Dédalo o los trípodes de Hefesto, que, según las palabras del poeta "podían entrar solos en las asambleas de los dioses",[37] las lanzaderas tejieran solas y los plectros pudieran tocar la cítara, entonces los capataces no necesitarían mano de obra ni los amos esclavos».[38]

Pero precisamente Aristóteles no pretendía oponer tan sólo —cosa que, por lo general, se olvida de mencionar— al amo y al esclavo. Aunque es cierto que en un grupo de «esclavos» pueden encontrarse rasgos que los asemejen a una clase social moderna, los Iguales (*Homoioi*), espartanos improductivos que viven de la producción agrícola de los ilotas. Estos tienen reivindicaciones comunes manifestadas a través de una permanente rebeldía (véase el capítulo 4), pero ha de intervenir otro factor de diferenciación. A partir de las conquistas de la burguesía las modernas clases sociales se caracterizan si no por su movilidad práctica, al menos por su permeabilidad jurídica: un hijo de obrero o un obrero pueden —por derecho— convertirse en burgueses. Excepto en un caso particular sobre el que no vale la pena extenderse aquí (el de los *mothakes* que habrían compartido la educación de un joven espartano), un ilota no puede convertirse en un espartano en el pleno ejercicio de sus derechos y de su rango. Así, tenemos que rechazar por completo la concepción, expresada con frecuencia, que escenifica la lucha entre amos y esclavos como la manifestación de la lucha de clases en la Antigüedad griega, lo mismo que tenemos que rechazar la concepción simétrica, nacida de la lucha moderna por la abolición de la esclavitud colonial (la primera edición de la monumental *Histoire de l'esclavage dans l'Antiquité* aparece en 1847, un año antes que el decreto de abolición de la esclavitud de los negros, y es obra del abolicionista Henri Wallon), que veía en la esclavitud de los Clásicos el factor de descomposición de la sociedad griega, siendo por el contrario el elemento que la posibilitaba, al asegurar la libertad del ciudadano.[39]

37. *Ilíada*, XVIII, 376.
38. *Política*, I, 1253 a 1-1253 b 33, según la traducción de J. Aubonnet, París, coll. des Universités de France.

Pues bien, si se elimina la oposición entre amos y esclavos como componente esencial de las luchas de clase en el mundo griego, ¿cuáles fueron entonces sus características fundamentales? Son dos y absolutamente inseparables una de otra. Por una parte, el antagonismo no se produce entre grupos que ocupan un lugar especial en las relaciones de producción, sino que, generalmente, es protagonizado por propietarios y no propietarios, propiedad referida esencialmente a la tierra. En la práctica, dicho antagonismo se producirá casi siempre entre una minoría acomodada y una gran mayoría, la de los más o menos desheredados, aunque hay que subrayar, tal como lo hacía Aristóteles, que el criterio fundamental no es el de número, sino el de riqueza. La terminología griega posee una riqueza asombrosa para designar a estos dos grupos antagonistas: por un lado encontramos a los *aristoi, esthloi, eugeneis, epieikeis, gennaioi, gnorimoi, kaloikagathoi, chrestoi, charientes, beltistoi*, etc., que designan a la minoría acomodada, mientras que por otro hallamos al *plethos, demos, ochlos*, los *kakoi, deiloi, poneroi, cheirous*, etc., para designar a sus adversarios.[40] Es inútil intentar hallar un matiz exacto en cada uno de estos términos, pues en realidad son sinónimos e intercambiables. Ha de subrayarse la evidente tendencia que reflejan todos ellos; los términos elogiosos quedan reservados para la minoría, y la mayor parte de los que se adjudican a la mayoría son peyorativos. Hay que notar asimismo cómo se asimilan a las clases sociales implícitamente cualidades morales: las virtudes positivas son un privilegio exclusivo de la minoría (véase lo dicho anteriormente acerca de la riqueza y la pobreza).

El antagonismo entre la minoría propietaria y la mayoría sin propiedad es fundamental en la lucha de clases griega, pero, en sí mismo, no constituye condición suficiente para movilizar el conflicto entre

39. Sobre todos estos problemas en conjunto y especialmente sobre la posible aplicación al mundo griego del concepto romano, y luego medieval y clásico, de *orden*, véase la obra colectiva citada más adelante en la nota 41 de este capítulo.
40. Numerosas referencias a las fuentes en Busolt, G.: *Griechische Staatskunde*, I, Munich, 3.ª ed., 1920, págs. 210-219. Véase Sainte-Croix, G. E. M. de, en: *Historia*, 3, 1954-1955, págs. 21-30.

19

unos grupos organizados. En este momento interviene la segunda característica esencial: la lucha de clases sólo podrá expresarse entre ciudadanos, merced a su pertenencia (o a la posibilidad de pertenecer) a la ciudad y, por consiguiente, a la potencial posesión del poder político. Al margen del cuerpo cívico puede haber propietarios y no propietarios, pero el antagonismo entre ellos no podrá modelarse en forma alguna, teniendo en cuenta simplemente el hecho de que unos no tienen acceso al poder político. Primordialmente, es así como se explica la falta de participación de los esclavos como grupo en los conflictos sociales y políticos entre ciudadanos acaecidos en ciudades como Atenas. Por el contrario, ello puede hacernos comprender, en parte, el papel activo que quizá desempeñaron grupos semejantes a los ilotas en los conflictos de Esparta, precisamente porque en cierta medida formaban parte de la ciudad (o podían pretender llegar a formar parte de ella).

Según estas observaciones, cabría esperar que lo que se ponía en juego en las luchas entre ciudadanos no tuviera un carácter estrictamente económico, y, efectivamente, las reivindicaciones políticas y las económicas se fundían muchas veces en el mismo horno. La constitución de las ciudades griegas reflejaba generalmente la composición social del cuerpo de ciudadanos y la manera en que se repartía en él la riqueza. Así, a menudo la revolución política suponía de forma simultánea revolución social. Sin embargo, vamos a aislar los factores estrictamente económicos de las luchas de clase, sin desatender por ello el aspecto político que también estuvo presente en las luchas entre ciudadanos. Dicho en otras palabras, ¿qué es lo que estaba en juego en el terreno económico en las luchas de clase griegas? Ha de subrayarse de manera muy marcada que, a diferencia del mundo moderno, las reivindicaciones económicas no se refirieron nunca a las condiciones de trabajo ni a los salarios, porque, como ya hemos visto, no existía una clase obrera ni un mercado de trabajo. Tampoco hubo protestas por parte de los ciudadanos pobres contra la competencia que habría supuesto para ellos el trabajo servil. Las consignas revolucionarias fueron, desde época arcaica, la supresión de las deudas y el reparto de tierras. Las reivindicaciones económicas positivas se refirieron siempre a la redistribución del excedente de riqueza del Estado en provecho de los ciudadanos, o bien y muy especialmente, el reparto de fincas que, en casi todos los territorios del mundo griego, eran patrimonio exclusivo del ciudadano (véase el capítulo 5). La propiedad inmobiliaria fundamentaba muchas veces los derechos del ciudadano. Sin embargo, podía invertirse la relación y ser la pertenencia a un grupo de ciudadanos lo que estipulaba el derecho a la propiedad inmobiliaria, tanto más cuando entre ellos, y no sólo en las democracias, se daba por sentado que debía operar en alguna medida el principio de igualdad (prestándose, sin duda, a controversia, su aplicación en la práctica). Entonces el *slogan* del reparto de tierras obedecía a cierta lógica. Económica y socialmente la tensión entre ciudadanos se expresó en la forma de enfrentamiento entre grandes terratenientes y pequeños campesinos independientes. El gran éxito de la época clásica (el «milagro griego», si así queremos llamarlo) consistió en hacer posible el acceso a la ciudad de los campesinos; en algunas ciudades, éstos se convirtieron en ciudadanos, fenómeno desconocido en la historia anterior a los griegos. En el siglo IV, cuando por múltiples razones (véase el capítulo 7) la combinación ideal campesino-ciudadano se desvalorizó tanto en la realidad como en la ideología, la *polis* clásica se hallaba ya en decadencia. Y es en ese momento cuando la reivindicación del reparto de tierras reaparecerá con mayor violencia en la historia de Grecia.

Así pues, este antagonismo entre ciudadanos propietarios y ciudadanos no propietarios constituyó con mucho la mayor y más importante división entre los ciudadanos. Pero no fue la única. Veremos (sobre todo en el texto n.º 14) que Aristóteles —así como muchos otros griegos— era plenamente consciente de ello.

Una de estas divisiones era la que se establecía entre hombres y mujeres.[41] Sabemos que la ciudad clásica de tipo ateniense era un «club de hombres», caracterizado por una doble exclusión, por un lado la de los extranjeros (constituyendo el esclavo el tipo extremo de extranjero privado de todo derecho), y por otro la de las mujeres. En este tipo de ciudad era inconcebible que los esclavos pudieran pretender acceder al poder político: se trata de una hipótesis que ni siquiera la fantasía de los poetas cómicos pudo imaginarse. El poder femenino no supone un riesgo político directo: entra en el terreno de la utopía. (Ya sabemos cómo Aristófanes explotó este tema en *Lisístrata* y en *La asamblea de las mujeres*.) No ocurría lo mismo en las sociedades arcaicas, cuyo ejemplo más famoso es Esparta. En dichas sociedades, al igual que las reivindicaciones políticas de los esclavos de tipo ilota constituían una realidad constante en su historia, empezaban a aparecer en la leyenda y en las tradiciones la posibilidad del poder femenino, «ginecocracia» —si se desea emplear el término griego—. Este fenómeno es utilizado por Aristóte-

41. Véase Vidal-Naquet, P.: «Esclavage et gynécocratie dans la tradition, le mythe, l'utopie», *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique*, París, 1970, págs. 63-80; véase Pembroke, Simon G.: «Women in Charge: the function of alternatives in early Greek tradition and the ancient idea of the matriarchy», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, XXX, 1967, págs. 1-35. Sobre la oposición de hombres y mujeres en la religión y los ritos, véase Gernet, L. y Boulanger, A.: *Le Génie grec dans la religion*, París, nueva edición de 1970, págs. 51-53.

20

les para criticar las instituciones espartanas en un pasaje de la *Política*,[42] en el que el peligro del poder femenino y el del poder servil se ponen al mismo nivel.

Otra división es la que existe entre jóvenes y adultos, resto tal vez de un pasado remoto, pero activa incluso en plena época histórica.[43] La ciudad griega, considerada normalmente y con razón la institución típica de esta civilización, es un hecho de origen relativamente reciente en la historia del pueblo griego. En cierto modo la ciudad se superpuso a instituciones y agrupaciones más antiguas, sin eliminarlas por completo. Un ejemplo de ello lo constituyen las clases de edad que se pueden observar en numerosos lugares del mundo griego. Esparta y las ciudades cretenses representan el tipo más extremado; en ellas, las clases de edad desempeñaban un papel fundamental en toda la organización de la sociedad. Todos los Estados griegos —democracias y oligarquías— hicieron intervenir el principio de antigüedad en la atribución de las responsabilidades políticas. En la historia de Grecia son conocidos algunos casos concretos, en los que se observa cómo la oposición entre jóvenes y viejos dentro de una misma ciudad alcanza las proporciones de un enfrentamiento político directo, y cómo la ciudad queda dividida entre unos y otros, enfrentados como dos grupos antagónicos.

Principales fuentes

Ya se ha dicho anteriormente que para los griegos no había categorías económicas y sociales autónomas. No cabría, pues, esperar que se encontrara una literatura griega especializada en estos temas. En efecto, las referencias útiles a este respecto se encuentran dispersas a través de la literatura griega que se ha conservado. Sin embargo, cabe señalar como especialmente importantes (fuera de las obras de los historiadores) las obras de los teóricos políticos del siglo IV, Platón y Aristóteles, y sobre todo la *Política* de este último; los tratados de «Economía» citados anteriormente, que en parte enlazan con *Los trabajos y los días* de Hesíodo, poema didáctico que proporciona informaciones preciosas acerca de la vida del campesino beocio de alrededor del año 700 a. C.; los *Ingresos* de Jenofonte, opúsculo que data aproximadamente del año 355, en el que su autor propone las medidas que facilitarían a Atenas la salida a sus problemas financieros, y que constituye un importante comentario acerca de la mentalidad económica de una ciudad griega en la época clásica; la comedia ateniense; los oradores de finales del siglo V y del IV, y aun otras.

Hay que citar, junto a los textos literarios, las inscripciones (antes del período helenístico no existen, naturalmente, papiros documentales).[44] No son muy numerosas las inscripciones útiles que datan de época arcaica. En efecto, la costumbre de publicar más o menos sistemáticamente los documentos públicos (decretos, tratados, etcétera) en Atenas tan sólo se generalizará con el desarrollo de la plena democracia a mediados del siglo V. La contribución de las inscripciones a la historia social y económica es considerable. En este caso, la capacidad de ofrecer información viene representada de nuevo por el conjunto de la documentación epigráfica. Haremos mención especial de los textos sobre las finanzas estatales (inventarios, cuentas de los tesoros de los templos, cuentas de los gastos del Estado, listas de los tributos del Imperio ateniense del siglo V, legislación sobre ciertas cuestiones económicas, etc.); los tratados con los Estados extranjeros, que a veces incluían cláusulas económicas; los mojones hipotecarios sobre las propiedades en el Ática en el siglo IV; numerosos textos sobre los metecos y los esclavos en Atenas, etcétera.

Por último hay que citar las aportaciones de la arqueología. Sería inútil intentar hacer aquí un balance de lo que ha aportado la arqueología, y de lo que aún puede proporcionar, a la historia económica y social: basta para ello remitirse a algunos trabajos recientes.[45] La arqueología puede revelar toda una serie de hechos desconocidos por otros conductos; puede informarnos, por ejemplo, acerca del comercio y de las relaciones entre los Estados griegos, o entre griegos y bárbaros. Asimismo puede llegar a confirmar o a corregir y completar lo que ya se sabía por las fuentes literarias (por ejemplo, las

42. II, 1269 b 7-1270 a 31.
43. Véase Jeanmaire, H.: *Couroi et Courètes*, París y Lille, 1939, y sobre todo Roussel, P.: «Etude sur le principe d'ancienneté dans le monde hellénique», *Mémoires de l'Institut National de France*, Académie des Inscriptions et Belles Lettres, 43, 1951, págs. 123-227. Sobre un aspecto en concreto, véase Vidal-Naquet, P.: «Le chasseur noir et les origines de l'éphébie athénienne», *Annales*, 23, 1968, págs. 947-964. La última obra de conjunto es la de Brelich, A.: *Paides e Parthenoi*, Roma, 1969.

44. Véase la colección de Pleket, H. W.: *Epigraphica, vol. I: texts on the economic history of the Greek world*, Leyden, 1964. Un buen ejemplo de la contribución de las inscripciones a un terreno especial, el de las empresas de construcción, es la obra de Burford, Alison M.: *The Greek Temple Builders at Epidaurus. A social and economic study of building in the Asklepian sanctuary during the 4th and early 3rd C. B. C.*, Liverpool, 1969. El conjunto de la producción epigráfica se halla indicada y analizada por J. y L. Robert en su «Bulletin épigraphique» anual de la *Revue des études grecques*.
45. Véase Courbin, P., ed.: *Etudes archéologiques*, París, 1963, y sobre todo los capítulos de Ed. Will, G. Le Rider y G. Vallet y F. Villard; sobre las monedas en concreto, véase Kraay, C. M. y Hirmer, Max: *Greek Coins*, Londres, 1966; Kraay, C. M.: *Greek Coins and History*, Cambridge, 1969. Sobre las nuevas perspectivas en la explotación de la documentación arqueológica, véase Humphreys, S. C.: «Archaeology and the Economic and Social History of Classical Greece», *Parola del Passato*, 114, 1967, págs. 374-400.

21

actividades griegas en Egipto durante la época arcaica).[46] En general, todos los hallazgos arqueológicos son susceptibles de insertarse en un cuadro económico y social. Entre los objetos que resultan particularmente importantes para la historia económica hay que mencionar los tesoros monetarios[47] y en particular los vasos: pero habrá que guardarse mucho de extraer conclusiones exageradas basadas únicamente en los descubrimientos de la cerámica.[48]

Entre documentación literaria, epigráfica y arqueológica, las fuentes para la historia económica y social de Grecia pueden parecer muy abundantes, pero no hay que perder de vista los límites de nuestros conocimientos. Una de las lagunas más importantes con que nos encontramos a la hora de reconstruir la historia económica de Grecia es la falta de datos estadísticos fiables. De ese modo, se desconocen las cifras exactas de la población de Atenas en la época clásica, y todo lo que podemos proponer a ese respecto no sale del estudio de las conjeturas más o menos plausibles. En general, se puede afirmar que se tiene un conocimiento mucho más extenso del período clásico que de los siglos precedentes. Asimismo la calidad y la abundancia de la documentación varía según las regiones. Ante todo, hemos de subrayar que en este caso, lo mismo que en la historia de Grecia en general, Atenas ocupa en la mayoría de las fuentes, con mucha diferencia, un lugar preferente y de la mayor importancia. Resultaría vano negar las lagunas y los riesgos de desequilibrio a que se ve expuesta toda investigación sobre la historia de Grecia.

46. Véase Austin, M. M.: *Greece and Egipt in the Archaic Age*, Cambridge, 1970.

47. Noe, S. P.: *A Bibliography of Greek Coin Hoards*, Nueva York, 2.ª ed., 1937; se halla en preparación una tercera edición.

48. Véase Cook, R. M.: «Die Bedeutung der bemalten Keramik für den griechischen Handel», *Jahrbuch des deutschen archäologischen Instituts*, 74, 1959, págs. 114-123; Vallet, G. y Villard, F., art. cit., y «Céramique et histoire grecque», *Revue historique*, 225, 1961, págs. 295-318.

CAPÍTULO 2

EL MUNDO HOMÉRICO

El mundo micénico

La historia de los griegos en la Antigüedad conoció dos grandes fases bien diferenciadas: la mejor conocida y a la vez más importante es la historia de la Grecia de las ciudades, que comienza a configurarse, aproximadamente, en el siglo VIII, al final de la edad oscura, al comienzo de la época arcaica. Pero cronológicamente es, por así decir, la segunda historia de Grecia, pues estuvo precedida por otra bien diferente: la de la Grecia micénica, la de la Edad de Bronce. Esta no es la historia de las ciudades, sino la de los reinos minúsculos centralizadores y burocráticos, en cierta medida modelados según las civilizaciones coetáneas de Oriente Próximo. Fundamentalmente, la conocemos, por una parte, gracias a los descubrimientos arqueológicos inaugurados el siglo pasado por Heinrich Schliemann y continuados posteriormente. Dichos descubrimientos sacaron a la luz los grandes palacios de Micenas, Tirinte, Pilos y otros yacimientos. Por otra parte gracias a la labor del arquitecto inglés Michael Ventris, que en 1952 descifró las tablillas en escritura silábica llamada lineal B, procedentes de Cnossos, Micenas y Pilos (y en la actualidad también de Tebas), desciframiento que reveló en detalle el funcionamiento de los grandes palacios centralizadores, que contabilizaban con extraordinaria minuciosidad toda la actividad económica. Este mundo micénico desapareció a lo largo del siglo XII, época en la que toda la cuenca oriental del Mediterráneo se vio turbada por grandes agitaciones. Con él desapareció definitivamente de la historia de Grecia el tipo de estructura social que representaba, y todo lo que con él se relacionaba, en el terreno de las instituciones y en el de los hechos de civilización. La Historia de Grecia en la época clásica dejará de ser una historia de palacio contabilizador y burocrático, para convertirse en la historia de sus ciudades. La fisura que se produjo a finales de la Edad de Bronce resulta, pues, la más profunda que ha conocido la historia de Grecia.[1]

1. Para una visión del tema, véase Finley, M. I.: *Les Premiers temps de la Grèce*, trad. de F. Hartog, París, 1973.

Los poemas homéricos como fuente histórica

La historia del mundo micénico desborda el marco de la presente obra; sin embargo, no podríamos omitir en ella una breve evocación de ese mundo. El primer testimonio histórico que nos ha llegado después de la caída del mundo micénico, y la primera obra literaria de la historia de Grecia, son los poemas homéricos de la *Ilíada* y la *Odisea*. Estos poemas se presentan como una evocación de sucesos que tuvieron lugar en el mundo micénico durante la Edad de Bronce. La cuestión de saber a qué época histórica se pueden referir los testimonios de Homero, y en qué medida podemos utilizarlos como fuente histórica, ha constituido el objeto de un largo debate, que se halla lejos de haber concluido, pero ante el cual no puede evitarse una toma de posición. En otras palabras, ¿qué representa el mundo homérico como fuente histórica?[2]

Para algunos, los más numerosos, los poemas homéricos constituirían simplemente una representación más o menos fiel del desaparecido mundo micénico: habría que colocar a Homero, junto a los descubrimientos arqueológicos y los del lineal B, como principal testimonio de la historia de Grecia durante la Edad de Bronce. Pero, aunque este punto de vista se halla ampliamente difundido, resulta insostenible. Los poemas homéricos pretenden ser, en efecto, una descripción de ese mundo desaparecido. Incluso se ha descubierto en ellos cierta cantidad de elementos micénicos desaparecidos con la caída de los palacios, pero cuyo recuerdo (nombres de lugares, objetos, costumbres, etc.) guardó Homero. Pero, en definitiva, todo ello resulta insignificante comparado con lo que Homero ha olvidado del mundo micénico en el terreno de las instituciones y de los hechos de civilización. Asimismo, existen en él una serie de anacronismos que no encajan en el marco del mundo micénico, sino que pertenecen, efectivamente, a la época inmediatamente posterior. El desciframiento del lineal B ha resaltado aún con mayor claridad la diferencia entre el mundo micénico y la sociedad homérica: los palacios micénicos, con su minuciosa burocracia, se hallan abismalmente separados de aquellos de los reyes homéricos, infinitamente menos complejos en su organización y en los que no existe la escritura, hecho determinante en el mundo micénico. De éste a Homero, se eclipsó definitiva y enteramente un tipo de sociedad, sin que los griegos de épocas posteriores opusieran duda alguna al respecto.[3]

2. Véase Vidal-Naquet, P.: «Homère et le monde mycénien, à propos d'un livre récent et d'une polémique ancienne», *Annales*, 18, 1963, págs. 703-719.

3. Sobre un caso específico, véase Finley M. I.: «Homer and Mycenae: Property and Tenure», *Historia*, 6, 1957, págs. 133-159, que se publica otra vez en

Entonces, ¿habrá que considerar los poemas homéricos como testimonios de su propio tiempo, es decir (según la datación más corrientemente admitida hoy día) del siglo VIII, puesto que la *Ilíada* se sitúa a principios de dicho siglo o poco antes, y la *Odisea* en su segunda mitad?

Este punto de vista se halla menos difundido que el anterior, pero también ha sido defendido. En efecto, han podido extraerse rasgos descriptivos que probablemente pertenecen al mundo en el que viviera el poeta, merced a los cuales ha podido señalarse la vinculación existente entre la *Odisea* y los comienzos de la colonización occidental, que se sitúa en la segunda mitad del siglo VIII. Sin embargo, por otro lado, los poemas homéricos no pueden considerarse una descripción literal del mundo en el que viviera el poeta. Deberá tenerse siempre presente el voluntarismo arcaizante del poeta que mira al pasado, hacia un mundo desaparecido que intenta evocar. Tiene conciencia de los grandes cambios que se produjeron en una fecha relativamente reciente, pero se abstiene de mencionarlos. De ese modo, casi nada dice de los dorios (tan sólo una alusión), cuyo asentamiento en Grecia siguió a la caída de los palacios micénicos, ni de la migración griega a Asia Menor durante la edad oscura. Pretendía evocar una sociedad desaparecida, pero le faltaban todos los puntos de referencia. Probablemente, lo que describe no era ni el mundo micénico ni su propia época, sino un mundo intermedio en el tiempo (pero no necesariamente en las instituciones) entre ambos, el mundo griego de la edad oscura de los siglos X y IX, posterior a la caída de los palacios micénicos, pero anterior al desarrollo de la *polis* en el siglo VIII, fenómeno que inaugura una época completamente nueva en la historia de Grecia.[4]

Pero no podemos aferrarnos simplemente a esto y partir de la equivalencia mundo homérico = mundo griego de la edad oscura. Describir la sociedad homérica no es exactamente describir la sociedad griega de los siglos X-IX. Ante todo hay que tener en cuenta los anacronismos en un sentido y en otro. Esquemáticamente podemos decir que existen tres niveles históricos en Homero: el mundo micénico que el poeta trata de evocar, la edad oscura y la época en la que vivió el poeta; y no siempre resultará fácil distinguir con claridad lo que pertenece a uno u otro nivel.

Por lo demás, falta aún mucho para que estos problemas agoten el interés histórico (incluyendo en él lo que ahora nos ocupa) de

The language and Background of Homer, editado por G. S. Kirk, Cambridge, 1964, págs. 191-217.

4. Tal es la postura que adopta Finley, M. I.: *Le Monde d'Ulysse*, traducción francesa, París, 1969, con bibliografía adaptada por P. Vidal-Naquet. (Trad. cast.: *El mundo de Odiseo*, F. C. E., Madrid, 1980.)

23

la obra de Homero. Ese enorme discurso poético puede y debe ser tratado como un discurso cuyas leyes deben estudiarse. Aparecen en él oposiciones concurrentes a lo largo de toda la civilización griega. Así, cuando constatamos que Homero opone fundamentalmente los consumidores de pan, cultivadores del suelo, ganaderos y sacrificadores —que son los hombres, y que aparecen en la *Odisea* en Pilos, Esparta e Itaca—, al conjunto de los no humanos —monstruos antropófagos, sirenas o diosas que encuentra Ulises en sus viajes—, esta oposición trasciende la cuestión de saber si la Pilos de Néstor es idéntica a la que los arqueólogos de Cincinnati han descubierto en Epáno-Engliáno. Sin que ello sea motivo de distracción para el historiador. Así, el episodio del Cíclope en el canto IX de la *Odisea* describe a la vez a unos salvajes en el sentido mítico del término (unos ganaderos «bárbaros» del estilo de los que pudieron conocer los griegos), y una tierra acerca de la cual se hacía una invitación de corte realista a la colonización. De cualquier modo, para volver a los problemas más concretos, constataremos que Homero era consciente del hecho de que el desaparecido mundo micénico era más rico y más poderoso que aquel en el que él vivía.

Recrea ese mundo tal como él se lo representaba, y para ello exagera voluntariamente la riqueza de sus reyes. No podemos tomar al pie de la letra las descripciones de los palacios homéricos con sus grandes tesoros y su cantidad ingente de esclavos: la precisión de los datos estadísticos es tan sólo aparente y no debe confundirnos. En vano buscaremos en la arqueología de los siglos X-IX las huellas de edificios como la gran casa de Ulises en Itaca. Tal como lo revelan las excavaciones, la imagen del mundo griego de esa época es mucho más opaca: empobrecimiento de la civilización material, abandono de numerosos emplazamientos e interrupción de las relaciones con el extranjero. Lentamente el mundo griego logró restablecerse y consolidarse, superadas las vicisitudes que marcaron el final de la época micénica.[5]

Por otro lado, la sociedad homérica es demasiado uniforme en sus instituciones: no da ninguna sensación de diversidad entre las distintas regiones del mundo griego de la época. Resulta difícil creer que en la realidad ocurriera lo mismo. Lo que, en casi todas las épocas, caracterizó la historia de Grecia es la desigualdad de desarrollo habida entre las distintas regiones del mundo griego. Pero, para la época en la que se situaría *grosso modo* la sociedad homérica, faltan los medios de control; la imagen del mundo homérico, pues, deberá guardar siempre cierto grado de abstracción.

5. Para una puesta al día acerca de la arqueología de los siglos oscuros, véase Snodgrass, A.: *The Dark Age of Greece: an archaeological survey of the 11th to the 8th centuries B. C.*, Edimburgo, 1971.

Finalmente, habrá que insistir sobre todo en las diferencias entre la *Ilíada* y la *Odisea*.[6] En realidad, no existe una «sociedad homérica», sino dos sociedades: la de la *Ilíada* y la de la *Odisea*. En primer lugar hay una diferencia de edad: la *Ilíada* refleja un mundo más arcaico y menos abierto que la *Odisea*. Existe asimismo una diferencia de tema: la *Ilíada* muestra una sociedad en guerra, en la que la aristocracia guerrera desempeña un papel esencial por la supremacía militar que ostenta, y en la que el papel de las clases inferiores queda, por consiguiente, más desdibujado, pues «ni en la guerra ni en el consejo cuentan».[7] La *Odisea*, en cambio, da una imagen mucho más detallada de la sociedad y de lo que nosotros llamamos economía. Sobre todo, presta mayor atención al individuo: los humildes, cuyo papel en la *Ilíada* resulta muy restringido, tienen mayor protagonismo y el poeta se interesa mucho más por su suerte. Resultaría difícil intentar trazar un cuadro de la sociedad de la *Ilíada*. Lo que se describe a continuación puede aplicarse ante todo a la *Odisea*. Siempre que sea posible se señalarán las diferencias con la *Ilíada*.

Características del mundo homérico

Dado que cada uno de nosotros partimos de una cierta idea de la civilización griega como civilización de la *polis*, empecemos por señalar una ausencia.

La primera característica esencial del mundo homérico, tanto de la *Ilíada* como de la *Odisea*, es la inexistencia de la *polis* en el sentido clásico. Desde luego, se encuentran en Homero referencias a la ciudad en el sentido de aglomeración urbana, con un centro (el ágora) en el que se reúne la gente. Además, esas ciudades son el único tipo de asentamiento humano conocido por el poeta: en la obra de Homero no se mencionan aldeas, que, sin embargo, debieron existir entonces en numerosas regiones del mundo griego, como igualmente las habría más tarde. Pero, tanto en lo interno como en lo externo, las ciudades homéricas no son *poleis*, al menos si se las imagina como comunidades que agrupan a todos los ciudadanos y que forman asociaciones políticas independientes y soberanas. Si bien es cierto que se encuentran en Homero los términos *demos*, *polis*, *politai*, que expresarán luego dichas nociones, su contenido no tiene en absoluto la plenitud que adquirirán más tarde. El sentimiento co-

6. Acerca de este punto y de los que siguen, véase Mele, Alfonso: *Società e lavoro nei poemi omèrici*, Nápoles, 1968.

7. *Ilíada*, II, 202.

24

munitario existe ya en Homero, pero sufre aún la fuerte competencia del poder del *oikos* aristocrático.[8]

En Homero la ausencia de la ciudad en sentido clásico comporta la falta de nociones que se vinculan a la institución de la ciudad: el desarrollo de estas nociones corresponde muy de cerca al desarrollo de la propia *polis*. Así, no se encuentra en Homero la noción, posteriormente fundamental, de ciudadanía, de los derechos y deberes del ciudadano, y por consiguiente tampoco la noción antitética de no ciudadano, de extraño a la comunidad política. La antítesis entre hombre libre y esclavo, en cambio, existe ya en cierta medida, aunque igualmente tampoco resulte clara. En el mundo homérico existen esclavos, como los habrá en todas las épocas de la historia de Grecia, y la esclavitud como institución es presentada por el poeta como algo natural.[9] Pero la antítesis libre/esclavo, si es que se da, no tiene la claridad que adquirirá en la ciudad clásica del tipo ateniense.[10]

Ahora dejaremos de razonar en función del futuro: el papel principal en el mundo homérico lo desempeña el *oikos* aristocrático. Los grandes héroes ocupan el primer plano de la escena y actúan, por lo general, autónomamente, como si no existiera la comunidad. Sin embargo se vislumbra, por ejemplo en la escena del ágora de Itaca en el canto II de la *Odisea*, la existencia de cierto sentimiento comunitario, a veces en conflicto latente con las aspiraciones de los héroes: existe, pues, cierta tensión entre la ciudad homérica y el *oikos* aristocrático.

¿Qué es un *oikos*? El término se traduce a veces por «familia»,[11] pero esta traducción es, en realidad, poco precisa y puede prestarse a confusiones. Un *oikos*, incluso desde el punto de vista estrictamente humano, es más que una familia en nuestra acepción actual (es decir, como mínimo, el grupo de padres-hijos). En este sentido, nuestro concepto de «familia» resulta intraducible en griego homérico. En su aspecto puramente humano, el *oikos* tendrá, en efecto, un grupo familiar más o menos extenso en su centro. Pero incluirá, simultáneamente, a todas las personas, libres o esclavas, que dependen directamente del jefe del *oikos*, es decir, a todos los servidores dedicados a las numerosas tareas necesarias para la vida económica del *oikos*. Naturalmente, cuanto más grande y más poderoso sea el

8. Véase Hoffmann, W.: «Die Polis bei Homer», *Festschrift für Bruno Snell*, Munich, 1956, págs. 153-165, publicado de nuevo en *Zur griechischen Staatskunde*, editado por F. Gschnitzer, Darmstadt, 1969, págs. 123-138.
9. Véase, por ejemplo, *Odisea*, XVII, 419-423.
10. Sin embargo no deben tomarse al pie de la letra los datos homéricos sobre la esclavitud; véase Lencman, J. A.: *Die Sklaverei im mykenischen und homerischen Griechenland*, traducción del ruso, Wiesbaden, 1966.
11. Así, en muchas ocasiones, Lacey, W. K.: *The Family in Classical Greece*, Londres, 1968.

oikos, tantos más servidores tendrá. Así pues, el *oikos*, en su sentido puramente humano, no es una institución fundamentada estrictamente en el parentesco.

Pero la noción de *oikos* se refiere a algo más que un simple grupo humano. Engloba toda clase de bienes, muebles e inmuebles, inseparables en la práctica del grupo humano, puesto que son ellos los que aseguran su existencia material. Por consiguiente, forman parte de él las tierras, los edificios, el ganado, las reservas de todas clases, el material, etc. El *oikos* es una unidad económica al mismo tiempo que una unidad humana, y es gobernado por el jefe del *oikos*, que en el mundo homérico será un gran jefe guerrero, como Menelao o Ulises. Económicamente, el ideal del *oikos* es la autarquía (ideal que tendrá una larga historia en el mundo griego): el *oikos* debe bastarse a sí mismo en la mayor medida posible, debe producir en su seno todo lo que necesita para su existencia. En su interior no caben los intercambios: toda la producción se concentra en manos del jefe del *oikos*, que luego la reparte según su criterio. Por lo tanto, es a la vez una unidad de producción y de consumo, y la mayor parte de sus necesidades materiales se satisfacen al margen de cualquier contacto con el mundo exterior y de cualquier intercambio comercial.

¿En qué consistía la riqueza material de un *oikos* aristocrático? En primer lugar, en tierras: los nobles guerreros eran ante todo terratenientes. Ya en Homero se halla el concepto de agricultura como fundamento de la civilización.[12] La tierra es explotada en todas sus formas: agricultura, cultivos de arbustos (viñas, olivos, árboles frutales), de hortalizas, pero en esencia predominó la economía pecuaria.[13] La riqueza de los grandes jefes se medía sobre todo por el número de cabezas de ganado, principalmente de bueyes, que tenían en sus territorios. Junto a la propiedad de tierras, de los rebaños (y de los esclavos, que pueden contarse entre los bienes del *oikos*), debe contabilizarse el «tesoro» acumulado, que se guardaba en una habitación especial en el centro del palacio. Hallaremos en él reservas de alimentos, trigo, vasijas de vino y aceite, y también telas preciosas, metales, corrientes y raros, en lingotes o en forma de armas, trípodes, calderos. La posesión de un tesoro lo más cuantioso posible no obedecía sólo a imperativos estrictamente utilitarios (aunque existan, véase más adelante), sino que también responde a consideraciones de prestigio. El poderío del noble guerrero se medirá, entre otros patrones, por la magnitud de su tesoro y por la magni-

12. Véase Vidal-Naquet, P.: «Valeurs religieuses et mythiques de la terre et du sacrifice dans l'Odyssée», *Annales*, 25, 1970, págs. 1278-1297.
13. Los datos homéricos relativos a la agricultura se hallan reunidos en la obra de Richter, W.: *Die Landwirtschaft im homerischen Zeitalter*, Gotinga, 1968; desgraciadamente se encuentran mezclados con los micénicos.

25

ficencia de los regalos que puede ofrecer a los huéspedes de su mismo rango.

Ya se ha dicho que el ideal económico del *oikos* es la autarquía, pero en la práctica no era posible mantenerla estrictamente (debe tenerse en cuenta la insaciable codicia de los nobles). Entre las comodidades esenciales que el *oikos* no estaba en condiciones de proporcionar se hallaban ante todo los metales y los esclavos: por lo tanto, era imposible permanecer sin contactos con el mundo exterior. Los mecanismos a los que recurrían los héroes para subvenir a estas necesidades vitales, resultan reveladores de la mentalidad y de los valores del mundo homérico.

El primer medio de adquisición era simplemente la guerra, y en Homero, y por supuesto en la *Iliada*, ésta aparece iluminada por la luz más clara y más brutal de toda la historia de Grecia. Las incursiones organizadas con la intención de saquear no son nada excepcional, antes bien, los héroes homéricos se jactarán tranquilamente de sus hazañas. En el palacio de Alcinoo, Ulises empieza así el relato de sus viajes después de la caída de Troya: «De la costa troyana llevonos el viento a la patria/ de los cícones, Ismaro; allí saqueé su poblado/ y a los hombres di muerte; el copioso botín y mujeres/ con justicia partimos, que nadie quedase sin premio».[14] El botín que se toma al enemigo se repartirá luego entre los participantes en la expedición, y el jefe tendrá derecho a una parte especial.[15]

Sin embargo, la guerra no podía constituir el único medio de adquisición. Generalmente, para obtener metales y objetos preciosos debía recurrirse al intercambio, ya que la guerra a veces comportaba demasiados riesgos: cabía la posibilidad de que la parte contraria fuera más fuerte que la atacante, y que la agresión se volviera entonces contra el agresor. El mundo homérico, en efecto, aunque otorga un importante papel a la violencia, también conoce un amplio código de relaciones con el extranjero, al menos en la *Odisea*, mediante el cual pueden organizarse los intercambios sin renunciar a la ética aristocrática. Se hallan en la *Odisea* (pero no en la *Iliada*) numerosos ejemplos de una determinada técnica del intercambio, basado en el regalo y en el regalo por correspondencia, bien conocida en numerosas sociedades primitivas.[16] En el mundo homérico, al igual que en numerosas sociedades arcaicas, no existen donaciones desinteresadas. No se da simplemente para hacer un favor, sino

14. *Odisea*, 9, 39-49, trad. de J. M. Pabón.
15. Véase *Iliada*, I, 165-168; *ibidem*, XIV, 365-368.
16. El papel de esta institución en las sociedades «primitivas» fue reconocido ante todo por Mauss, M.: «Essai sur le don, forme primitive de l'échange», *Année sociologique*, 1923-1924, págs. 30-186, nuevamente publicado en *Sociologie et Anthropologie*, París, 1950.

porque así se asegura, en plazo más o menos largo, un regalo o un servicio de vuelta. Este principio se halla tan admitido en el mundo homérico que nunca se discute: es una práctica que el poeta sobrentiende que es natural. El regalo establece la obligación del regalo de correspondencia. De ese modo un héroe recibirá a sus huéspedes y se afanará en darles «regalos» (armadura, metales, objetos preciosos, etc.), y esperará sin falta que le sea devuelto en especie o en servicios que le compensen. A través de esta institución podían organizarse los intercambios y llenarse las lagunas de la autarquía. Hay que resaltar la absoluta carencia de ánimo lucrativo en estos intercambios. En ellos queda excluida cualquier noción de provecho. Por el contrario, la noción que importa es la de equivalencia: los regalos deben equivalerse por una parte y por otra, sin que haya lugar al menor provecho en la transacción. Así, este estilo de correspondencia logra inscribirse de manera aceptable en el marco de la ética aristocrática. Veremos, pues, a los héroes homéricos emprender, en persona, viajes para procurarse a través de los intercambios lo que le falta al *oikos*. Pero, ¿qué lugar ocupa el comercio propiamente dicho en el mundo homérico?

En alguna medida existe, más en la *Odisea* que en la *Iliada*, pero dista mucho de hallarse desarrollado. En la obra de Homero no aparecen ferias y el ágora de las ciudades sólo es un lugar de reunión, no tiene funciones económicas. Homero no posee un término técnico para designar al comerciante; para él son simples *prekteres*, agentes.[17] La palabra *emporos*, que posteriormente definirá al comerciante, marítimo por excelencia, no tiene otra acepción que la de «pasajero» (de un barco). Los únicos y auténticos especialistas del comercio son extranjeros, en particular los fenicios (es decir, para los griegos todos los levantinos). Aparecen poco en la *Iliada*,[18] y mucho más frecuentemente en la *Odisea*. Llevan objetos preciosos (obras de arte), chucherías de poco valor y esclavos. Llegada la ocasión pueden convertirse con facilidad en piratas y vender como esclavos a sus pasajeros. Su reputación no deja en ningún momento de ser mala: se aceptan sus mercancías, pero se desconfía de ellos. No contribuirán a una valorización positiva del comercio, sino todo lo contrario.[19] El lugar que ocupa el comercio en la escala de valores homérica es bien claro. El ejemplo más meridiano nos lo proporcionan los feacios, que son un pueblo marinero por excelencia: serán bautizados con nombres derivados con frecuencia del mar y de la navegación.[20] Su habilidad naval es extraordinaria, a veces mágica. Pero, ¿son los

17. *Odisea*, VIII, 162.
18. VI, 289-291; XXIII, 740-745.
19. *Odisea*, XIV, 287-309; XV, 415-484.
20. *Odisea*, VIII, 111-119.

feacios, a pesar de ello, comerciantes marítimos? No tienen relación alguna con el mundo exterior y ante los extranjeros sólo sienten desconfianza. No viven del comercio marítimo, sino de la tierra. El pueblo marinero de los feacios rechaza el comercio: en la propia tierra feacia Ulises recibirá el más grave insulto, al ser acusado de ser un vulgar comerciante, preocupado por su mercancía y su provecho, insulto que sólo podrá borrar demostrando palpablemente su excelencia física, y por ella su calidad de héroe.

Las clases sociales bajas en Homero

Homero se centra sobre todo en los héroes: no nos informa, pues, a la perfección acerca de las clases sociales bajas. No son importantes en la *Ilíada*, pero en la *Odisea* se interesa más por ellas, no sólo como grupo, sino también como individuos (en esto la diferencia de tema desempeña también su papel). A pesar de todo, el margen de inseguridad sigue siendo grande: por lo tanto la jerarquía de las clases sociales bajas resulta muy controvertida.

Según cierto punto de vista muy difundido, el criterio esencial para establecer la condición de un hombre en el mundo homérico no era la posesión o no de la libertad personal, sino su situación con respecto al *oikos*. La condición de un hombre no se define en abstracto, sino referente a su pertenencia o no a un grupo, y en el mundo homérico la unidad básica es el *oikos* aristocrático y no la *polis*. Por consiguiente, se dice que la situación inferior no es la de esclavo, sino la de *thes*, el hombre libre que no posee nada, viéndose, pues, obligado a vender sus servicios a otro, quedando bajo su dependencia sin tener ni siquiera la seguridad de alcanzar el salario estipulado. Aquiles declara en el infierno, que preferiría ser un *thes* en la tierra, trabajando al servicio de un hombre pobre, que reinar sobre todos los muertos en el país de Hades. La existencia de este *thes* era bastante precaria: no tenía ningún vínculo con el *oikos* aristocrático ni formaba parte de él como el esclavo, que desde este punto de vista era más afortunado que él.

Por otra parte, es cierto que la condición del esclavo podía ser muy variable. La distinción entre libre y esclavo no pasa por la naturaleza del trabajo que realizan (hasta los héroes son capaces de participar en algunas tareas: como ya hemos visto, el prejuicio hacia el trabajo como tal no es tan notable como llegará a serlo después). La condición del esclavo en el interior del *oikos* es variable: entre los esclavos, hombres y mujeres, que forman parte del *oikos* de Ulises se distinguen dos grupos. Junto a los esclavos corrientes que sólo están para ejecutar lo que se les ordena, existe un grupo de privilegiados que gozan de la confianza y la estima de sus amos, participando en la gestión del *oikos*. Eumeo recibió de Ulises un pedazo de tierra y una mujer, y además pudo comprarse un esclavo. No había sido liberado (la noción de liberación la desconoce todavía Homero), pero era como si lo hubiera sido. El rango de Eumeo podía parecer superior al de ciertos hombres libres.

Sin embargo, no parece que haya que negar toda significación a la antítesis entre libre y esclavo. Por un lado el *thes* de Aquiles puede ser un caso atípico; su condición podía variar en la realidad y no representa necesariamente un término inferior bien definido. Lo mismo podemos decir de Eumeo: es un caso excepcional, y la suerte del esclavo en la *Odisea* es por lo general menos envidiable. Pero, a pesar de los privilegios de que gozaba, Eumeo no se liberaba, sino que seguía vinculado al *oikos* de Ulises. Varios pasajes hacen pensar que ya se sentía con fuerza la diferencia entre libre y esclavo; para un hombre libre no hay mayor desgracia que la esclavitud, pues «Zeus el tonante arrebata al varón la mitad de su fuerza desde el día en que en él hace presa la vil servidumbre».[21]

Falta información acerca de los demás miembros de la sociedad. Se entrevé la existencia de pastores independientes, sin que se sepa gran cosa de su suerte. No hay rastro de campesinos dependientes como serán conocidos en época arcaica, lo que no significa que no existieran en tiempos de Homero. Un grupo aparte parece estar formado por los «demiurgos». No se trata especialmente de artesanos, puesto que entre ellos se incluyen también los oficios de profeta, médico, arquitecto, aedo[22] y heraldo.[23] Constituyen, todas ellas, actividades especializadas que no se ejercen en el marco del *oikos*: los demiurgos son especialistas itinerantes que ofrecen sus servicios a la comunidad (tal es el sentido de la palabra), y cuya habilidad les confiere un rango, en cierta medida, especial.

Esta es, a grandes rasgos, la sociedad de la *Odisea*. La distancia que separa este mundo de la *polis* clásica es evidentemente grande: no hay que insistir más en ello. Nos parece más interesante hacer hincapié sobre las continuidades y parecidos entre este mundo (o mejor dicho, entre su ética y su sistema de valores) y el de los siglos posteriores.

El siguiente testimonio literario de la historia de Grecia, Hesíodo, nos informa acerca de todo un aspecto de la sociedad griega más o menos desatendido por Homero, a saber, la vida del pequeño campesino. Hesíodo difiere de Homero en un punto capital: rechaza totalmente la violencia y la guerra. Pero, guardando las debidas dis-

21. *Odisea*, XVII, 322-323; véase el manifiesto temor de Héctor hacia la persona de Andrómaco. *Ilíada*, VI, 450-463.
22. *Odisea*, XVII, 381-386.
23. *Odisea*, XIX, 135.

27

tancias, su ideal de independencia no es básicamente distinto al del *oikos* homérico, y la ética del regalo y su correspondencia no le resulta extraña. La concepción homérica del comercio se halla singularmente cercana a las consideraciones que Aristóteles haría algunos siglos más tarde: el comercio es vil, por cuanto busca el provecho, y ha de ser esencialmente obra de extranjeros; sólo son admisibles los intercambios de carácter no comercial que aseguran la autarquía. La ambición de los héroes homéricos consiste en adquirir por sus hazañas una gloria imperecedera: este mismo ideal se halla nuevamente, pero trasladado a la escala cívica y en el marco de las luchas entre las ciudades griegas, expresado por Pericles en los discursos de Tucídides.

Por último, hay que insistir en un episodio de la *Odisea*, porque parece vaticinar el futuro: se trata de la utopía de los feacios, la primera utopía de la literatura griega. El mundo real de la *Odisea*, el de Itaca, no es un mundo de especialistas. En el palacio de Ulises las mujeres han aprendido a realizar todos los trabajos; entre ellas, las únicas especialistas son las mujeres que hacen la molienda, y una de ellas se queja de su suerte.[24] A pesar de ser una isla Itaca permanece como un mundo de tierra adentro. Contrariamente, en Feacia las mujeres se reparten entre sí las diversas funciones, y, además, esa especialización de las funciones se correlaciona con la habilidad marinera de los feacios. En dicha utopía se anuncia intuitivamente y con varios siglos de antelación el perfil de la Atenas clásica, lo cual sugiere, por supuesto, que el modelo ateniense no es en absoluto ninguna innovación, hecho que había comprendido perfectamente Tucídides, cuando en su *Arqueología* lo remonta al pasado. A pesar de todo, los feacios, a los que se considera sus antecesores, no son los héroes de la *Odisea*. Incluso en la época de las primeras aventuras marineras y coloniales, Homero se convierte en el cantor de un mundo que vive tierra adentro.

24. *Odisea*, XX, 105-119.

CAPÍTULO 3

LA EPOCA ARCAICA (SIGLOS VIII-VI)

El desarrollo de la «polis»

La época arcaica es probablemente el período más importante de la historia de Grecia. Aunque la Grecia de la época clásica, más brillante y mejor conocida, sea la más atrayente, no puede concebirse sin el período que la precedió. Efectivamente, en la época arcaica se dieron innovaciones capitales en todos los terrenos.

En el plano de las instituciones la mayor novedad es el desarrollo de la *polis*, que será durante varios siglos el marco esencial para el desarrollo de la civilización griega hasta la época helenística.

El nacimiento de la *polis* resulta oscuro. Intentar señalar un principio absoluto es verdaderamente difícil: la *polis* representa un tipo ideal, y todo dependerá del criterio que se adopte. Por otra parte, la *polis* no se desarrolla en todos los ámbitos del mundo griego (volveremos a insistir sobre este punto en el capítulo 4), ni siguió el mismo ritmo en todos sus asentamientos. Por lo demás, los testimonios contemporáneos son escasos y poco explícitos. Ya hemos visto anteriormente lo mal definido que está el papel de la *polis* en Homero. Según *Los trabajos y los días* de Hesíodo, parece que en Beocia hacia el 700 a. C., la unificación entre la ciudad y el campo, característica fundamental de la ciudad arcaica y clásica, todavía no se había realizado: desde su aldea de Ascra, Hesíodo ve la ciudad de Tespias como un mundo lejano y hostil en el que reinan «los reyes devoradores de presentes». Los textos literarios verdaderamente explícitos no se remontan más allá de la segunda mitad del siglo VII.[1] La arqueología no es de gran ayuda: urbanización no significa automáticamente desarrollo de la *polis*, y además la urbanización propiamente dicha parece que fue bastante lenta, excepto en Asia Menor (excavaciones de Esmirna antigua) y, consiguientemente, en las colo-

1. Véase Ehrenberg, V.: «When did the Polis rise?», *Journal of Hellenic Studies*, 57, 1937, págs. 147-159; *Id.*, «An Early Source of Polis-Constitution», *Classical Quaterly*, 37, 1943, págs. 14-18, ambos de nuevo publicados en *Polis und Imperium*, Zürich, 1965, págs. 83-97, y 98-104 respectivamente.

28

nias. La mayor evidencia de los comienzos de la *polis* la proporciona la colonización, iniciada, aproximadamente, a mediados del siglo VIII. Volveremos después sobre las causas y el carácter de la colonización. Señalemos aquí un hecho fundamental: las colonias implantadas en Sicilia, en el sur de Italia y en otras zonas, con excepción de ciertos *emporia* (véase más adelante), son todas desde un principio *poleis*, que imitan las instituciones de sus metrópolis, prueba evidente de la existencia de la *polis* desde los comienzos de la colonización.

No se conocen muy bien las causas del desarrollo de la *polis*. Por lo general se hace intervenir al factor geográfico: el fraccionamiento físico de Grecia habría tenido como resultado su fraccionamiento político. Cierto es que la *polis* se inscribe con frecuencia en un marco geográfico característico de Grecia. El asentamiento urbano se establece al pie de una acrópolis que sirve de refugio a sus habitantes. Cerca del asentamiento urbano se encuentra la tierra de la ciudad, propiedad de los individuos, constituida por una o varias llanuras fértiles. Más allá de la tierra cultivada se yerguen rápidamente las colinas: se llega al campo salvaje, propiedad de la comunidad y no de los individuos, que sólo sirve para el pastoreo, a veces también zona boscosa en la que trabajan los leñadores. El asentamiento urbano se halla generalmente situado cerca del mar, pero no suele encontrarse en sus orillas: si la ciudad posee un puerto (militar o comercial), generalmente éste no formará parte del asentamiento urbano (resulta particularmente claro el caso de Atenas y el Pireo).

Sin embargo, la explicación geográfica sólo tiene validez como prueba muy mediocre. Por una parte, como ya se ha dicho, la *polis* hace una aparición relativamente tardía en la historia de Grecia: el factor geográfico hubiera debido intervenir antes. Por otro lado, la repartición de las *poleis* no concuerda siempre con el fraccionamiento físico. Muy pocas ciudades o ninguna están ubicadas en las regiones occidentales de Grecia, donde más hubiera cabido esperarlas. El Atica, bastante fraccionada, formará tan sólo una ciudad, Atenas, mientras que Beocia, más uniforme geográficamente, tendrá varias. Se hallan varias ciudades en islas pequeñas como Ceos o Amorgos, pero sólo una en las grandes islas de Quíos y Samos: evidentemente la geografía no lo explica todo.

La *polis* se constituyó primero en Asia Menor, en la Grecia de la costa oriental y en la Grecia central, en las islas del Egeo y en Creta. Con razón se ha remarcado la relación entre el mapa de los principales emplazamientos micénicos conocidos y la repartición de estas *poleis*.

Algunas de estas primeras ciudades se habrían formado alrededor de antiguas ciudadelas micénicas, que habrían servido de refugio (tal es el sentido antiguo de la palabra *polis*, acepción que sobrevivió, por ejemplo, en los textos oficiales de Atenas, donde todavía a principios del siglo IV encontramos la palabra *polis* para designar a la Acrópolis); pero no se debe pedir a la arqueología más de lo que puede dar; la continuidad en la ocupación no prueba nada por sí misma; así, por ejemplo, resulta dudoso que Salamina de Chipre constituyera en la época clásica una *polis* a pesar de que puede observarse esta continuidad desde tiempos micénicos. Sin embargo, las recientes excavaciones suizas de Eretria parecen mostrar la transformación de un monumento funerario del siglo VIII, centrado en la tumba de un guerrero, en un lugar de culto colectivo durante el siguiente siglo.[2] Si la tumba de un guerrero o de un rey se convirtió en el santuario de un héroe, podemos decir que la transición de los tiempos homéricos a los tiempos de la ciudad arcaica se ha realizado, pero esto puede afirmarse con precisión a partir de que se constata el hecho.

A decir verdad, se nos escapa totalmente el proceso de cristalización de la *polis*, sin que haya posibilidades de lo contrario. Los debates acerca de este tema son meros testimonios de nuestra incapacidad de adoptar un criterio que pueda aplicarse conjuntamente a la *polis* del alto arcaísmo, a la de la época clásica, e incluso a la de época helenisticorromana. Cualquier investigación acerca de los «orígenes» constituye en realidad una predicción del futuro. Cualquier argumento es reversible. Acabamos de señalar que en la obra de Hesíodo, el campesino no se siente ligado a Tespias más que por el odio que siente contra los jueces que lo despojan de sus bienes, pero podría objetarse que, de por sí, esta dependencia constituye un vínculo que evidencia la legitimación de una autoridad colectiva. Es difícil evitar una lectura del pasado en función del futuro.

¿Las dos ciudades, una guerrera y otra pacífica, que describe Homero en el canto XVIII de la *Ilíada*, una con sus guerreros y otra con sus jueces, son *poleis*? Para el ateniense del siglo V lo eran sin duda alguna. Es necesario añadir que sólo se conoce el término del proceso, y que este conocimiento emana de las fuentes escritas. El documento más antiguo que testimonia la existencia de fórmulas de decisión colectiva, como «Tal ha decidido la *polis*», y de una institución tan típicamente cívica como la prohibición de que en el plazo de diez años se repita una magistratura, es una inscripción cretense de Dreros,[3] que data de la segunda mitad del siglo VII, más o menos contemporánea de Dracón de Atenas. No cabe duda de que en ese momento la *polis*, como singular colectivo o como plural (los atenienses, los espartanos), en suma, como sociedad organizada, existe ya desde un tiempo relativamente notable, pero en ese caso nos ve-

2. De modo provisional véase Bérard, Cl.: *Eretria*, III, Berna, 1970.
3. *Meiggs-Lewis* n.º 2.

mos nuevamente obligados a predecir el pasado en función del porvenir. Se constata, pues, que la *polis* existe y que es el grupo restringido o amplio de ciudadanos (otra palabra que se define parcialmente en función del futuro) el que pasa a constituirse en grupo dirigente; este grupo choca con las realidades materiales de la época y las transforma.

Hagamos aquí un simple esbozo de las principales conquistas de la época arcaica en este terreno. En primer lugar y a partir del siglo VII, la codificación de las leyes, con frecuencia por obra de un legislador, personaje con funciones a la vez profanas y públicas: se definen las normas que rigen a la ciudad; así, al ser sustraídas a la arbitrariedad de los poderosos, la justicia se convierte en un asunto público. Se pasa de un estado de prederecho a uno de derecho.[4] En general, como luego se verá, mejora la situación económica y social de los ciudadanos. Un rasgo fundamental en el desarrollo del sentimiento comunitario, menos causa que signo de esta evolución, lo constituye la reforma de los hoplitas, que tiene lugar a lo largo del siglo VII: el soldado ciudadano que combate en grupo se convierte en el reflejo militar de la ciudad.[5]

Paralelamente a la noción de ciudadano se desarrollan las contrarias, es decir, las de no ciudadano, la de extranjero dentro de la comunidad política, y sobre todo la de esclavo, el extranjero total, privado de libertad, y que en teoría carece de todo derecho: la noción de ciudadano es, pues, inclusiva y exclusiva. La relación entre el desarrollo de estas dos nociones extremas y contrapuestas, la de ciudadano libre y la de esclavo, es más que una simple relación teórica. La época arcaica conoció simultáneamente el desarrollo de la noción de comunidad y la llegada de los ciudadanos al interior de la ciudad, a la par que el desarrollo de la esclavitud-mercancía en una escala considerable. El trabajo servil en una forma u otra no es, desde luego, ninguna primicia de la época arcaica: Homero habla ya de la esclavitud (aunque, como ya se ha visto, no haya que tomar al pie de la letra los datos homéricos). Por otro lado, los griegos conocieron otras formas de sometimiento más arcaicas que la esclavitud-mercancía, a saber, ante todo el ilotismo, sobre el que se insistirá más adelante. Pero la institución de la esclavitud-mercancía y su difusión constituyen efectivamente una novedad de la época arcaica, que resulta inseparable del desarrollo de la ciudad. Los propios griegos tenían conciencia de ello: Heródoto, hablando de unos acontecimientos acaecidos en una época «prehistórica», dice: «En esa época los atenienses, al igual que los demás griegos, no tenían esclavos».[6] Existió toda una literatura acerca de la «invención» de la esclavitud-mercancía, de la que se conservan en Ateneo una buena cantidad de citas. Resulta interesante ver que los habitantes de Quíos pasaban por haber sido los primeros en comprar esclavos extranjeros:[7] pues bien, uno de los testimonios más precoces de evolución hacia la democracia procede precisamente de Quíos.[8] Los dos procesos se hallan vinculados: más tarde se expondrá un ejemplo concreto acerca de las reformas de Solón.

4. Gernet, L.: «Droit et prédroit en Grèce ancienne», *Année sociologique*, 1951, págs. 21-119, reaparece en *Anthropologie de la Grèce antique*, París, 1968, págs. 175-260.

5. Sobre la reforma hoplítica, véase Snodgrass, A. M.: «The Hoplite Reform and History», *Journal of Hellenic Studies*, 85, 1965, págs. 110-122; Detienne, M.: «La phalange: problèmes et controverses», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, obra dirigida por Vernant, J.-P., París y La Haya, 1968, págs. 119-142.

Los disturbios de la época arcaica

Todas estas transformaciones acaecidas en la historia de Grecia no se llevaron a cabo sin disturbios: la época arcaica está llena de crisis cuyas causas deben aclararse y ver asimismo las soluciones que se les pudo ir dando.

Una teoría obra de los historiadores alemanes (Ed. Meyer y otros), que se remonta al siglo pasado, proponía que la causa de muchas de las tensiones del período arcaico eran debidas a su desarrollo económico y social. Según esta teoría, habría habido una revolución económica a partir del siglo VIII, con la aparición de la producción artesanal, de la manufactura y el comercio. Hay quien postula (Ed. Meyer), que la colonización sería la consecuencia de tal proceso, y que su finalidad sería, en parte, la búsqueda de nuevas salidas para una producción que se habría convertido en excedente; otros (Beloch) afirman que al menos habría estimulado su evolución. La consecuencia social de la revolución económica sería el nacimiento de una nueva clase, formada por industriales y comerciantes enriquecidos, que seguidamente reclamarían la igualdad de derechos políticos ante la vieja aristocracia terrateniente. Un signo del desarrollo de la producción y de los intercambios sería la invención de la moneda, que habría beneficiado a los ricos a la vez que agravaba las dificultades del campesinado humilde, al facilitar su endeudamiento. Los tiranos de los siglos VII-VI habrían sido muchas veces los campeones de las nuevas clases sociales, gracias a los cuales habrían obtenido la igualdad política frente a la antigua aristocracia.

6. VI, 137; véase el texto n.º 15.

7. Véase el texto n.º 48.

8. Meiggs, R. y Lewis, D. M.: *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, Oxford, 1969, n.º 8. No parece que luego continuara esta evolución hacia la democracia.

Esta teoría obtuvo gran aceptación y en ocasiones condujo a exageraciones extremas.[9] Hoy día se halla en decadencia, pero sigue ejerciendo su influencia, pudiéndose encontrar rastros de ella por todas partes. ¿Qué puede conservarse de esta tesis?

No cabe duda de que la época arcaica conoció un desarrollo considerable del comercio y de la artesanía, ni de que la colonización pudo favorecer este proceso. Existen múltiples indicios de ello. Alrededor del 700 a. C., en Beocia, Hesíodo aún no conocía más que el comercio estacional del campesino que iba a despachar fuera el excedente de sus productos agrícolas.[10] Pero a partir del siglo VII el comercio marítimo se convierte en una actividad propia: el *emporos*, en el sentido de «comerciante marítimo», hace su aparición, mientras que en Homero esta palabra no tenía aún su significado técnico (véase más arriba). El navío comercial se diferencia del navío de guerra. Más tarde se mostrarán ejemplos de asentamientos griegos en el extranjero con carácter puramente económico, así como ejemplos del incremento del comercio con países o pueblos no griegos. Por lo que hace referencia al desarrollo de la artesanía, existen sólidas pruebas arqueológicas del florecimiento de talleres de cerámica en los siglos VII y VI, sobre todo en Corinto, Atenas, Asia Menor, etc. Hay que subrayar una vez más que se trata de la única artesanía griega notable susceptible de corroborar nuestras conjeturas, pero que no se puede generalizar sólo a partir de la cerámica. No obstante, es cierto que en época arcaica nace un *demos* urbano basado en la actividad artesanal. En general existen numerosos datos para pensar en una creciente prosperidad del mundo griego. Los restos arqueológicos son más ricos y variados que durante el período anterior. Se desarrolla la arquitectura (monumentos cívicos, templos, etcétera), las ofrendas en los santuarios dan testimonio de una nueva prosperidad y de los intercambios con el extranjero (numerosos objetos importados de Oriente), entre las clases acomodadas se extiende el gusto por el lujo. Es posible que, en cierto modo, contribuyera a ello el desarrollo de la artesanía y del comercio. Se conocen los casos de algunos comerciantes con suerte que hicieron fortuna en la época arcaica: sin duda sólo son casos excepcionales, pero al menos ya era posible vivir de otra cosa que no fuera la tierra. Por lo demás, el desarrollo del comercio debió contribuir indirectamente a la prosperidad de los estados, al permitirles conseguir ingresos por medio de tasas sobre la actividad económica: tal es el caso de Corinto, admirablemente situada para controlar la circulación por tierra entre el Peloponeso y la Grecia central, y por mar entre el golfo

9. Tal es el caso del libro de Ure, P. N.: *The Origin of Tyranny*, Cambridge, 1922.
10. *Los trabajos y los días*, 618-694.

31

Sarónico y el de Corinto (construcción de una ruta a la sirga —el *diolkos*— a través del istmo a partir del siglo VII). La oligarquía de los Baquíadas, que precedió a la de los Cipsélidas, no dejó de explotar tal situación. Todo esto queda, pues, sólidamente confirmado, pero quedan dudas acerca de las supuestas consecuencias de la evolución en el plano social y político.

Ante todo, debe constatarse el silencio o la imprecisión de las fuentes: Tanto si son contemporáneas como si son posteriores, no hacen mención alguna a la llegada de una nueva clase social basada económicamente en el comercio y la industria. Es cierto que Teognis se lamenta del ascenso de los «malos», nuevos ricos que se instalan a la cabeza de la ciudad a expensas del poder de los «buenos» (de la aristocracia): pero casi no nos informa del fundamento económico de esta transformación. Por lo que se sabe, las aristocracias de época arcaica, incluida la de los Baquíadas, son esencialmente aristocracias terratenientes y no aristocracias del dinero. Resulta significativo que cuando en 594 el ateniense Solón quiso establecer unas clases censitarias para repartir el poder político, el único criterio de riqueza que reconoció fue el proveniente de la producción agrícola, y, por tanto, el de la propiedad de la tierra. Con frecuencia las fuentes serán poco explícitas respecto al fondo socioeconómico de los conflictos de la época. Por citar un ejemplo, durante el siglo VI hubo disturbios políticos en las ciudades griegas de Asia Menor (sobre todo en Jonia), producidos frecuentemente por la subida al poder de los tiranos. ¿Se hallaban ligados estos disturbios al desarrollo económico de Jonia? Así se ha supuesto, pero, de hecho, las fuentes son muy poco explícitas y resulta difícil entrever el fondo socioeconómico de la historia de Jonia en el siglo VI. Es erróneo extraer conclusiones de donde faltan datos precisos. Pero cada vez que las fuentes son un poco más explícitas, parece que los conflictos económicos, si es que los había, se relacionaban más o menos estrechamente con la tierra: luego veremos un ejemplo concreto en el caso de Atenas.

Los orígenes de la moneda

Abramos ahora un paréntesis a propósito de la moneda: últimamente se han realizado importantes progresos en el estudio e interpretación de sus orígenes. En primer lugar, hoy día muchos numismáticos coinciden en rebajar la cronología de las primeras emisiones (en Asia Menor) hasta la segunda mitad del siglo VII, lo que supone la necesidad de reajustar en sentido ascendente la cronología de las demás acuñaciones de la época arcaica.[11] Pero no es esto lo más

11. Véase sobre todo Robinson, E. S. G.: «The Coins from the Ephesian Ar-

31

importante. Estudios recientes han renovado la concepción que se tenía de las causas que motivaron la invención de la moneda, y han hecho hincapié en los aspectos no económicos de los primeros momentos de la acuñación de moneda.[12] Usualmente se suponía que desde un principio ésta había tenido la función económica de patrón de valor que facilitara los intercambios. Así, la conclusión más natural era que la invención de la moneda hubiera tenido precisamente esa finalidad, y que constituyera, pues, un testimonio decisivo del desarrollo de los intercambios en la época arcaica y de los comienzos de una economía monetaria.

El problema es más complejo: no parece que al principio la moneda tuviera tan sólo el mismo sentido y la misma función que, como se observa, desempeñaría después. En primer término, se ha señalado que Aristóteles, quien conocía muy bien la explicación puramente económica de la invención de la moneda, al parecer también guardaba, si no el recuerdo, al menos el concepto de una explicación ética del papel que había tenido. Sería conveniente volver a situar la invención de la moneda en el marco del desarrollo de las relaciones sociales y de la definición de los valores, tendencia fundamental de la época arcaica, en la que se codifican y publican leyes para acabar con la arbitrariedad en su interpretación. La vida de la comunidad ciudadana no se concibe sin la existencia ni la aplicación de normas conocidas por todos: es en este aspecto donde debería encuadrarse la invención de la moneda.

El estudio de los tesoros monetarios griegos de los siglos VI-V ha conducido, por otro lado, a conclusiones importantes. De la ausencia de denominaciones menudas en la acuñación que realizan numerosas ciudades se deduce que la invención de la moneda no tuvo como finalidad la agilización del comercio local. Por otra parte, tampoco parece que las grandes denominaciones circularan fuera de su área de emisión (así parece en el caso de las monedas de Sicilia): la circulación de bienes y de moneda no coincide, y el comercio de amplio radio no habría sido un factor importante en el momento de la creación de la moneda. Esta regla tiene dos excepciones: Atenas y las

temision Reconsidered», *Journal of Hellenic Studies*, 71, 1951, págs. 156-167; *id.*, «The Date of the Earliest Coins», *Numismatic Chronicle*, 1956, págs. 1-8; Brown, W. L.: «Pheidon's Alleged Aeginetan Coinage», *Numismatic Chronicle*, 1950, páginas 177-204.

12. Véase Ed. Will: «De l'aspect éthique des origines grecques de la monnaie», *Revue historique*, 212, 1954, págs. 209-231; *id.*, «Réflexions et hypothèses sur les origines de la monnaie», *Revue de numismatique*, 17, 1955, págs. 5-23; Cook, R. M.: «Speculations on the Origin of Coinage», *Historia*, 7, 1958, págs. 257-262; Kraay, C. M.: «Hoards, Small Change and the Origins of Coinage», *Journal of Hellenic Studies*, 84, 1964, págs. 76-91; véase Vidal-Naquet, P., en *Annales*, 23, 1968, págs. 206-208.

ciudades de la costa tracia y de Macedonia. Puede constatarse que sus monedas fueron ampliamente exportadas al extranjero, sobre todo a Levante y a Egipto. Pero resulta claro que se las exportaba estrictamente por su valor metálico (plata), y no como monedas. Ambas regiones disponían de minas de plata y se encontraban en disposición de poder exportar en gran cantidad su numerario. Sin lugar a dudas estas monedas eran exportadas por otras manos que las atenienses o las de los griegos de la costa tracia: no prueban una corriente comercial directa entre su lugar de origen y el lugar donde se las ha encontrado.[13]

Entonces, ¿a qué responde la invención de la moneda? Se han hecho intervenir diversas consideraciones (al margen del fenómeno general de normalización de la vida social): desarrollo del papel fiscal del Estado (multas, tasas), financiación de ejércitos de mercenarios (no tardará en aparecer un vínculo entre la emisión de moneda y la financiación de mercenarios). Es primordial encartar el desarrollo de la conciencia cívica: en la historia de las ciudades griegas la moneda prevalecerá siempre como un emblema cívico. Acuñar moneda con las armas de la ciudad constituye una orgullosa proclamación de su independencia política. Cuando en el siglo V Atenas intente (por lo demás, sin demasiado éxito) prohibir las monedas de plata de sus aliados e imponerles las suyas, el significado quizá sea ante todo político: se trataría de demostrar así el poderío de Atenas. La rápida extensión de la acuñación a lo largo del siglo VI, fenómeno en su origen puramente griego (aunque las primeras monedas fueran acuñadas por los reyes de Lidia), ha de ponerse, pues, en relación con el fenómeno social que significa el desarrollo de las ciudades y de los sentimientos cívicos. Una vez más constatamos que es imposible analizar estrictamente lo «económico».

Aspectos agrarios de la crisis

Parece que, cuando se insinúan las causas económicas de las crisis de la época arcaica se vinculan directa o indirectamente con la tierra, que será el eco principal de las reivindicaciones económicas de ese momento, como posteriormente ocurrirá con otras en la historia de Grecia.

A partir del siglo VIII, numerosas regiones del mundo griego dan la impresión de haber sufrido una superpoblación que, desde luego, era más relativa que absoluta, y que corrobora en sí misma una disminución en la tasa de mortalidad. Los inconvenientes que acarreara

13. Véase Austin, M. M.: *Greece and Egipt in the Archaic Age*, Cambridge, 1970, págs. 37-40, con la bibliografía.

32

se vieron agravados por una explotación insuficiente del suelo, una repartición desigual de las tierras (ya sabemos cómo se produjo «en origen»), y la práctica de la división del patrimonio entre los herederos, atestiguada desde Homero y Hesíodo (*Los trabajos y los días* tienen como tema de partida el reparto terciado de los bienes entre Hesíodo y su hermano Perses a la muerte de su padre). Tales repartos desfavorecían a los pequeños propietarios, que no podían dividir indefinidamente sus tierras sin verse reducidos a la miseria.[14] Había que contar sobre todo con la rapacidad de los ricos y poderosos terratenientes, que detentaban todos los poderes y no anhelaban sino redondear sus terrenos y aumentar su mano de obra dependiente. Se dispone de dos testimonios contemporáneos acerca de las tensiones existentes entre los propietarios grandes y pequeños, el de Hesíodo para la Beocia del 700 aproximadamente, y el de Solón para la Atenas de comienzos del siglo VI. Pero, de nuevo, no se debe usar la misma traducción para ambos: tratan de dos sitios distintos y uno de otro se hallan separados por un siglo o más de diferencia.

Hesíodo se lamenta de la rapacidad de los «reyes» (es decir, de la aristocracia) de Tespias, reyes «devoradores de presentes», que emiten «sentencias torcidas» y violan la justicia por amor al lucro. El mundo que describe este poeta campesino en la misma lengua que Homero, codificador de los trabajos del campo junto con las genealogías divinas, este mundo de la «raza de hierro», condenada al trabajo, es duro, complejo y contradictorio, y resulta difícil distinguir en él lo que es descripción de la realidad y lo que es propuesta de norma a los propietarios pequeños y medianos. El poeta no se dirige a un público miserable cuando, por ejemplo, dice: «Manda a tus criados aventar el sagrado grano de Deméter cuando por primera vez aparezca el forzudo Orión, en una era redonda y un lugar aireado. Con la medida distribúyelo bien en jarras; y a continuación, una vez hayas colocado ordenadamente todo el alimento dentro de casa, te aconsejo que contrates un bracero sin casa y busques una sirvienta sin hijos; una sirvienta que es madre resulta molesta. Cría un perro de afilados dientes y no le raciones la comida, no sea que alguna vez robe tu hacienda un hombre de los que duermen de día. Procúrate forraje y aechadura para que tus bueyes y mulos la tengan en abundancia. Luego, por fin, deja que los esclavos relajen sus piernas y suelta los bueyes».[15]

Hesíodo puede dar a su hermano este doble y contradictorio consejo: «Procura tener un solo hijo para conservar intacto tu patrimonio; pues así la riqueza crecerá dentro de tu casa y ojalá que te mueras viejo si dejas otro hijo. Para muchos hijos Zeus podría conceder fácilmente una envidiable fortuna; a más hijos, mayor cuidado y también mayor rendimiento».[16] Así pues, hay provecho, por lo que la actividad humana es posible. Lo mismo que su contemporáneo el profeta Amós, Hesíodo no es, desde luego, el cantor de la revolución social por el que se le ha querido hacer pasar, sino que ante los «devoradores de regalos» levanta la reivindicación —social, si se quiere— de la justicia de Zeus. Puede decirse que es el testigo de ese grupo de hoplitas imprescindibles para que las ciudades (a las que a comienzos del siglo VII y casi en todas partes llegará a dominar) pudieran enfrentarse a sus enemigos.[17]

El testimonio de Solón, un *siglo* más tarde, es radicalmente distinto. No es que sea muy claro, a pesar de contar con sus propios versos, o, mejor dicho, las citas que han sobrevivido al paso del tiempo. La época de Solón es la del comienzo de una guerra civil en la que él ejercerá de árbitro. Los Zeus y los dioses prevalecen como los supremos árbitros invocados por Hesíodo, pero se han encarnado en las instituciones de la ciudad de un modo que con el paso del tiempo nos parece bastante dramático. ¿Cuál es el litigio que constituye la clave de esta guerra civil, punto final del que desconocemos sus primeros pasos?[18] Suele suponerse que el problema esencial era el del endeudamiento: la masa de atenienses se habría endeudado de una forma u otra frente a los ricos, viéndose rebajada a la condición de «hectémoro», es decir «aparceros al sexto» obliga

14. Señalemos de paso una teoría moderna acerca de la tierra a comienzos de la época arcaica. Según ciertos historiadores, la tierra se habría visto sometida durante largo tiempo a un régimen de copropiedad —en el sentido más amplio— por parte de la familia; según otros habría existido incluso un régimen de propiedad colectiva por parte de los miembros de una misma aldea, o de una misma tribu. La propiedad individual por parte del jefe del *oikos* se habría ido desarrollando tan sólo de manera progresiva, en conflicto, a veces, con las antiguas formas de propiedad. Los textos en los que se apoyan estas teorías son, a pesar de todo, muy raros y poco seguros. Desde Homero, el régimen del suelo que podemos percibir es de propiedad individual, y el jefe del *oikos* dispone de sus tierras a su gusto. Sobre esta controversia, véanse las indicaciones bibliográficas en Babacos, A. M.: *Actes d'aliénation en commun et autres phénomènes apparentés d'après le droit de la Thessalie antique*, Tesalónica, 1966, págs. 33-40.

15. *Trabajos*, 598-608.

16. *Ibidem*, 376-380.

17. Sobre Hesíodo, véase por un lado Ed. Will, «Aux origines du régime foncier grec: Homère, Hésiode et l'arrière-plan mycénien», *Revue des études anciennes*, 59, 1957, págs. 5-50 (referidas a Hesíodo 12-24), y por otro, Will, Ernest: «Hésiode: crise agraire? ou recul de l'aristocratie?», *Revue des études grecques*, 78, 1965, págs. 542-556.

18. Para lo que viene a continuación, véase Finley, M. I.: «La servitude pour dettes», *Revue historique de droit français et étranger*, 1965, págs. 159-184, con especial atención las páginas 168-171. Sobre Solón, balance lúcido de Ed. Will, en su citado informe (pág. 11, n. 1, y págs. 78 sigs.), y sobre el problema general de la legislación acerca de las deudas, Asheri, D.: *Leggi greche sul problema dei debiti*, Pisa, 1969.

33

dos a entregar la sexta parte de su cosecha a sus prestamistas (son préstamos no monetarios, como los que ya evoca Hesíodo). En caso de insolvencia, podían ser vendidos como esclavos, circunstancia que se producía en muchos casos: hasta Solón los préstamos se hacían con garantía sobre las personas.

Probablemente la realidad fuera más compleja. Parece errónea la asimilación de todos los atenienses endeudados a los hectémoros. Estos últimos constituirán un grupo aparte cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Ellos eran los que podían ser vendidos como esclavos en caso de insolvencia. Por otro lado había una masa de atenienses cuyas deudas los habían llevado a la esclavitud: la deuda y no la insolvencia posiblemente haya sido la causa directa de su esclavitud. Así lo hacen suponer ciertos paralelismos extraídos de otras sociedades: los campesinos humildes se colocaban bajo la dependencia de los grandes propietarios para asegurarse la existencia, y estos últimos intentaban aumentar de ese modo su mano de obra. La deuda o el préstamo (según el punto de vista), simplemente habría sido para ambas partes un medio en la transacción y no un fin de sí mismo.

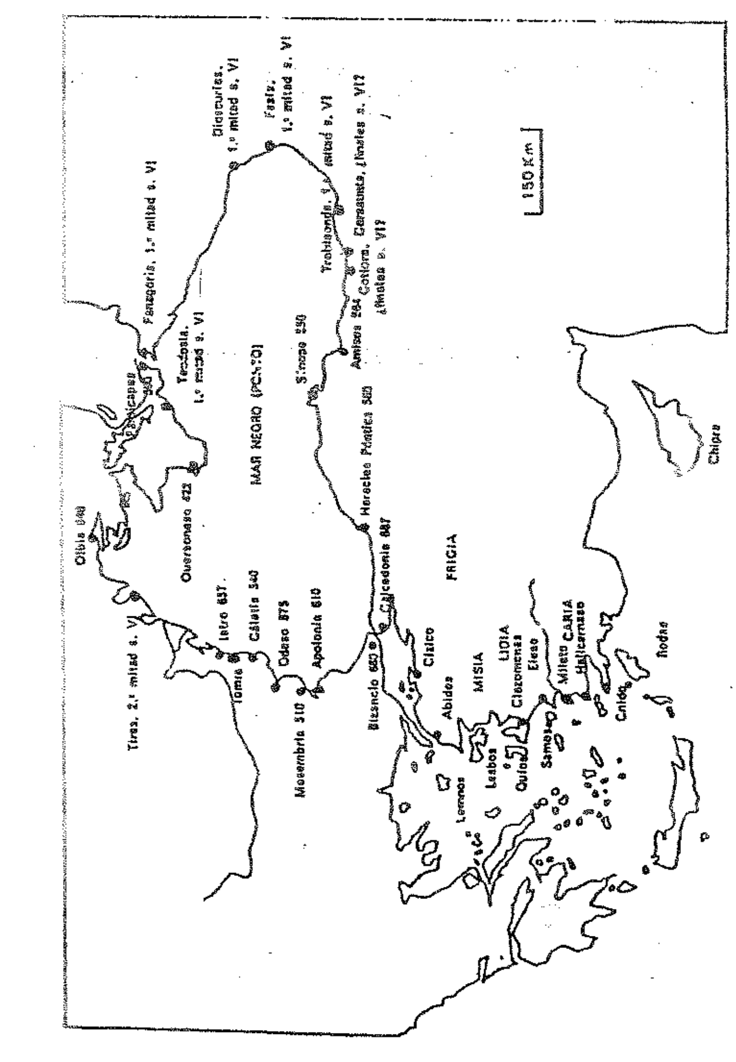
Es evidente que el testimonio de Solón no explica por qué se dejó de soportar de pronto lo que durante tanto tiempo les había subyugado, como tampoco revela nada acerca de las formas que tomó la violencia de las clases en lucha. Más adelante se volverá sobre lo que supuso la reforma: un enorme despliegue legislativo que enmarcaba todos los aspectos de la vida comunitaria —desde la pared medianera hasta los pesos y medidas—, y esta legislación, que constituye un hecho social capital, se escribe y publica.

El caso de Atenas es el único de la época arcaica que resulta relativamente conocido. Pero con toda seguridad se plantearon problemas semejantes en otras partes del mundo griego: poseemos algunas pruebas indirectas de ello, sobre todo para Jonia.

Las distintas soluciones a la crisis: la colonización

Una de las características fundamentales de la época arcaica es la colonización, iniciada hacia mediados del siglo VIII para prolongarse hasta finales del VI, y que sembró de ciudades griegas Sicilia, Italia meridional, la banda costera del sur de Francia y la costa oriental de España, Cirenaica, la banda costera tracia y las riberas del Helesponto y del mar Negro. La colonización se halla vinculada a los problemas que padecía en aquella época el mundo griego. ¿Cómo ha de interpretarse?

Con frecuencia se ha discutido la colonización según la disyuntiva de si su finalidad era la búsqueda de nuevas tierras o meramente



La expansión griega por el mar Negro y la Grecia asiática

Las fechas situadas junto a ciertas colonias son, aproximadamente, las de su fundación. La datación se basa en los textos (crónica de Eusebio de Cesarea, por ejemplo, para Istro u [illegible]) o en hallazgos arqueológicos.

comercial. La cuestión está mal planteada. Por un lado hay que definir lo que se entiende por comercio, que lo mismo puede significar búsqueda de salidas (comercio de exportación) que comercio de tránsito, como búsqueda de lo vitalmente necesario (comercio de importación). Por otro lado, ninguna de estas acepciones excluye obligatoriamente a las otras. De hecho, en el vasto movimiento que llevó a los griegos a extenderse por toda la cuenca del Mediterráneo y del mar Negro, deben hacerse intervenir varios factores y marcar las diferencias entre los diversos tipos de asentamientos.[19]

En primer lugar, es necesaria una distinción fundamental entre la colonia típica, la *apoikia*, fundada con el objetivo de convertirse en una ciudad independiente (aunque por lo general, según las circunstancias y los períodos, mantenga estrechos vínculos con su metrópoli),[20] y el asentamiento estrictamente comercial o *emporion*, de los que se conocen varios ejemplos de época arcaica.

Las colonias típicas, con mucho las más numerosas, son asentamientos básicamente agrarios, como hoy día la inmensa mayoría se aviene a reconocer, y como hacen suponer toda una serie de indicios. Los griegos de época clásica afirman, en principio, que la colonización tiene el efecto de actuar como válvula de seguridad demográfica.[21] Desde luego, los relatos de fundación de las diversas colonias son, por lo general, poco reveladores, pero casualmente dejan entrever que el objetivo fundamental de la empresa era la búsqueda de nuevas tierras en el extranjero. En algunas colonias los primeros colonos llevaban el nombre de *gamoroi*, es decir «los que se han repartido el suelo» (tal es el caso de Siracusa). Los emplazamientos de numerosas colonias fueron evidentemente elegidos en función de la calidad del territorio circundante: así ocurre con las colonias de Sicilia y del sur de Italia, en donde Metaponto adopta como símbolo monetario una espiga de trigo, una alusión perfectamente explícita. La búsqueda de nuevas tierras fue, pues, la causa principal de la colonización arcaica. Sobre el régimen de propiedad del suelo instituido en las nuevas colonias no se sabe mucho, pues las condiciones debieron variar de una colonia a otra.[22] Se ignora hasta qué punto se consideraban igualitarios los repartos de tierras y en qué medida se consideraban inalienables las tierras repartidas. De todas formas, cualquiera que fuera la situación de partida, pronto se empezaron a producir numerosas desigualdades. Una fuente de tensiones podía surgir de la desigualdad entre los primeros colonos o sus descendientes y los que llegaran después (por ejemplo en Cirene). Pero asimismo da la impresión de que pudo preverse la eventualidad de una nueva llegada de colonos y de que se dejaran tierras vírgenes a su disposición. Algunas colonias se implantaban con gran vigor e intentaban ensanchar su territorio a expensas de los indígenas (Siracusa, Gela); otras en cambio alcanzaban rápidamente el límite de su expansión (Tarento, Mégara Hiblea). Pero de todas maneras las colonias agrarias controlaban un territorio mucho más importante que los asentamientos comerciales.

Las colonias típicas eran, pues, comunidades agrarias autónomas, fundadas bajo la égida de una metrópoli que nombraba al *oikistes* (el fundador) y que, probablemente, también era la que procuraba las naves, técnicos, etc., necesarios para fundar la nueva colonia. La colonización testimonia la amplitud de la crisis de superpoblación que afectó a gran parte del mundo griego. Numerosas ciudades participaron, en mayor o menor medida, directamente en ella. Otras lo hicieron indirectamente, pues queda bien atestiguado que, aunque se promoviera una fundación bajo la égida de una determinada ciudad, era frecuente que otras se añadieran a la empresa. Es sin duda de esta forma como ciertas ciudades pudieron coleccionar un impresionante número de colonias, que no habrían podido crear ellas solas (por ejemplo las numerosas fundaciones milesias en torno al mar Negro).

Entre estas colonias típicas hay que hacer una distinción suplementaria entre colonias estrictamente autárquicas, cuya existencia sólo dependía de la explotación de su territorio por los propios colonos, y las que recurrían total o parcialmente a la mano de obra

19. Véase en último término Mossé, C.: *La colonisation dans l'Antiquité*, París, 1970. Sobre los asentamientos griegos en occidente, véase Lepore, E.: «Osservazioni sul rapporto tra fatti economici e fatti di colonizzazione in Occidente», *Dialoghi di Archeologia*, Fasc. 1-2, 1969, págs. 175-212; *íd.*, «Per una fenomenologia storica del rapporto città-territorio in Magna Grecia», *Atti del settimo convegno di studi sulla Magna Grecia 1967*, Nápoles, 1968, aparecido en 1971, págs. 29-65, 359-367; Vallet, G.: «La cité et son territoire dans les colonies grecques d'Occident», *ibídem*, págs. 67-142. Sobre la cuestión de la enajenabilidad de la tierra, véase Finley, M. I.: «L'aliénabilité de la terre dans la Grèce ancienne», *Annales*, 25, 1970, págs. 1271-1277 (trad. cast.: «La alienabilidad del suelo en la Grecia antigua», en *Uso y abuso de la Historia*, Crítica, Barcelona, 1979).

20. Graham, A. J.: *Colony and Mother City in Ancient Greece*, Manchester, 1964.

21. Por ejemplo, Platón, *Leyes*, v, 740 b-e.

22. Los datos arqueológicos acerca del reparto de tierras en los asentamientos coloniales son aún escasos. En Crimea conocemos una división de la Quersoneso en parcelas, cada una con una granja en su interior (aunque, por lo general, las granjas aisladas son bastante raras en el mundo griego). Pero esta división data de finales de la época clásica y de época helenística. Véase Pecirka, J.: «Country Estates of the Polis of Chersonesos in the Crimea», *Studi in memoria di Corrado Barbagallo*, Nápoles, 1970, págs. 459-477; Pecirka, J. y Dufková, M.: «Excavations of Farms and Farmhouses in the *Chóra* of Chersonesus in the Crimea», *Eirene*, 1970, págs. 123-174. Se ha querido ver un cuarteamiento parecido, que se remontaría a época arcaica, en el territorio de Metaponto (Uggeri, S.: *Parola del Passato*, 24, 1969, págs. 51-71). Sin embargo, los restos arqueológicos no justifican una reconstrucción tan hipotética.

35

Massalia (Marsella)
Emporion (Ampurias)
Alalia (Aleria)
Cumas, Dicearquía, Parténope, Neápolis, Pitecusas, Posidonia (Paestum), Elea (Velia), Metaponto, Tarento, Siris, Pixunte, Heraclea, Laos, Síbaris, Turios, Crotona, Hiponion, Lípari, Zancle, Caulonia, Locros, Milas, Regio, Segesta, Hímera, Naxos, Tauromenion, Selinunte, Catana, Heraclea Minoa, Leontinos, Mégara Hiblea, Agrigento, Siracusa, Gela, Camarina, Acras, Cármenas

● jonios, ▲ aqueos, ■ dorios — Fundaciones anteriores a 675
⊕ Fundaciones del siglo V
○ jonios, △ aqueos, □ dorios — Fundaciones posteriores a 675

100 km

La colonización griega en Occidente

bárbara, las poblaciones indígenas sometidas a los griegos tras su llegada y obligadas a trabajar la tierra para ellos.

Este tipo de sometimiento de pueblos indígenas representa una institución bastante arcaica, bien distinta de la esclavitud-mercancía clásica, institución que ya existía en algunas regiones del mundo griego antes del comienzo de la colonización.[23] En esta categoría hay que situar a los *Ilotas* de Esparta, a los *Klarotai* de Creta, a los *Woikiatai* de la Lócride Oriental y a los *Penestai* de Tesalia: se hablará otra vez de ellos en el siguiente capítulo. Tal vez también los hubiera en otras partes. Una laguna más importante la constituye nuestra ignorancia acerca de la situación de los asentamientos griegos en Asia Menor, cuya fundación, que se remonta a los «siglos oscuros», no forma parte del mismo movimiento que la colonización del siglo VIII. Se ha supuesto que en algunas ciudades los griegos redujeron a los indígenas a la condición de dependientes (por ejemplo en Mileto, donde los gergitios constituirían un grupo de este estilo). Pero se carece de pruebas fidedignas para esta época y parece dudoso que fuera un hecho generalizado: los habitantes de Quíos no hubieran tenido que recurrir a la compra masiva de esclavos bárbaros para cultivar sus tierras, si tenían a su disposición una clase de indígenas dependientes.

Existe poca información acerca de la amplitud y el número de las colonias que utilizaban el trabajo de los indígenas reducidos a la condición de dependientes. Se hallan ejemplos, irrefutables o casi, en Siracusa (los cilirios) y en otras ciudades de Sicilia y de la Italia meridional donde no ofrecen duda alguna; a veces es posible encauzar en este sentido la interpretación de algunos hechos arqueológicos (desaparición de necrópolis indígenas en coincidencia con la llegada de los colonos griegos y la esclavización de los indígenas).[24] Como también los hay procedentes del este, de Bizancio (los bitinios) o de Heraclea Póntica (los mariandinios): incluso parece verosímil que la esclavización de las poblaciones indígenas fuera la regla seguida en todas las colonias griegas que rodeaban el mar Negro.[25]

23. Véase Lotze, D.: *Metaxu eleutheron kai doulon*, Berlín, 1959; Finley, M. I., «The Servile Statuses of Ancient Greece», *Revue internationale des droits de l'Antiquité*, 3.ª serie, 7, 1960, págs. 165-189; *íd.*, «Between Slavery and Freedom», *Comparative Studies in Society and History*, 6, 1964, págs. 233-249.

24. Es interesante resaltar la diferencia existente entre las colonias calcídias de Sicilia y algunas colonias dorias (Siracusa, Gela) respecto a sus relaciones con los indígenas, pues mientras éstas establecían relaciones pacíficas, las otras lo hacían con violencia; en último término, véase Finley, M. I.: *Ancient Sicily*, Londres, 1968, págs. 18-22; el primero de estos tipos se acerca al modelo foceo del que hablamos más tarde.

25. Véase la actualización de Pippidi, D. M., «Le problème de la main-d'oeuvre agricole dans les colonies grecques de la mer Noire», *Actes du Colloque de Royaumont* (en prensa) y, del mismo autor, *I Greci nel basso Danubio*, Milán, 1971, págs. 185-187.

36

Tales son las fundaciones agrarias típicas de la época arcaica, pero la búsqueda de nuevas tierras no fue objetivo único en las empresas marítimas de los griegos de esa época. Queda fuera de dudas que la búsqueda de ciertas materias indispensables (los metales, para empezar) condujo a los griegos a establecerse en el extranjero para comerciar con las poblaciones bárbaras: ya se ha visto cómo los héroes homéricos no menospreciaban el viajar en persona para realizar algunos intercambios fundamentales. Parece probable que esos asentamientos comerciales en ocasiones precedieron a la partida de la colonización propiamente dicha a mediados del siglo VIII. La arqueología ha revelado un ejemplo de ello: se trata del establecimiento semigriego y semilevantino de la desembocadura del Orontes, al norte de Siria, en el lugar llamado Al Mina (existen dudas acerca del nombre griego), donde la presencia griega quizá se remonte a finales del siglo IX. La cerámica hallada atestigua con gran probabilidad que los griegos comerciaban en él: hasta finales del siglo VIII se trataba mayoritariamente de eubeos de Calcis y Eretria, que, según parece, venían en busca de metales (y Eubea tuvo cierta fama por su metalurgia). Asimismo serán los eubeos quienes funden un poco más tarde las primeras colonias de occidente, en Ischia y Cumas. Es posible que también fuera el comercio de metales con los etruscos uno de los objetivos de dichos asentamientos; pero esta vez ya no eran colonias puramente comerciales, sino que vivían del territorio que ocupaban y formaban comunidades cívicas autónomas, mientras que Al Mina no parece que fuera una auténtica *polis*, sino simplemente un lugar de encuentro entre griegos y no griegos con la finalidad de realizar intercambios.

El asentamiento comercial mejor conocido de esta época es el de Náucratis, en el delta del Nilo.[26] El establecimiento no tiene nada de las colonias típicas. Náucratis no fue fundada como lo fue Siracusa por Corinto, por ejemplo. Debe su existencia a la iniciativa privada de una serie de comerciantes procedentes de casi todas las ciudades griegas de Asia Menor y de las islas vecinas, así como de Egina. Los comienzos de Náucratis se sitúan hacia finales del siglo VII. Los comerciantes obtuvieron del Faraón el derecho a construir santuarios a sus dioses. Junto a esta comunidad comerciante había otro establecimiento griego, al parecer, no comercial, del que, sin embargo, falta información. ¿Formaba este establecimiento una *polis*? La situación no está clara. Lo importante es que, aunque en Náucratis hubiera una *polis* griega desde época arcaica, por un lado sólo se constituyó después de la llegada de los comerciantes —causa primordial del desarrollo de Náucratis— y por otro los comerciantes no formaban parte de ella. El asentamiento económico no es un asentamiento cívico: lo mismo puede decirse sin duda alguna de Al Mina, así como de otros establecimientos del mismo estilo.

26. Sobre lo que viene a continuación, véase Austin, M. M.: *Greece and Egypt*, págs. 22-33.

Náucratis constituye el caso mejor conocido de esta época de lo que Karl Polanyi llamó el «port of trade» (puerto de comercio), asentamiento puramente económico, en el que se organizan y controlan los intercambios entre dos sociedades de diferente tipo económico.[27] Lo que se sabe de Náucratis resulta instructivo: el asentamiento griego dependía del Faraón, quien ejercía el control mediante una vigilancia estricta. Así, todo el comercio entre Egipto y el mundo griego se canalizaba y controlaba por medio de este puerto. En Náucratis, el barrio griego se hallaba netamente separado del egipcio, y los matrimonios que unieran a griegos con egipcios estaban expresamente prohibidos (mientras que los mercenarios griegos y carios establecidos permanentemente en Egipto tenían derecho a casarse con egipcias).

¿Es necesario ir más lejos, y pensar que algunas ciudades (en la línea trazada por Calcis y Eretria) tuvieron una actividad comercial y marítima en la que el gran comercio era por naturaleza tan hondamente cívico como, por ejemplo, la actividad guerrera? El testimonio de Heródoto acerca de los foceenses, de cuyas colonias —ya fueran directas (Marsella, Velia), o indirectas (Ampurias en Cataluña)— se ha observado que no intentaban conquistar una ancha franja de territorios, resulta chocante y coherente. Cuenta Heródoto[28] que los foceenses fueron los primeros navegantes a largas distancias, y que sus navegaciones no las hacían con los típicos barcos redondos del comercio, sino con naves de guerra de cincuenta remeros (penteconteres). Su amistad con el rey íbero de Tartesos (cerca de Cádiz) les reportó mucho dinero con el que pudieron construir una muralla que protegía el conjunto de su ciudad, quizá la única de Jonia. Son los únicos que responden a la invasión persa con un rechazo colectivo a la pasividad.[29] Los habitantes de Quíos se niegan a cederles unos islotes, en los que temen que pongan un *emporion*, desde el cual los superen. Durante la revuelta jonia de 498, su estratego Dionisio intentó imponer a los jonios los rudimentos de táctica marinera que más tarde practicará Atenas.[30] El propio Dionisio, al rechazar someterse, pasará a practicar esa forma especial de comercio que se llama piratería, pero se guardará mucho de atacar ningún barco griego.[31] Focea representa, pues, un caso notable, en el que comer-

27. Véase Humphreys, S. C., en *History and Theory*, 8, 1969, págs. 191-196.
28. I, 163.
29. I, 164-165.
30. VI, 11.
31. VI, 17.

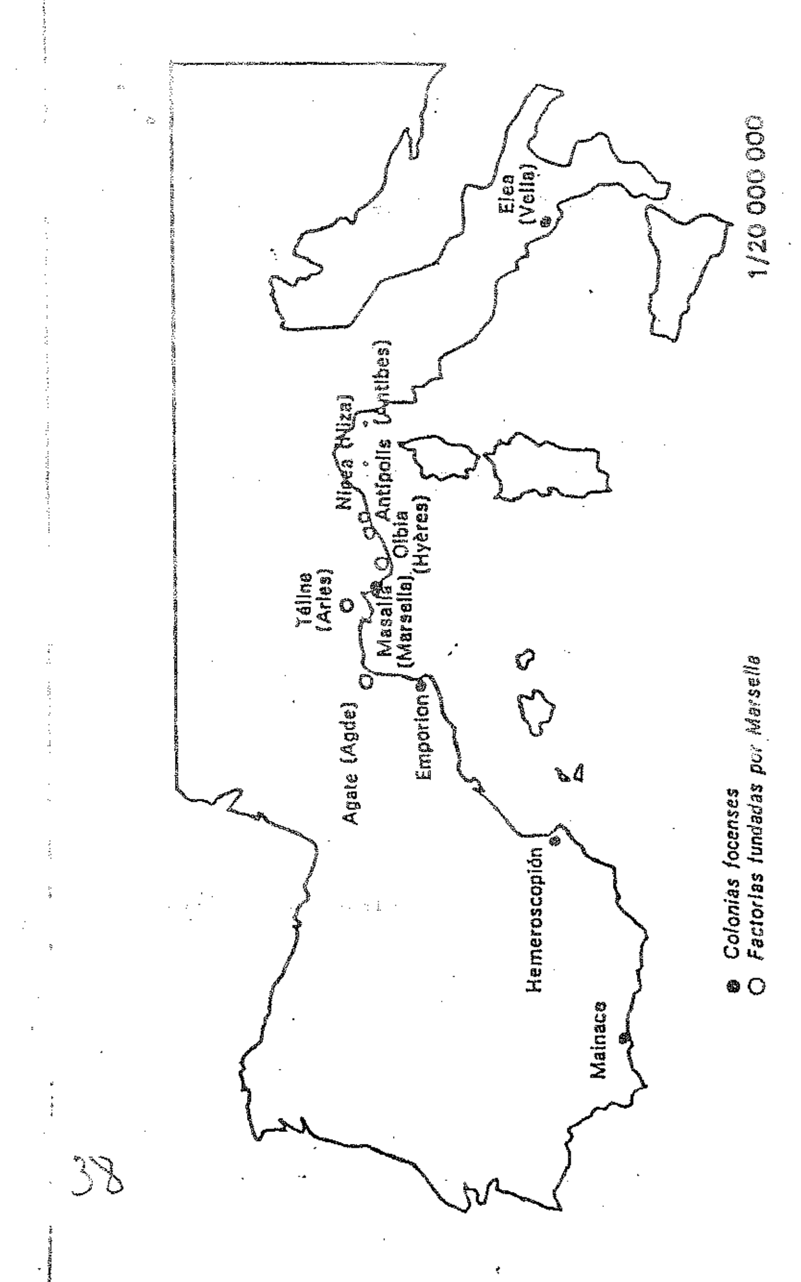
cianics y guerreros obedecen al mismo modelo cívico, pero se trata de un ejemplo que no se va a generalizar.[32]

Las importaciones de trigo

El desarrollo de un comercio de importación de trigo hacia el mundo griego constituyó una novedad económica importante de la época arcaica. Parece que dicho comercio comenzó hacia finales del siglo VII. No se tienen pruebas formales, pero el indicio más seguro es precisamente el asentamiento en el puerto de Náucratis en Egipto hacia esa época. Egipto pasó a ser uno de los principales graneros de trigo del mundo antiguo, y es legítimo suponer que Náucratis estuvo destinada desde un principio a asegurar el comercio de trigo con Egipto (al menos en parte). Es también en esa misma época cuando comienza la colonización griega en el litoral septentrional del mar Negro, región que contribuía a abastecer de trigo a ciertas ciudades griegas del Egeo durante la época clásica, sobre todo a Atenas. En ambos casos, el de la actividad en Egipto y el de la actividad en el mar Negro, la mayor parte del esfuerzo inicial fue realizado por los griegos de Asia Menor (véase la lista de las ciudades que participan en el comercio de Náucratis, texto n.º 46). Quizás éste no sea un detalle fortuito, puede que dicho movimiento fuera motivado por la presión que pesaba en aquel momento sobre las ciudades griegas de Asia Menor, en particular la de los lidios. Entonces, las importaciones de trigo habrían sido originariamente el medio para enfrentarse a esas presiones y liberarse de la dependencia total respecto a su propio territorio. Pero una vez que se dio el ejemplo, otros pronto lo seguirían. Es posible que Sicilia exportara trigo a Grecia desde época arcaica, pero se carece de pruebas directas. A lo largo del siglo VI Atenas empieza a interesarse por el problema de las importaciones de alimentos. Solón prohíbe la exportación de cualquier producto agrícola ateniense excepto el aceite de oliva. Si bien no existen pruebas de la actividad ateniense en Egipto, sí puede asegurarse que los atenienses intentan afianzar el control de los estrechos del Helesponto que conducen al mar Negro, quizá desde la época de Solón y si no ya, con toda seguridad, durante la tiranía de Pisístrato (asentamientos atenienses en Sigeo en la Quersoneso tracia). Nos hallamos aún lejos de la política de importaciones en gran escala que se conocerá durante la época clásica: pero al menos estamos en el preámbulo.

32. Véase Vallet, G. y Villard, F., «Les Phocéens et la fondation de Hyélè», *Parola del Passato*, 108-110, 1966, págs. 166-190; Lepore, E., «Strutture della colonizzazione focea in Occidente», *ibidem*, 130-133, 1970, págs. 19-54.

38



Las fundaciones focenses en Occidente
Marsella tomó a su cargo Emporion, que había sido ya fundada por Focea.

Reparto de tierras y mejora de la condición de los campesinos

La emigración colonial fue una de las soluciones que se ofrecían para resolver el problema de superpoblación relativa de Grecia. Pero, ¿qué pasaba con todos los que se quedaban en sus patrias o no podían marcharse?

La respuesta varía según los lugares, o, por lo menos, según los lugares de los que tenemos alguna información. Sin embargo, la tendencia general de la época es bien clara: con el desarrollo de la *polis* entra en juego todo el sentimiento comunitario. La noción de ciudadano implica el desarrollo de nuevas aspiraciones y de nuevas reivindicaciones y anteriormente se ha hecho alusión al papel de los legisladores y a la codificación de las leyes. Igualmente durante el siglo VII, entra en la escena de la historia de Grecia el papel del tirano. Las causas de la tiranía varían de un lugar a otro, pero lo más frecuente es que tenga un carácter antiaristocrático: se trata de eliminar las peleas de las facciones aristocráticas, de reprimir la rapacidad y la ostentación de la aristocracia y de favorecer el acceso a la *polis* de las clases inferiores en las que se apoya el tirano. Es precisamente en el siglo VII cuando aparece el eslogan característico de la historia de Grecia: el del reparto de tierras. Está atestiguado en Esparta en época de Tirteo, en Mégara, en Atenas en tiempos de Solón, como debió oírse asimismo en otras partes. Algunos tiranos hubieron de proceder al reparto de tierras (así ocurre con los Cipsélidas de Corinto); [33] Solón asocia el reparto de tierras a la violencia tiránica. Por otra parte, los tiranos contribuyen a desarrollar el sentimiento ciudadano (construcción de templos y edificios cívicos, promoción de fiestas religiosas nacionales y cultos populares —el de Dioniso—, creación de una moneda): tanto más notable es el hecho de que los tiranos se sitúen siempre más o menos al margen de la ciudad; su poder es un poder de hecho, que no puede inscribirse de manera aceptable en el marco de las instituciones de la ciudad: en cierto modo, los tiranos se hallan al lado de la *polis*. Pero al mismo tiempo su poder y su éxito pasan por el desarrollo de los intereses comunitarios.

El único caso de crisis agraria de época arcaica relativamente conocido, a pesar de ser el que ofrece mayor número de detalles, procede de Atenas. Ya se han citado anteriormente los elementos fundamentales de la crisis: existencia de una clase de hectémoros que podían ser vendidos como esclavos, numerosos atenienses que eran víctimas de la esclavitud por deudas, abusos de la aristocracia. La solución de Solón refleja el progreso de la idea comunitaria: la existencia de los hectémoros y la esclavitud por deudas parecieron aceptables durante largo tiempo. Por otra parte, Solón no se levanta precisamente contra la esclavitud como tal, sino contra la reducción a la condición de esclavos de los atenienses y, sobre todo, de los atenienses en Atenas. La reforma de Solón constituye, estrictamente hablando, un asunto entre atenienses, no tiene nada que ver con los extranjeros que viven en Atenas, sean esclavos o no. La solución de Solón fue radical: suprimió para siempre la condición de hectémoro, hizo volver (en la medida de lo posible) a los atenienses que habían sido vendidos como esclavos en el extranjero, suprimió las deudas existentes y prohibió en adelante la obligación a pagar con el propio cuerpo. Ya no habrá en Atenas más atenienses sometidos. Sin embargo, Solón se guardó mucho de redistribuir el suelo, a lo que le animaban anhelantes numerosos atenienses de las clases inferiores: para él el reparto de tierras constituía una medida tiránica. Con frecuencia se ha atribuido a Pisístrato el reparto de tierras al que Solón se había negado. Pero parece poco probable: mientras que la tradición sobre la tiranía resulta bastante rica, el silencio de las fuentes parece decisivo a este respecto. Resulta dudoso que de haberse verificado un reparto de tierras en gran escala, éste no hubiera dejado huellas en la tradición. Entonces ¿cómo puede explicarse la conocida importancia de la propiedad mediana y pequeña durante la época clásica? Para ello ha de recurrirse a las hipótesis. Una de ellas sería que la liberación llevada a cabo por Solón de los hectémoros y de los esclavos por deudas hubiera traído consigo su automática transformación en pequeños propietarios libres; no era el reparto de tierras que tantos reclamaban, pero ya era algo considerable. ¿Qué pasó entonces con los demás atenienses, cuyas esperanzas quedaron decepcionadas? Resulta bastante verosímil que algunos se dedicaran a la artesanía (la producción cerámica de Atenas parece haber conocido un gran desarrollo durante la tiranía, aunque de nuevo cabe añadir que no se debe generalizar sólo a partir de la cerámica). Algunos quizás encontraran un empleo en las construcciones emprendidas por los tiranos. Otros participaron sin duda alguna en los asentamientos atenienses en el extranjero, en Sigeo, en la Quersoneso tracia, o en Calcis en 506, donde los atenienses instalaron 4000 colonos en los terrenos confiscados a los Hipóbotes, la aristocracia de «caballeros» de Calcis, después de una guerra con esta ciudad.

Subrayemos el alcance de las reformas de Solón. En ellas se proclamaba que ningún ateniense volvería a ser esclavo en Atenas: allí no volverá a haber más población interna sometida. Atenas será en época clásica la ciudad en la que el ciudadano habrá visto un mayor desarrollo de sus derechos y su poder, por encima de cualquier otra ciudad griega; pero al mismo tiempo será aquella en la que la esclavitud-mercancía tuvo su máxima discusión. En ello sólo hay una coin-

33. Véase Ed. Will, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 477-481.

39

cidencia: incluso es el caso en el que más claramente puede establecerse un vínculo entre ambos procesos, por un lado el desarrollo de la noción de ciudadano libre y la eliminación de la población sometida, encuadrado con el desarrollo de otro tipo de servidumbre, el de la esclavitud-mercancía importada del extranjero. Con todo, en el paso de la época arcaica a los tiempos clásicos, sigue habiendo un denominador común: la necesidad de población sometida.

40

CAPÍTULO 4

ESPARTA Y LAS CIUDADES ARCAICAS

Tipología de los Estados griegos

Anteriormente se ha hecho alusión a la desigualdad en el desarrollo que caracterizó al mundo griego en plena época clásica. Ahora se trata de establecer una breve tipología de los distintos Estados griegos, clasificados según el grado de desarrollo que habían alcanzado. Este «grado de desarrollo» no se asigna tan sólo en función de la evolución de las formas constitucionales (su distancia en relación con la democracia de tipo ateniense, que con toda legitimidad puede considerarse a la vez como el término lógico de la evolución política interna de la ciudad griega y como una especie de excepción monstruosa). Al mismo tiempo, está en función de toda la vida social y económica, y, cuando luego se hable de Estados griegos más o menos «arcaicos» o más o menos «modernos», estos epítetos corresponderán al juicio de conjunto que muchos griegos de época clásica, y en particular Tucídides, tenían de ellos. Naturalmente, se va a tratar de «tipos ideales» que sólo tienen un valor de referencia y sirven únicamente para la comodidad de la clasificación. Como ocurre con todas las instituciones griegas, existe una gran variedad debido a la multiplicidad de tipos intermedios entre las categorías principales.

Hay que hacer una primera distinción entre el *ethnos* (pueblo, tribu) y la *polis* (ciudad), términos que pueden traducirse por Estado sin centro urbano y Estado con centro urbano. Atenas es en este sentido un Estado-*polis* perfectamente típico: su territorio (la *chora*) engloba toda el Atica (sólo algunas regiones fronterizas, como Oropia, no están integradas en el espacio cívico), pero la ciudad de Atenas (el *asty*) es su centro político. Contrariamente, en el Estado-*ethnos* puede darse la falta absoluta de centro urbano. La población vive en una extensión más o menos grande, diseminada por numerosas aldeas. Los vínculos políticos que la unen podrán ser bastante laxos y con frecuencia el Estado no tendrá más que una existencia un tanto desdibujada. Por lo general, será la extensión geográfica el factor que decidirá su falta de centralización haciendo difícil su transformación en *poleis* auténticas con un único centro urbano. El

Estado-*ethnos* representa un estadio mucho más atrasado respecto a la *polis* y es cronológicamente anterior a ella. En efecto, será en aquellas regiones en las que la *polis* tuvo un desarrollo insignificante donde encontremos al *ethnos*, es decir, las regiones occidental y septentrional de Grecia, regiones que no conocían la civilización micénica (mientras que, como ya se ha visto, la *polis* aparece en las zonas de civilización micénica). En ellos la unidad de grupo pudo mantenerse, en diferentes grados, durante mucho tiempo. Entre estos Estados-*ethne* puede contarse a los macedonios, los tesalios, los focidios, los locrios, los etolios, los acarnanios, los aqueos y los arcadios. A continuación cabe señalar que en ocasiones y paulatinamente fue superado el estadio primitivo: podía darse el caso de que en el interior del propio grupo «étnico» se desarrollaran *poleis*, que en mayor o menor medida podían independizarse del *ethnos* y proseguir una vida política autónoma. Tal es el caso, por ejemplo, de Tegea y de Mantinea, en Arcadia, o de las minúsculas ciudades de Calion y Eantea en Lócride. Podía incluso haber tensiones entre el *ethnos* unitario y las *poleis* separatistas, como aconteció en Tesalia en época clásica. Un caso especial, exponente de la unidad original del *ethnos* más o menos desdibujada por el desarrollo en su seno de *poleis*, lo constituye Beocia: en época clásica, los beocios están divididos en varias *poleis* autónomas. Existe, en efecto, un Estado federal beocio, pero al observarlo detenidamente se aprecia que no era más que un imperio tebano relativamente encubierto. La unidad de los beocios sólo es una unidad fáctica, impuesta desde arriba por la ciudad más poderosa. En esta ocasión el *ethnos* había dejado paso a la *poleis*, mientras que en otras partes la evolución estaba menos adelantada.

Al situarlos en el mapa, puede apreciarse que estos Estados-*ethne* ocupaban una parte considerable de la península helénica, sin embargo su importancia en la historia de Grecia hasta el siglo IV fue bastante limitada. Fuera de los locrios y los aqueos, estos Estados no participan en el gran movimiento colonial de la época arcaica, y su contribución a la historia y a la civilización de Grecia de época clásica será escasa. Para un griego del siglo V son consideradas como regiones todavía atrasadas del mundo griego, en las que se han conservado formas de vida arcaicas y donde el estadio de desarrollo social y económico es primitivo. Los teóricos políticos tendrán poca cuenta de ellas en sus búsquedas del Estado ideal, planteado, desde un principio, como una *polis*. Será en el siglo IV cuando algunos de estos Estados-*ethne*, que hasta ese momento sólo habían desempeñado un papel secundario en la historia de Grecia, tomarán el relevo político de las principales *poleis* que se hallan exhaustas; en el siguiente siglo llegarán a tener el papel principal. Se trata principalmente de los etolios y los aqueos, que van a desarrollar Estados

federales, y sobre todo de Macedonia, caso bastante singular, debido al hecho de la supervivencia en ella de una monarquía hereditaria desde tiempos inmemoriales. A tenor de su poca importancia en época clásica, y a pesar de su extensión geográfica, el Estado-*ethnos* no nos ocupará más tiempo.[1]

Puede hacerse una segunda distinción entre el Estado clásico (cuyo prototipo evidente es Atenas) y los Estados que no conocieron una evolución tan adelantada en los campos fundamentales. Hay que señalar que esta distinción sólo coincide en parte con la anterior. El Estado «moderno» será siempre una *polis*, mientras que por el contrario el «arcaico» podrá ser o una *polis* (tal es el caso de las ciudades cretenses), o un *ethnos* (así los tesalios y los locrios; sobre el caso particular de Esparta, *polis* atípica, véase más adelante). El criterio básico que distingue los Estados modernos de los tipos más arcaicos, es el grado de claridad con el que se definen las nociones de ciudadano y de hombre libre por oposición al esclavo. Ya se ha dicho anteriormente que la evolución de estas nociones y su compartimentación progresiva constituyen una de las novedades fundamentales de la época arcaica en el plano de las instituciones. La evolución alcanzará su término lógico en la Atenas clásica, donde la oposición entre ciudadanos y extranjeros u hombres libres y esclavos es total: las nociones son bien claras y las categorías intermedias están eliminadas. Por un lado están los ciudadanos, que, salvo algunas excepciones, tienen todos la misma condición y por otro los extranjeros, divididos en hombres libres (metecos) y esclavos, sin que ni unos ni otros tengan participación alguna en la comunidad política. Pero no todos los Estados griegos alcanzaron este estadio: en los Estados arcaicos las nociones de ciudadano y de hombre libre quedan desdibujadas, las categorías están menos diferenciadas y la existencia de grados intermedios entre ellos hace aún más imprecisos los límites. Tanto si se trata de *poleis* (las ciudades cretenses) como si son *ethne* (los locrios, los tesalios), todas son en esencia comunidades rurales, que viven más o menos alejadas del mundo exterior y de las grandes vías de comunicación, incluso voluntariamente xenófobas, como Esparta. Los extranjeros sólo tienen en ellas un papel secundario, mientras que en Estados del tipo ateniense constituyen uno de los elementos más característicos. Su lugar lo ocupa una población interna sometida, sobre la que reina una aristocracia de guerreros que la dirige.

Tomaremos a Esparta como ejemplo de estas sociedades por ser

1. Aunque no trate específicamente del *ethnos*, la obra de Larsen, J. A. O.: *Greek Federal States*, Oxford, 1967, contiene una enorme cantidad de información a este respecto.

41

el caso más célebre,[2] ya que a pesar de tener algunos rasgos que la diferenciaban claramente, poseía muchos otros que la hacían semejante a las demás sociedades arcaicas. Describiremos la Esparta clásica tal como se la conocía a finales del siglo VI y durante todo el siglo V. Sin abordar más que por alusiones el problema prácticamente irresoluble de los orígenes de la Esparta clásica, que constituye una de las cuestiones más oscuras y controvertidas de toda la historia de Grecia. Asimismo, se dejará momentáneamente de lado la Esparta del siglo IV, pues es evidente que tras la guerra del Peloponeso, y en gran medida por su causa, la ciudad sufrió profundas transformaciones internas que la llevarían a la decadencia.

Las principales categorías de población en Esparta

La población de Esparta (o más exactamente de todo el territorio que pertenecía o dependía de Esparta) se dividía principalmente en tres categorías: los ciudadanos espartanos de pleno derecho (los *Homoioi*, es decir los Iguales: son equivalentes, cada *Homoios* vale en teoría lo mismo que otro), los periecos, comunidades de hombres libres sometidos a Esparta, y los ilotas, población libre que pertenecía al Estado espartano. Estas tres categorías no se parecen en nada a las tres categorías legales atenienses (ciudadanos, metecos, esclavos); a continuación se estudia el cómo y el porqué. Al contrario de Atenas, en Esparta se conoce una gran proliferación de categorías intermedias que terminan por oscurecer la nitidez de las divisiones entre las categorías principales: más adelante se verá cómo se diferencia en esto del tipo ateniense.

LOS «HOMOIOI» (LOS IGUALES)

Situados en lo más alto de la escala, se halla a los espartanos propiamente dichos, ciudadanos de pleno derecho que fueron siempre una minoría de privilegiados en medio del resto de la población, que los sobrepasaba con mucho en cantidad. Aunque se dispone de pocas cifras exactas acerca de la población de Esparta, el número más elevado de espartanos que se conoce es de 5000 en la batalla de Platea de 479,[3] y esta cifra disminuirá sin parar. Un siglo más

2. Para un análisis de conjunto de la sociedad espartana, véase en último término Finley, M. I., «Sparta», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, bajo la dirección de J.-P. Vernant, París y La Haya, 1968, págs. 143-160 (trad. cast.: «Esparta» en *Uso y abuso de la Historia*, Crítica, Barcelona, 1979).
3. Heródoto, IX, 28.

42

tarde, en la época de la batalla de Leuctra, sólo habrá alrededor de 1000 espartanos de pleno derecho (sobre las causas de la evolución, que fue fatal para Esparta, véase el capítulo 7).

Los espartanos representan el tipo más extremado de contraactividad económica que se conozca en el mundo griego. Les está rigurosamente prohibida cualquier actividad económica: dependen para sus necesidades económicas de las demás clases, de los periecos, y sobre todo de los ilotas. Los espartanos son dueños de la tierra: se reservaron las mejores, primero en Laconia y luego en Mesenia (tras la derrota de los mesenios hacia finales del siglo VIII), pero no las cultivan ellos. Para esta labor recurren al trabajo de los ilotas, vinculados a la tierra y obligados a pagar una parte del producto a sus dueños. Asimismo, la actividad artesanal quedará en manos de los ilotas y sobre todo de los periecos. Al estar libres de toda preocupación económica, los espartanos se consagran exclusivamente a la preparación militar: son una casta de guerreros profesionales. El Estado organiza sus vidas con este objetivo único, a saber, hacer de ellos unos soldados diestros en el combate de grupo acostumbrados a la obediencia a sus jefes y mayores; los espartanos eran los mejores especialistas del combate de hoplitas. Conscientemente se sacrifica e incluso se desprecia todo lo demás para dejar sitio a esta única exigencia. El sistema espartano representa de hecho una reacción contra la tradición del *oikos*: los valores familiares se ven combatidos y aplastados. La vida familiar se reduce voluntariamente al mínimo. A la edad de 7 años el joven espartano es alejado de la familia y será el Estado quien se encarga de su educación (*agoge*). Desde ese momento irá a vivir y a ejercitarse con los jóvenes de su misma edad, agrupados en una serie de grupos de edades a las que se denomina con sendos nombres técnicos a fin de canalizar la lealtad del espartano a sus camaradas e inculcarle la obediencia a sus mayores. A los 20 años termina su educación y el joven espartano entra en la categoría de los hombres. En este momento está obligado a casarse, pero la ceremonia del matrimonio tiene un carácter triste y furtivo, y no va a señalar el comienzo de una vida de familia normal, como ocurrirá en el resto de Grecia. Hasta los 30 años el espartano seguirá viviendo con sus compañeros, y sólo visitará a su esposa en breves intervalos. Incluso después de esa edad, el espartano continuará comiendo con sus compañeros (en las *syssitiai*): la posesión de los plenos derechos cívicos depende de la posibilidad de contribuir a las *syssitiai* y de la regularidad de su presencia. La vida de familia queda así desvalorizada de punta a cabo: su única finalidad es la de producir ciudadanos vigorosos que se conviertan en buenos soldados. Con este fin exclusivamente reproductor pueden darse serias divergencias con el principio de la monogamia respetado en

todas las demás regiones de Grecia: está atestiguado que, en determinadas circunstancias, se podía «prestar» la propia mujer a otro (la verdadera bigamia, en cambio, era muy rara).[4]

Entre los espartanos el ideal era el de la igualdad, reflejado incluso en el nombre que se daban a sí mismos: los Iguales. Se ejercitaban juntos, compartían la misma vida y la misma mesa, y combatían en común. Pero de hecho entre el ideal y la realidad hubo siempre cierta distancia, que no dejó de ensancharse hasta ser una de las causas primordiales de la decadencia de Esparta.

Un primer golpe al ideal igualitario era la existencia de la doble realeza, institución cuyos orígenes siguen siendo desconocidos y que carece de paralelo en el resto del mundo griego. Suele subestimarse la importancia de los reyes de Esparta, pero una gran parte de su historia puede escribirse en torno a ellos (o, a veces, a uno de ellos). Basta consultar los textos[5] para percatarse del prestigio que tenía la monarquía en Esparta. Entre los Iguales había, pues, dos personas automáticamente privilegiadas, y dicha preferencia se debía tan sólo a su nacimiento y no a sus méritos personales. Por otro lado, es evidente que, en realidad, había una aristocracia dentro del grupo de los Iguales que sobrepasaba en riqueza e influencia a sus homónimos menos afortunados. Puede que esta aristocracia existiera desde la formación de la Esparta clásica. Es más, la evolución general tendía a reforzar esas diferencias sociales y a favorecer la concentración de la riqueza (comprendiendo en ella incluso la propiedad del suelo) en un número de personas más o menos limitado. Ya se ha dicho que la pertenencia al grupo de los Iguales dependía de la posibilidad de aportar regularmente la propia contribución a las *syssitiai*: si no se cumplía con esta obligación se descendía, según parece, a una clase más baja, la de los *Hypomeiones* o «Inferiores», lo que significaba la pérdida de los plenos derechos de ciudadanía; quizás hubiera también otros modos de convertirse en «Inferior». En general, el espíritu competitivo que animaba a los Iguales y regulaba toda su vida propiciaba la formación de élites, implicando al mismo tiempo la existencia de una mayoría menos afortunada. Se sabe que entre los Iguales existían grupos privilegiados, como el cuerpo de los 300 *Koroi*, también llamados *Hippeis* (que sin embargo no eran caballeros), que eran elegidos entre los guerreros más jóvenes y formaban una guardia de honor de los reyes. Existían igualmente los «criptos», grupo selecto de jóvenes que los éforos mandaban, en solitario y sin armas (excepto un puñal), al campo a matar ilotas.[6]

4. Jenofonte, *República de los lacedemonios*, I, 3-9; Plutarco, *Licurgo*, XIV-XV.
5. Por ejemplo Heródoto, VI, 56-59.
6. Se ha podido identificar en la criptía un rito de pasaje muy antiguo, del que ofrecen sorprendentes paralelismos las sociedades primitivas de África; posteriormente en Esparta este rito fue adaptado a una función policial. Véase Jeanmaire, H., «La cryptie lacédémonienne», *Revue des études grecques*, 26, 1913, págs. 121-150; *íd.*, *Couroi et Courètes*, París y Lille, 1939, págs. 540-569; véase Vidal-Naquet, P., en *Annales*, 23, 1968, págs. 954-995.

De ese modo se constituían las élites entre los Iguales. En el otro extremo se encontraban todos los que de una u otra manera habían fracasado. Aparte de los «Inferiores», había también los «trésantes», esto es «los que habían temblado» en la guerra y consecuentemente eran víctimas del ostracismo, perdiendo una parte de sus derechos cívicos. Queda claro que la igualdad de los espartanos nunca fue más que un ideal imposible y la realidad iría alejándose cada vez más de él.

Los periecos

Se está relativamente mal informado acerca de ellos. Formaban pequeñas comunidades independientes sobre todo en Laconia, pero también en Mesenia (sumando en total alrededor de un centenar). A pesar de gozar de cierto autonomía local, estaban completamente subordinados al gobierno de Esparta en lo concerniente a la guerra y a cualquier aspecto de la política exterior. Estas comunidades debieron ser reducidas por Esparta a la condición de dependientes en época muy antigua. En época clásica hablaban el dialecto dorio, pero ello no dice nada de sus orígenes, pues el dialecto de los invasores pudo haber sido adoptado con facilidad por los pobladores indígenas.

Un hecho importante, que además subraya la profunda diferencia que existía entre el Estado arcaico y el de tipo ateniense, es que, aunque carecían de voz en las decisiones del gobierno de Esparta, estos periecos formaban igualmente parte del Estado. Por consiguiente, eran algo más que simples aliados o súbditos de Esparta. En efecto, la designación oficial del Estado espartano no es «los Espartanos», como cabría esperar según la analogía del Estado ateniense («los Atenienses»), sino «los Lacedemonios», término que incluye expresamente a todos los periecos, que en cierta medida eran ciudadanos de segunda (mientras que los metecos atenienses no tenían participación alguna en el Estado ateniense; estaban, por así decir, en su periferia). Pero al mismo tiempo que formaban parte del Estado, los periecos eran también ciudadanos cada uno de su propia comunidad. Así pues, se observa que la noción de ciudadano en Esparta era mucho más difusa que en Atenas.

Las pequeñas comunidades homogéneas de periecos poseían sus propias tierras. De nuevo en este punto se encuentra una diferencia fundamental respecto a los metecos atenienses, de orígenes diversos

43

y totalmente privados del derecho a la propiedad de la tierra, privilegio exclusivo de los ciudadanos (véase el capítulo 5). De igual forma, y a diferencia también de los ilotas, los periecos tampoco pagaban rentas regulares a los ciudadanos espartanos aunque cada uno de los reyes de Esparta detentaba el derecho a un *temenos* (terreno especial) tomado de entre las tierras cultivadas por los periecos. Estos eran reclutados regularmente para el ejército espartano. Hasta las guerras Médicas estuvieron en contingentes separados, pero luego, durante la guerra del Peloponeso, se mezclan con los espartanos. El cambio probablemente fuera introducido después del catastrófico temblor de tierra de 465, que tan caro costó a Esparta en hombres, con la intención, sin duda alguna, de enmascarar la debilidad numérica de los espartanos. Pero aunque sirvieran en el ejército, los periecos no estaban obligados a la ética aristocrática y guerrera de los espartanos. Se dedicaban, pues, a todas las actividades económicas a las que aquéllos se negaban. Cultivaban sus tierras y se dedicaban a la artesanía; por ejemplo, debían surtir de armas al Estado. Seguramente también se debe a ellos la llamada cerámica «laconia» de época arcaica. Así pues, aun privados de poder político, los periecos gozaban de una situación relativamente envidiable: el sistema espartano les garantizaba una seguridad de la que gozaron durante tanto tiempo pocos Estados griegos. Muy raramente, y excepcionalmente, se encontrarán entre ellos actitudes de desafecto a los espartanos. En general fueron uno de los elementos básicos para la estabilidad de Esparta.

Los ilotas

Los griegos de la época clásica generalmente denominaban «esclavos» a los ilotas, incluso en los textos oficiales: así en el documento por el que Atenas y Esparta se alían, una vez firmada la Paz de Nicias de 421 se precisaba que «si se sublevan los esclavos (la *douleia*), los atenienses ayudarán a los lacedemonios con todos sus medios y en la medida que sus fuerzas se lo permitan».[7] Pero no hay que equivocarse: entre los esclavos de tipo ateniense, esclavos-mercancía importados del extranjero y comprados en el mercado, y los grupos de ilotas existió una diferencia fundamental. Efectivamente, fueron dos tipos de sometimiento muy diferentes, cada uno con su propia historia y un origen bien distinto. Asimismo constituyen dos estadios de una misma evolución: la esclavitud de tipo ateniense fue una institución más moderna, mientras que el ilotismo representa otra de tipo más arcaico. Por lo demás, algunos autores griegos

7. Tucídides, v, 23, 3.

ya se dieron perfecta cuenta de ello. A partir del siglo IV, historiadores y teóricos empiezan a discutir sobre la esclavitud y sus orígenes e introducen las primeras distinciones entre las diferentes clases de esclavos. Un autor helenístico, cuyos datos reproduce el lexicógrafo Pólux, define los grupos de tipo ilota como grupos que poseyeron un status que estaba «entre la libertad y la esclavitud». La definición quizá no sea muy precisa, pero al menos revela la escasa claridad de las nociones de libertad y esclavitud en estas sociedades arcaicas.[8]

Lo que caracteriza a los grupos de tipo ilota por oposición a los esclavos de tipo ateniense es, ante todo, su homogeneidad: todos son pueblos indígenas (griegos o no griegos), que hablan la misma lengua, de quienes gusta decir que fueron reducidos a la condición de dependientes por la conquista, acaecida a la llegada de los que luego se convertirían en sus dueños y formarían una aristocracia guerrera. Poseen todos nombres colectivos cuyo sentido no siempre resulta claro:[9] *Ilotas* en Esparta (que se ha interpretado como los «cautivos» o los habitantes de Helos en Laconia), *Penestai* en Tesalia, *Klarotai* en Creta (los que están adscritos al lote de tierra, *klaros*), *Mnoites* también en Creta (¿los dominados?), *Gymnetai* (los desnudos, es decir los desarmados) en Argos, *Woikiatai* (los habitantes del *oikos*) en Lócride, *Killyrioi* en Siracusa, *Mariandynoi* en Heraclea Póntica.

Por el contrario, los esclavos de tipo ateniense, cuyo origen fue muy variado, no pueden ser designados con un nombre de conjunto: carecían de identidad común, mientras que los grupos de tipo ilota en cierta medida la tuvieron. Como poblaciones homogéneas, estos grupos se reprodujeron en su propio seno: los ilotas no se compraban en el mercado de esclavos, en tanto que el esclavo ateniense normalmente era de importación y se compraba como una mercancía. Estas diferencias entre ambos tipos de población sometida explican la diferencia de comportamiento entre ambos grupos y su importancia para el Estado del que dependían.

En Atenas raramente se reclutaban esclavos para el servicio militar: los casos son muy poco frecuentes y corresponden siempre a situaciones de emergencia. Por lo demás, cuando se recurre a los esclavos para la guerra, se empieza por liberarlos. En Esparta, en cambio, es normal (por lo menos a partir de la guerra del Peloponeso) servirse de los ilotas para la guerra; y la liberación (que no se daba automáticamente) se produce muchas veces (aunque no siempre) después del período de servicio (permaneciendo luego a disposición para nuevos servicios militares). En teoría, los ilotas no forman parte del Estado: el término «los Lacedemonios» abarca a es-

8. Véase la bibliografía citada en la nota 23 del capítulo 3, y Pólux, III, 83.
9. Las etimologías de las fuentes griegas carecen de valor.

44

partanos y periecos, pero excluye a los ilotas. Con todo, éstos podían pretender formar parte del Estado lacedemonio, cuando resultaba inconcebible que los esclavos atenienses reivindicaran el derecho de ciudadanía en Atenas, o como mínimo algún derecho ciudadano en cualquier parte. Su homogeneidad daba una cierta posibilidad de acción común terminantemente vetada a los esclavos atenienses. Así, los ilotas liberados por el Estado (no pueden ser liberados por individuos, a diferencia de los esclavos en Atenas, que mayoritariamente pertenecen a particulares) se convierten en *neodamodeis*, es decir «nuevos miembros del *damos*», lo que en cierto modo les hace ciudadanos de Esparta, aunque no por ello se ponen al mismo nivel que los Iguales. La situación ateniense es bien distinta: el esclavo liberado deviene meteco, su condición personal mejora, pero no le acerca al Estado ateniense. En Atenas, el meteco, prescindiendo de las evidentes ventajas de que gozaba, sigue siendo tan extraño a la comunidad política como el esclavo.

Las rebeliones de ilotas subrayan a su vez las diferencias entre los dos tipos de población sometida. A pesar del elevado número de los esclavos atenienses, apenas hay auténticas rebeliones de esclavos en la Atenas de época clásica (véase el capítulo 5). Llama la atención que en el tratado de alianza entre Esparta y Atenas de 421, no haya una cláusula recíproca mediante la cual Esparta se comprometa a apoyar a Atenas en caso de rebelión de sus esclavos. La situación en Esparta es completamente distinta: las rebeliones de ilotas son un dato permanente de su historia. Estas rebeliones tuvieron su foco principal en Mesenia, pues a este respecto se ha de distinguir entre dos grupos de ilotas, los de Laconia y los de Mesenia. Estos últimos fueron conquistados en época relativamente reciente (hacia finales del siglo VIII) y mantendrán clara conciencia de su identidad de origen, conciencia que los ilotas de Laconia parece que habrían perdido; de ahí que las mayores rebeliones de ilotas fueran casi siempre en Mesenia, en el siglo VII, en época de Tirteo, de 464 a 460, tras el gran temblor de tierra que puso en peligro la existencia de Esparta,[10] y finalmente en 370-369, tras la derrota de Leuctra, cuando Mesenia se separó y constituyó un Estado independiente reconocido como tal por los demás griegos, como ya sucediera con los mesenios que en otras épocas lograron evadirse (por ejemplo, los mesenios instalados en Naupacto por los atenienses en 459). Resultaba totalmente inconcebible que se produjera algo parecido en Atenas: los numerosos esclavos evadidos en los últimos años de la guerra del Peloponeso no hubieran podido formar nunca un Estado independiente (véase el capítulo 5).

10. Según una tradición citada por Platón (*Leyes*, III, 692 d, 698 e), habría habido otra rebelión de Mesenia por la época de la batalla de Maratón en 490.

El caso de las rebeliones de ilotas en Esparta es el mejor conocido, pero da toda la impresión de ser un fenómeno típico de esta guerra de grupos.[11] Puede decirse que, cada vez que los grupos serviles sean parte directamente implicada en los conflictos políticos, se tratará de grupos de tipo ilota: así los *Killyrioi* de Siracusa se sublevaron con el *demos* contra la oligarquía de los Geómoros,[12] como lo hicieron en numerosas ocasiones los penestas de Tesalia contra sus amos.[13] Suele decirse que los clarotas de Creta no se movían: para Aristóteles es una particularidad que merece ser explicada, atribuyéndola al hecho de que, al haberlos en todas las ciudades cretenses que con frecuencia se hacían la guerra unas a otras, evitaban provocar la sublevación de los clarotas de sus adversarios por temor a que tal procedimiento se volviera contra ellas. Se trata, en definitiva, de la excepción que confirma la regla. Pero resulta interesante subrayar que la única *Doulopolis* (ciudad de esclavos) que se menciona en el mundo griego esté precisamente en Creta: sólo se concibe una ciudad de esclavos en esas sociedades arcaicas. Otra característica de los ilotas que volvemos a encontrar en otras partes es que se halla atestiguado el empleo de penestas (en Tesalia) y de mariandinios (en Heraclea) para la guerra.

Con anterioridad ya se ha hecho mención a los matrimonios en Esparta. Es interesante extenderse un poco más acerca de las uniones que no fueran estrictamente entre espartanos, pues ilustran muy bien la diferencia entre las sociedades arcaicas y las modernas. En Atenas, tras la ley de Pericles de 451-450, los únicos matrimonios reconocidos legalmente son los que se realizan entre atenienses, de modo que sólo será ateniense el que descienda de padre y madre atenienses, mientras que antes bastaba con que sólo lo fuera el padre. Así, las uniones entre atenienses y esclavos carecerán de toda validez legal. La situación es totalmente distinta en las sociedades arcaicas. Las leyes de Gortina prevén la eventualidad de matrimonios entre ambas categorías. En Esparta las uniones entre Iguales e ilotas podían tener como resultado hijos que poseyeran o pudieran reivindicar algún tipo de ciudadanía. Ya se ha hecho alusión a la posibilidad del «poder femenino» en Esparta y en las sociedades arcaicas por la vía de las uniones entre mujeres espartanas e ilotas, cuyos hijos reivindicaban (según ciertas tradiciones) el poder político. Un grupo especial en Esparta era el constituido por los *Mothakes*, de quienes no se conoce su composición exacta, debido a la

11. Véase Mossé, Cl., «Le rôle des esclaves dans les troubles politiques du monde grec à la fin de l'époque classique», *Cahiers d'histoire*, 6, 1961, páginas 353-360.
12. Heródoto, VII, 155.
13. Véase Jenofonte, *Helénicas*, II, 3, 36.

poca claridad que al respecto ofrecen las fuentes. Dicho grupo incluía tanto a esclavos nacidos en la casa (de padre espartano y madre ilota), como a ilotas que participaban en la educación de los jóvenes espartanos, ejerciendo en cierta manera de sustitutos de éstos, a los que el Estado otorgaba la libertad (sin ser por ello admitidos en el grupo de los *Homoioi*, ni formar siquiera parte de los lacedemonios).[14]

Un episodio célebre de la historia de Esparta resume perfectamente la diferencia entre los dos tipos de sociedades. Se trata de la conspiración de Cinadón en el 397, y lo que llama la atención en este asunto es la participación en el complot contra los Iguales de elementos de todas las clases inferiores. En Atenas resultaría simplemente inconcebible un complot semejante que agrupara contra los ciudadanos a metecos y esclavos, entre otras razones porque metecos y esclavos estaban totalmente excluidos del Estado, mientras que en Esparta todos, desde los Iguales a los ilotas, pasando por todas las categorías intermedias, participaban del Estado en alguna medida y en diferentes grados, y la homogeneidad étnica hacía posible una conciencia y una acción comunes que hubieran resultado imposibles en Atenas.

La originalidad de Esparta

Tales son, brevemente esbozados, los rasgos esenciales de la sociedad espartana. Se ha elegido Esparta como ejemplo ilustrativo de estas sociedades arcaicas, y existen, efectivamente, numerosos parecidos entre ellas y Esparta ya señalados con anterioridad. Pero, por otro lado, no hay que perder de vista ciertas particularidades de Esparta que hacen de ella un Estado único en la historia de Grecia. Esbocemos rápidamente algunas de estas características, como el hecho de que poseyera un territorio bastante superior en extensión y calidad al de los demás Estados griegos, lo que le permitía materializar gradualmente (excepto en épocas de guerra) el ideal de autarquía, reduciendo, por tanto, al mínimo los contactos con el exterior. En realidad y según la arqueología, da la impresión de que en Esparta las importaciones se detienen completamente a lo largo del siglo VI. Obsérvese asimismo una particularidad institucional como la doble realeza, sin parangón en el resto del mundo griego. Señalemos también el hecho singular de que Esparta, si bien era considerada por los demás Estados griegos una *polis* y aunque su historia se vincula a la de la *polis* en general, era atípica en relación con las demás *poleis*, dado que no tenía un verdadero centro urbano: ade-

14. Quizá no haya contradicción entre ambas definiciones.

más de no existir fortificaciones, pues los únicos que habían de defender la ciudad eran los hombres, ni siquiera tenían una acrópolis fortificada, tal como se conoce en muchísimos centros cívicos.

Los espartanos vivían diseminados en cinco aldeas. Estudiados aisladamente, pocos son los elementos de la sociedad espartana que carezcan de parangón en el resto del mundo griego: todo el aspecto ritual y arcaico de Esparta —la existencia de las clases de edad y la supervivencia (o más bien la readaptación) de numerosos ritos de pasaje como la *crypteia*, que resultan más llamativos en Esparta que en los demás sitios—, todos estos aspectos, en efecto, vuelven a aparecer en todas las zonas del mundo griego (y no sólo en las sociedades arcaicas).

Lo que dio mayor originalidad a Esparta y lo que constituyó el punto de arranque del «espejismo espartano», espejismo que ha tenido una larga historia desde la Antigüedad hasta nuestros días,[15] es la manera en que se hallaban combinados entre sí los diversos elementos de la sociedad espartana para converger en una sola finalidad, y cómo el Estado organizaba con toda conciencia la educación de los Iguales para inculcarles su propio ideal de virtud guerrera y obediencia. Nos encontramos ante el único ejemplo de un Estado griego que se atribuye deliberadamente el papel de educador de sus miembros, por considerar que sin subordinarlos a un único fin no sería posible su supervivencia. El Estado espartano, militar pero en realidad no militarista, no pretendía la victoria sobre los extranjeros y la conquista por la fuerza, aunque estos móviles existieron en un estadio anterior de la historia de Esparta. El cambio decisivo se produjo tras la segunda guerra mesenia, en tiempos de Tirteo, cuando Esparta se replegó sobre sí misma convirtiéndose en un Estado que sólo buscaba su propia conservación.

15. Véase en último término Rawson, E.: *The Spartan Tradition in European Thought*, Oxford, 1969.

46

Capítulo 5

LA ATENAS CLASICA [1]

Características del tipo ateniense

Las características esenciales del tipo ateniense ya han sido definidas anteriormente por oposición a los Estados arcaicos, cuyo ejemplo mejor conocido es Esparta. Vamos ahora a resumirlas brevemente: eliminación completa de la población interna sometida (después de Solón desaparecen en Atenas los esclavos de origen ateniense), y logro de una situación de igualdad jurídica y política de todos los ciudadanos. Exceptuando el hecho de que ciertas magistraturas quedan reservadas para la primera clase del censo, no hay diferentes grados de participación en el Estado como ocurre en Esparta: en Atenas se es ciudadano y se participa ecuánimemente en el Estado o no se es y por consiguiente se es extraño a la comunidad política, lo mismo si se es libre (extranjero o meteco) que si se es esclavo. Puede desatenderse a ciertos grupos de ciudadanos descalificados, como los que fueron objeto de ostracismo o de atimía:[2] se trata, evidentemente, de casos particulares que no infringen ni debilitan la regla general y que en realidad tampoco pueden compararse con los «Inferiores» de Esparta. En Atenas se ve claramente la separación entre las distintas categorías legales: la distinción entre hombre libre y esclavo, lo mismo que entre ciudadano y no ciudadano, es bien nítida y quedan eliminadas las categorías intermedias. A medida que desaparece la población interna sometida, va adquiriendo mayor importancia el papel de los extranjeros (hombres libres y esclavos), hallándose ambos procesos enlazados.

Por otro lado, mientras que la condición de los atenienses se igualaba y continuaban los avances en el progreso hacia la democracia,

1. El presente capítulo trata fundamentalmente de la Atenas del siglo v. Sin embargo hemos tenido que referirnos a fuentes del siglo IV, aunque señalando en cada ocasión que entre un siglo y otro existe la seguridad de cierta evolución. Algunas características propias del siglo IV serán mencionadas en el capítulo 7.

2. La atimía es una sanción consistente en la privación de los derechos políticos del ciudadano.

el grupo de los ciudadanos se volvía totalmente exclusivo y cerrado para los extranjeros. Hasta la ley de Pericles de 451-450 para llegar a ser ciudadano bastaba descender de padre ateniense: existen varios ejemplos célebres de miembros de la aristocracia ateniense que tuvieron madre extranjera, incluso no griega (Clístenes, Temístocles, Cimón). Estas alianzas «internacionales» entre familias aristocráticas son características de la época arcaica (un ejemplo bien conocido, citado por Heródoto,[3] es la boda de Agariste, la hija de Clístenes, tirano de Sición, con el ateniense Megacles, matrimonio del que precisamente nació Clístenes, el legislador). Después vino la ley de Pericles de 451-450, coincidiendo con el fin de la democracia: a partir de ese momento sólo serán ciudadanos los hijos nacidos de padre y madre ciudadanos atenienses. Evidentemente la ley de Pericles no fue aplicada con todo rigor; así los eubeos recibieron la *epigamia* (derecho a contraer uniones legítimas con los atenienses) antes de 413, y la ley cayó en desuso durante la guerra del Peloponeso. Pero se consideraba fundamental el principio que implicaba: en efecto, una de las medidas de la restauración de la democracia de 403 fue reafirmar la ley de Pericles en los mismos términos que antes.

Así, la concesión del derecho de ciudadanía a extranjeros constituyó siempre y en principio un privilegio, a veces otorgado a individuos y muy raramente a grupos [los supervivientes del asedio de Platea en 427 (con algunas restricciones); los metecos que lucharon en 406 en las Arginusas; en 405 el pueblo samio recibió la *isopolitia* por su fidelidad a Atenas]. La actitud de la restauración de la democracia en 403 es significativa: cabría esperar que Atenas dispensara con generosidad el derecho de ciudadanía, en parte para recompensar a todos los metecos que habían luchado al lado de los demócratas y en parte para reconstruir el cuerpo cívico tan debilitado tras la guerra del Peloponeso y la guerra civil de 404-403. A este respecto hubo una propuesta del jefe demócrata Trasíbulo, pero no siguió adelante y al parecer sólo se concedió el derecho de ciudadanía a un reducido número de metecos (¿poco más de un centenar?) y aún con retraso, en 401-400. Por lo que el grupo de los ciudadanos mantuvo su exclusividad.

Constituían la población ateniense tres categorías legales: los ciudadanos, los metecos y los esclavos.

LOS CIUDADANOS

La única distinción económica auténtica que separa a los ciudadanos de los no ciudadanos (libres o esclavos) —pero que es fundamental—, concierne a la propiedad del suelo: el derecho a adquirir, poseer y enajenar una finca en el Ática es privilegio exclusivo de los ciudadanos. Este vínculo con la tierra cultivada queda fuertemente señalado, por ejemplo en el juramento que pronuncian los efebos atenienses en el momento de convertirse en hoplitas, juramento arcaico o arcaizante básicamente conocido por una inscripción del siglo IV. Después de poner por testigo a las divinidades del crecimiento de la vegetación, los jóvenes atenienses invocan «los límites de la patria, los trigos, las cebadas, las viñas, los olivos, las higueras». En el caso de que los no ciudadanos se vean favorecidos con este derecho (la *enktesis ges kai oikias*), se tratará siempre de un privilegio especial, de una excepción y nunca de una regla.[4] Nadie en Atenas llegará a proponer la abolición pura y simple de la restricción del derecho a la propiedad del suelo. Por ejemplo, en su tratado sobre los *Ingresos* Jenofonte proponía mejorar el estado de las finanzas de la ciudad animando a los metecos a instalarse en Atenas en el mayor número posible, para ejercer en ella sus actividades. Con este fin propone diversas mejoras de la condición legal de que gozaban, entre ellas el derecho a adquirir una casa en la ciudad, pero se guardará muy mucho de plantear la concesión en bloque de la *enktesis* sin restricción alguna. Por subversiva que sea su propuesta,[5] tiene presente la oposición que se manifiesta en el siglo IV entre la ciudad y el campo. Jenofonte defiende con firmeza que los metecos deben poseer una parcela de suelo en la ciudad, pero ni en sueños pretendería concederles el derecho de adquirir las tierras de cultivo. En este aspecto el caso de Atenas no tiene nada de excepcional, por el contrario refleja una idea ampliamente difundida en el mundo griego, a saber, aquella que otorga al ciudadano la exclusiva potestad sobre la tierra. Cualquier comunidad griega de época clásica será, para empezar, una comunidad de propietarios agrícolas, aunque paralelamente luego se desarrollen fortunas mobiliarias.

En la práctica este vínculo entre la tierra y el ciudadano tendrá varias consecuencias. Por un lado, numerosos Estados griegos permitían que los derechos cívicos dependieran de alguna manera de la propiedad inmobiliaria: ya se han mencionado algunos ejemplos de Estados que limitaban la posesión de los plenos derechos cívicos sólo a los terratenientes (Tebas, Cirene). Atenas se distinguía de otros Estados griegos en que los ciudadanos sin propiedad inmobiliaria fueron admitidos a la plena participación (o casi) en los derechos políticos. Esta evolución se realizó por etapas. El arcontado, por

3. VI, 126-131.

4. Pecírka, J.: *The Formula for the Grant of Enktesis in Attic Inscriptions*, Praga, 1966.
5. Véase el texto n.° 118.

98

ejemplo, fue hasta Solón privilegio de la aristocracia. Después de él queda abierto a la primera clase del censo (o quizá a las dos primeras). La tercera clase del censo no es admitida en él hasta poco antes de 457-456. La cuarta clase, la de los *thetes*, en teoría nunca tuvo acceso a él, a pesar de que en la práctica dejara de aplicarse la ley.

Por otro lado, el vínculo existente entre la tierra y el ciudadano podía actuar en el sentido contrario: el ciudadano quería ser terrateniente y su calidad de ciudadano le valía de título para el derecho a la propiedad de la tierra. Como éste era el único campo en el que había una clara distinción económica entre ciudadanos y no ciudadanos, los primeros remitirán sus reivindicaciones económicas a temas que conciernan a la tierra: como se ha podido observar en época arcaica, y volverá a constatarse en el siglo IV. Incluso cuando tal idea no era llevada hasta su último extremo, o sea hasta la reivindicación del reparto de tierras puro y simple, estimulaba en el ciudadano el deseo de ser terrateniente, en parte por el especial prestigio que comportaba la tierra. Queda claramente reflejado en Atenas: después de la restauración de la democracia en 403 hubo una propuesta de Formisio que pretendía restringir los derechos de ciudadanía a los que poseyeran alguna finca, pero fue rechazada. Pues bien, sabemos que, de haberse aceptado, alrededor de 5000 atenienses habrían perdido sus derechos. Se ha discutido la cifra, pero, si se acepta, y teniendo en cuenta las pérdidas atenienses durante la guerra del Peloponeso, significa que a finales del siglo V sólo había aproximadamente un cuarto de los ciudadanos que no poseyera algún tipo de finca. Siguiendo con este razonamiento, como Atenas era entonces la ciudad donde la artesanía y el comercio habían alcanzado el mayor desarrollo de todo el mundo griego, resulta verosímil que en otras ciudades la proporción de ciudadanos que participaran de la propiedad del suelo hubiera de ser aún más elevada.

La élite intelectual y social de Atenas estará compuesta mayoritariamente por terratenientes, al menos hasta la guerra del Peloponeso, cuando apunta una nueva evolución. Hasta esa fecha la aristocracia dirigente está formada, sin ninguna excepción que conozcamos, por los grandes terratenientes del Ática. El hecho está claramente atestiguado por la actitud de los dos grandes hombres de Estados rivales, Cimón y Pericles, aunque el uso que hicieran de sus respectivas fortunas fuera muy diferente,[6] ya que Cimón vivía en su finca del Ática, que dejaba abierta a los miembros de su demo, mientras que Pericles vivía en la ciudad, dejando la gestión de su patrimonio a un intendente, que le entregaba una renta regular, que empleaba en sufragar los gastos cotidianos. Hasta el comienzo

6. Plutarco, *Cimón*, X; *Pericles*, XVI.

de la guerra del Peloponeso no se apunta cambio alguno y hasta entonces no se vieron nuevos ricos, cuya fortuna no se debiera a la propiedad del suelo, y que pretendieran conducir al pueblo como lo habían hecho Pericles y sus predecesores. Esta evolución suscitó más de un comentario hostil, como revelan las fuentes, de tendencia generalmente antidemocrática, que denuncian las ambiciones de esos vulgares «demagogos», pero es necesario determinar el alcance real del cambio.[7] Esos «demagogos» no eran unos miserables; su acceso no significó un cambio radical en la política de Atenas, tanto en lo interior como en lo exterior, y en su comportamiento no se diferenciaban realmente en nada de sus predecesores aristocráticos, tan «demagogos» como ellos. El verdadero cambio consistió en el desarrollo de las fortunas mobiliarias, evolución que continuará durante el siglo IV (véase el capítulo 7).

Digamos ahora algunas palabras sobre una cuestión que ha sido objeto de una larga controversia: la custodia de la enajenabilidad de la tierra.[8] Se ha sostenido que la propiedad del suelo en el Ática había sido inalienable hasta la guerra del Peloponeso y que entonces desapareció la restricción debido a los disturbios causados por la guerra. Expresada en términos extremos, la teoría no es aceptable. Resulta totalmente increíble que la tierra haya permanecido en el Ática literalmente inalienable durante siglos, incluso desde el primer asentamiento de los griegos en el Ática (y los atenienses, como sabemos, se jactaban de ser autóctonos, al contrario de otros muchos griegos). Se conocen, sin embargo, un considerable número de excepciones a la pretendida regla de la inalienabilidad. Por lo demás resultaría sorprendente que un vuelco tan grande, ocurrido durante la guerra del Peloponeso, no hubiera dejado huellas explícitas en las fuentes. Es bien cierto que la guerra afectó al régimen inmobiliario en el Ática, y la tierra es, desde luego, perfectamente enajenable en el siglo IV, pero el hecho es que disponemos de fuentes mucho más numerosas en el siglo IV que antes (en particular los oradores). Sin embargo, no basta con decir que la tierra era enajenable: enajenación no significa necesariamente comercialización, y veremos cómo en el siglo IV cuando la tierra cambia de manos no es considerada un valor de compraventa (véase el capítulo 7). No se puede hablar de enajenación de la tierra en abstracto: hay que definir las diferentes formas y las diver-

7. Véase Finley, M. I., «Athenian Demagogues», *Past and Present*, 21, 1962, págs. 3-24 (trad. cast.: «Demagogos atenienses» en *Estudios sobre Historia Antigua*, Akal, Madrid, 1974).

8. Véase la puesta al día de Finley, M. I., «L'aliénabilité de la terre dans la Grèce ancienne», *Annales*, 25, 1970, págs. 1271-1277 (trad. cast.: «La alienabilidad del suelo en la Grecia antigua», *op. cit.*). La tesis de la no enajenabilidad de la tierra en el Ática hasta la guerra del Peloponeso ha sido defendida por Fine, J. V. A., «Horoi. Studies in Mortgage; Real Security and Land Tenure in Ancient Athens», *Hesperia*, Supplement, IX, 1951.

49

40

sas condiciones en las que podía realizarse la enajenación, situándola siempre en el marco institucional, social y económico de la sociedad en cuestión.

Los metecos

Los metecos eran hombres libres, griegos y no griegos, domiciliados en Atenas o en el Ática, unos de manera más o menos permanente y otros sólo durante un período limitado. La mayor parte de la documentación acerca de su condición legal data del siglo IV o de una época aún más tardía, y nunca podremos estar seguros de que se hubieran aplicado las mismas reglas durante el siglo V. Parece que, pasado un determinado plazo de permanencia (que no conocemos con seguridad, pero que quizá fuera de un mes), el extranjero de paso por Atenas debía inscribirse obligatoriamente como meteco, si no, se le podía vender como esclavo; uno podía convertirse en meteco automáticamente (aunque es cierto que este punto de vista ha sido puesto en entredicho). Los metecos se hallaban sometidos a diversas obligaciones: tenían que pagar el *metoikion* (el impuesto sobre los metecos), sin duda no muy elevado (12 dracmas al año para los varones adultos, 6 dracmas para las mujeres adultas si estaban solas), pero que simbolizaba su condición de inferioridad respecto a los ciudadanos. Estos no pagaban impuesto alguno sobre las personas, solamente sobre los bienes, y esto ni siquiera con regularidad (véase el capítulo 6). De nuevo en este caso, la falta de pago comportaba la venta como esclavo. Por lo demás, los metecos quizá tuvieran que pagar ciertos impuestos sobre los extranjeros (los *xenika*), similares a la tasa para tener derecho a comerciar en el ágora. Sin embargo, podía darse el caso de que se concediera a un meteco la *isotelia* (la igualdad de impuestos), con lo cual se situaba al mismo nivel que los ciudadanos en todas las obligaciones financieras y le dispensaba del *metoikion*. Además cada meteco tenía que procurarse un *prostates* (un patrono), ciudadano ateniense que se encargaba de representarlo ante la justicia. Cuál era exactamente el papel del *prostates* no nos es muy bien conocido; puede que a lo largo del siglo IV, quedara más desdibujado si bien desde el siglo V los extranjeros podían recurrir a los tribunales sin el concurso de un *prostates*. La sanción impuesta para quien no cumplía esta obligación era de nuevo la venta como esclavo. Los metecos tenían asimismo que inscribirse y domiciliarse en alguno de los demos del Ática (la mayor parte de ellos vivían en Atenas y sobre todo en el Pireo, principal centro de actividad económica del Ática), pero no formaban parte de los demos con el mismo título que los ciudadanos. La distinción queda bien clara en las inscripciones: los nombres de los ciudadanos van seguidos del demótico, los de los metecos sólo de la mención «domiciliado en tal demo» (los de los esclavos no iban

seguidos de ninguna mención). Finalmente, los metecos estaban obligados, según su riqueza, a los mismos deberes financieros que los ciudadanos (liturgias, impuestos de guerra). En el ejército servían en contingentes separados, pero generalmente no participaban en las expediciones que se realizaban lejos del Ática; asimismo, en la flota servían como remeros.

Aunque sus obligaciones no fueran particularmente onerosas, la condición del meteco padecía, sin embargo, ciertas restricciones frente al ciudadano. El meteco no tenía ningún derecho político: no podía tomar parte en la asamblea ni en el consejo, ni ejercer magistratura alguna. No existía ningún proceso automático de naturalización, ninguna *epigamia* con los ciudadanos y, por lo tanto, no tenía ninguna esperanza (excepto por un privilegio especial) de acceder a la condición de ciudadano. Aunque el meteco era protegido por la ley, su personalidad jurídica era inferior a la del ciudadano: así, el asesinato de un meteco se asimilaba al homicidio involuntario. Desde el punto de vista económico le afecta una limitación más grande, la incapacidad de adquirir tierras y casas en el Ática, excepto por privilegio especial. Un meteco, pues, no podrá contratar un préstamo con la garantía de las tierras. Puede adivinarse cuál fue la consecuencia económica de esta limitación: al estar excluidos del acceso a la propiedad inmueble, los metecos se vuelcan, consecuentemente, en la práctica de cualquier actividad económica distinta de la agricultura, es decir, la artesanía, el comercio, la actividad bancaria, etc. El mundo del dinero, pues, se desarrolla junto al de la tierra y esos dos mundos coexisten en dos planos diferentes sin fundirse nunca en uno solo (véase el capítulo 7).

Resulta difícil escribir una historia verdadera de los metecos atenienses anterior a las postrimerías del siglo V, pues sólo a partir de esa fecha y mayormente para el siglo IV se dispone de fuentes suficientes. Se está mal informado acerca de los orígenes de la condición y el desarrollo de este grupo, pues al llegar a la segunda mitad del siglo V el sistema ya se encuentra plenamente desarrollado. No se han obtenido cifras exactas para esta época (la única cifra que se conoce data de finales del siglo IV: el censo de Demetrio de Falero habría contado 21 000 ciudadanos y 10 000 metecos). Sin embargo puede tenerse la seguridad de que durante el siglo V eran numerosos, acaso más de lo que lo fueran en el IV.

¿Por qué había todos esos extranjeros en Atenas y, cabría añadir, en tantas otras ciudades griegas? El sistema de metecos, aunque tuvo mucho éxito en Atenas —único sitio donde nos es bien conocido en época clásica—, no es exclusivo de ella y se ve atestiguado en otras muchas ciudades griegas. Ya sean filósofos, hombres de Estado o simples particulares los que la den, la respuesta no ofrece dudas: la ciudad necesita metecos, debido a todos los servicios econó-

50

micos que le proporcionan (manufactura, comercio), a causa de los ingresos que reportan al Estado sin costarle nada, y debido a su utilidad en la marina y el ejército. Este punto de vista se mantendrá constantemente durante toda la época clásica. Los filósofos admitirán la presencia de extranjeros en la ciudad, ya que éstos son necesarios para que su vida económica funcione, a pesar de que desconfíen, por principio, de las nefastas influencias que podrían derivarse del contacto con el mundo exterior. Tan sólo Jenofonte, alrededor de 355, propondrá unos medios de aumentar los ingresos de Atenas ofreciéndoles unos privilegios suplementarios: su simple llegada aumentará automáticamente la riqueza del Estado y la de los particulares. Insistamos en este punto: la presencia de los metecos no sólo es tolerada, sino incluso incentivada activamente por el Estado (y, como veremos, los ciudadanos no considerarán a los metecos sus rivales en la actividad económica). Aunque los metecos resultan indispensables para la vida económica de la ciudad, pese a todo no forman realmente parte de la ciudad, puesto que se hallan excluidos de todos los derechos políticos. En esta cuestión teoría y práctica coinciden: la *polis* de los ciudadanos no puede existir sin la presencia de extranjeros.[9]

Los esclavos

Los esclavos carecen en teoría de cualquier derecho: son una propiedad de su dueño de la que éste puede disponer a su antojo. En la práctica, sin embargo, los esclavos gozaban de algunas protecciones legales: no se podía maltratar ni quitar la vida a un esclavo impunemente (si bien el asesinato de uno de ellos, lo mismo que el de un meteco, se asimilaba tan sólo al homicidio involuntario). El esclavo, no obstante, carece de personalidad jurídica excepto acaso algunos grupos privilegiados (como puedan ser ciertos esclavos públicos, como los *demosioi*, y los *choris oikountes*, que son esclavos que «viven aparte», es decir, que entregan a sus dueños una renta, pero que por lo demás son más o menos independientes), los esclavos en general no pueden presentarse a los tribunales por su propia cuenta. Dependen enteramente de su amo (se producirá, sin embargo, una evolución durante el siglo IV, vinculada al desarrollo del derecho comercial; véase el capítulo 7). Su testimonio no se acepta, por lo general, más que bajo tortura.

Sobre las funciones que realizaban en Atenas los esclavos puede establecerse el principio de que no había prácticamente ninguna actividad específicamente servil, y que los esclavos hacían lo mismo que cualquier hombre libre de Atenas. Por supuesto han de dejarse a un lado ciertas exclusiones evidentes: los esclavos no tienen ningún derecho político; cuando alguna vez se les enrola en la marina, se trata siempre de medidas de excepción; el esclavo ateniense, a diferencia del ilota espartano, normalmente no toma parte en la guerra. Fuera de estas excepciones, encontraremos esclavos casi en todos los ramos de la actividad ateniense y haciendo el mismo trabajo que los hombres libres: agricultura, comercio, artesanía, trabajos domésticos, etc. Existían también esclavos públicos encargados de realizar diversas funciones para el Estado, como escribanos, secretarios, empleados de prisiones; un grupo especial lo constituían los 300 arqueros escitas que servían de policía. Sólo el trabajo en las minas era considerado una actividad más bien propia de esclavos, debido a las condiciones especialmente duras en que se realizaba, conque, a pesar de que encontremos a hombres libres trabajando en ellas, no cabe duda de que la mano de obra servil los superaba ampliamente. Pero, por lo general, no había prácticamente distinción real alguna entre el tipo de trabajo realizado (trabajo servil opuesto al de hombre libre). La verdadera diferencia consistía en las condiciones en las que se ejecutaba dicho trabajo. El hombre libre trabajaba (o quería trabajar) por su propia cuenta, mientras que la mayoría de los esclavos trabajaba por cuenta ajena (excluyendo al pequeño grupo de esclavos privilegiados que de hecho gozaban de cierta independencia). La organización de la actividad artesanal ilustra bien los efectos de esta manera de ver las cosas: por regla general, todas las grandes empresas emplean trabajadores serviles, no hombres libres (la cifra más elevada que se conoce en Atenas durante la época clásica es de 120 esclavos, empleados en la fábrica de armas de los metecos Lisias y Polemarco en el Pireo, durante los últimos años de la guerra del Peloponeso). El artesano libre querrá trabajar por cuenta propia por mor de seguir siendo independiente; las empresas que empleen únicamente hombres libres serán siempre pequeños negocios familiares. La misma constatación puede hacerse para el trabajo en las minas: los prospectores libres trabajarán aisladamente, mientras que los grupos que trabajen para otros estarán compuestos únicamente por esclavos.

Las categorías legales no se corresponden con las clases sociales

Estas son las tres categorías legales en las que se dividía la población domiciliada en el Ática. Se encuentran claramente definidas: cualquier movimiento, tanto en sentido ascendente como descendente, se efectuará directamente de una categoría a otra sin pasar por estadios intermedios. Todo ciudadano cuyos derechos civiles sean puestos en entredicho y declarados ilegales, será degradado a la categoría de meteco. Un meteco que no cumpla con sus obligaciones podrá ser vendido como esclavo. Por el contrario, el esclavo liberado tendrá una

9. Véase Pecirka, J., «A Note on Aristotle's Conception of Citizenship and the Role of Foreigners in 4th C. Athens», *Eirene*, 6, 1967, págs. 23-26.

51

condición semejante a la del meteco (no se convierte en ciudadano, como sucedía en Roma), y el privilegio más alto al que puede aspirar un meteco es a la obtención de los derechos de ciudadanía ateniense (pero será siempre un hecho excepcional). Pero si bien las categorías están claras desde el punto de vista legal, no hay que imaginarlas como tres clases sociales bien definidas. Las razones son múltiples.[10]

De estas tres categorías legales, el grupo de los ciudadanos es, con mucha diferencia, el más homogéneo. Etnológicamente hablando, los ciudadanos forman más o menos una sola unidad: la gran mayoría de los ciudadanos es indígena, y entre ellos solamente un pequeño grupo adquirirán el derecho de ciudadanía ateniense siendo extranjeros. Esta homogeneidad étnica se habría visto reforzada por la ley de Pericles sobre la ciudadanía. Pero socialmente los atenienses no forman una única clase. Las diferencias de fortuna son considerables: en la cúspide una pequeña minoría muy rica, y en la base una mayoría pobre que no posee ninguna tierra o muy escasa cantidad de ella (los *thetes*), sin que por lo demás sea posible trazar una línea más nítida entre ricos y pobres. Este antagonismo estuvo más o menos latente en Atenas, excepto en los últimos años de la guerra del Peloponeso, de manera que conoció un grado de paz social que muchas ciudades griegas hubieran podido envidiarle, y que constituyó uno de los factores fundamentales de su gran estabilidad. La democracia no se apoyaba tan sólo en los ciudadanos más pobres, como gustaban de repetir sus enemigos, sino que gozaba asimismo de una fuerte adhesión por parte de las clases acomodadas, que, por otro lado, le proporcionaron la mayoría de sus jefes políticos a lo largo de su historia.

No existe una homogeneidad comparable en las otras dos categorías. Los orígenes de los metecos resultan muy confusos: existe además una evolución en este sentido entre los siglos v y iv. En el siglo v los metecos atenienses son por lo general griegos, y la mayoría de las veces vienen a establecerse en Atenas de manera más o menos permanente; en el plano social estos metecos podían llegar a alcanzar un alto grado de asimilación a la comunidad. En el siglo iv, en cambio, los metecos, suelen tender a ser con mayor frecuencia bárbaros venidos de casi todas partes: Tracia, Lidia, Caria, Fenicia, Egipto, etc. Estos metecos se integran cada vez menos en la comunidad ateniense. Cuando se establecen en Atenas, mantienen su identidad de origen (por ejemplo, importan sus propios cultos); además con mucha frecuencia estos metecos bárbaros no se instalan en Atenas definitivamente. La categoría de los metecos conoció, pues, la mayor variedad étnica imaginable. Entre ellos hubo siempre importantes diferencias

10. Sobre lo que viene a continuación, véanse los artículos citados en la nota 35 del capítulo 1.

de fortuna. Algunos, como los hermanos Lisias y Polemarco, con la explotación de su fábrica de armas —que empleaba a 120 esclavos—, accedieron a las capas más ricas de la sociedad ateniense, mientras que otros eran tan pobres como los más pobres de los atenienses.

¿Qué pensaban los ciudadanos de los metecos? En algunos autores se encuentran indicios de hostilidad hacia ellos; se trata generalmente de fuentes de tendencias antidemocráticas y xenófobas que se lamentan de la libertad concedida a los extranjeros y a los esclavos en Atenas (en comparación con Esparta, por ejemplo). En los abogados del siglo iv constataremos también a veces un toque de atención a la xenofobia de los jueces en procesos contra metecos.[11] Fuera de estos casos, nadie ponía en tela de juicio la necesidad de los metecos para el funcionamiento de la ciudad: incluso el Pseudo-Jenofonte la admite. Es bien cierto que en el caso, al menos, de los metecos de origen griego en el siglo v se producía una asimilación social considerable, tanto en la cúspide como en la base de la pirámide. El meteco Céfalo y sus hijos Lisias y Polemarco pertenecían a la élite social e intelectual de Atenas. Incluso como revela el Pseudo-Jenofonte, podía darse, en su época, una uniformización del pueblo bajo: en Atenas llegó a no distinguirse entre el ciudadano pobre, el meteco y el esclavo. La hostilidad hacia los metecos que a veces se manifiesta se debe al sentimiento xenofóbico y a los prejuicios sociales, no es debida a ningún tipo de rivalidad económica entre ciudadanos y metecos. Los atenienses nunca tuvieron la sensación de que los metecos pudieran competir con ellos en este terreno. Jenofonte, en su tratado sobre los *Ingresos*, ni siquiera contempla esta hipótesis cuando dice que hay que reclutar el mayor número de metecos posible y llevarlos a Atenas para así mejorar las finanzas del Estado (mientras que sí se la plantea para los esclavos, véase más adelante). En su actitud respecto a la democracia ateniense los metecos no formaron un grupo distinto, ni siquiera antagonista, del de los ciudadanos, con un programa propio y unas reivindicaciones personales. A pesar de que hubo algunos metecos comprometidos en el asunto de los Hermes de 415, es evidente que una gran parte de ellos no deseaba un derrocamiento de la democracia ni una revolución política. Durante la guerra civil de 404-403, numerosos metecos lucharán con los demócratas del Pireo contra los Treinta Tiranos. Algunos de ellos, integrados por completo en la sociedad ateniense, deseaban, sin duda alguna, el derecho de ciudadanía, como ocurriera con Lisias. Pero, es probable que los metecos como grupo nunca plantearan esta reivindicación; para los metecos bárbaros, no integrados en la sociedad ateniense, el derecho de ciudadanía no tenía, consecuentemente, sentido alguno. La mayoría de los metecos aceptaban simplemente el estado de las cosas exis-

11. Véase Seager, R., en *Historia*, 15, 1966, págs. 178-182.

52

tente que les permitía prosperar en paz y beneficiarse del poderío y la riqueza de Atenas.

Puede hacerse una serie de puntualizaciones parecidas acerca de los esclavos atenienses. No tienen ninguna unidad de origen: los frigios (sobre todo en las minas) y los tracios son bastante numerosos, hasta el punto de que Manes (nombre frigio) y Tratta («el tracio») se reconocen inmediatamente en el vocabulario de los cómicos como nombres que designan a esclavos, pero ningún pueblo está especializado en proporcionárselos a Atenas. Cualquiera podía convertirse en esclavo por los albures de la guerra, la piratería, etc. Entre los esclavos atenienses había griegos, pero en realidad predominaban los bárbaros, sobre todo en el siglo IV, al igual que entre los metecos. Como ocurría con éstos, es una categoría social en la que existían grandes diferencias. Algunos gozaban de una situación casi privilegiada, como los esclavos públicos o los esclavos «que vivían aparte», que de hecho casi eran libres y cuya situación no difería mucho de la de los pequeños artesanos libres. Los esclavos domésticos podían esperar ser liberados a más o menos largo plazo; por el contrario, la suerte de los que trabajaban en las minas del Laurion, en condiciones lamentables, era totalmente miserable, sin que se les ofreciera ninguna esperanza de libertad. Dadas todas estas diferencias de situación y de origen, resultará fácilmente comprensible por qué a pesar del número, a todas luces, elevado de sus esclavos (no disponemos de cifras seguras, pues no existía un registro de esclavos; los datos de las fuentes antiguas a veces son fantasiosos y las conjeturas de las modernas varían considerablemente), Atenas nunca conoció rebeliones de esclavos (rebeliones organizadas, hemos de precisar), a diferencia de Esparta y de los Estados arcaicos donde las rebeliones de ilotas estaban a la orden del día. Los esclavos atenienses nunca estuvieron unidos ni tuvieron ninguna conciencia de clase, ningún programa. Todo lo que podían reivindicar era la libertad y siempre a título individual. El acceso al poder político les resultaba impensable, y la única forma de liberación a la que podían recurrir era simplemente la fuga, cuando se presentaban las condiciones favorables para ello: de ese modo, la ocupación por los peloponesios de Decelía en el Ática, a partir de 413, facilitó numerosas fugas de esclavos.

Los esclavos atenienses no formaban, pues, una clase social, y, al igual que a los metecos, los ciudadanos no les consideraron como potenciales competidores en la actividad económica. Se ha dicho con frecuencia que el incremento de la oferta del trabajo servil agravó la situación de los ciudadanos pobres y produjo una competitiva tensión entre ellos y los esclavos. Si así hubiera sido, las fuentes hubieran transmitido el eco de esta rivalidad: pues bien, ello no es así. Todo lo más, Jenofonte en su tratado sobre los *Ingresos* evoca la posibilidad de una competencia entre la mano de obra servil que, según su proyecto, habría de ser empleada por el Estado, y los prospectores privados; pero tan sólo contempla un caso muy particular, y la oposición de la que trata se da entre la ciudad y los particulares, más que entre esclavos y hombres libres. Sobre todo no se trata de una competencia general entre el trabajo libre y el servil, y en cualquier caso, Jenofonte refuta la objeción después de haberla planteado.[12] No parece que el ciudadano pobre hubiera visto en el esclavo un posible rival, por el contrario, lo considera un «compañero de trabajo».[13] Los esclavos estaban para completar, y en el mejor de los casos reemplazar, el trabajo de los hombres libres: entre ambos grupos no había una auténtica competencia económica. Las inscripciones sobre las construcciones de templos resumen muy bien esta falta de competitividad económica entre las distintas categorías legales: en ellas se encuentra a ciudadanos, metecos y esclavos que trabajan juntos en la misma obra, realizando las mismas tareas y recibiendo el mismo salario.[14]

La eficacia económica del tipo ateniense

Las diferencias sociales y económicas del Estado de corte «moderno» respecto al Estado de corte «arcaico» son muy considerables. Pero, ¿en qué medida intentó y logró el Estado de corte «moderno» aportar una eficacia económica mayor que su rival?

Es evidente que en Atenas hallamos un Estado de corte y de espíritu muy diferente al de Esparta en lo concerniente a la actividad económica en general. Se combatieron eficazmente una serie de juicios aristocráticos en contra del trabajo. Existía en Atenas una ley, atribuida a Solón (no importa si con razón o sin ella: la ley existía, desde luego, en la época clásica), contra el ocio, conminando a los ciudadanos a enseñar a sus hijos un oficio.[15] Otra ley prohibía reprochar a otro su pobreza o el oficio que ejercía. Así, el ejercicio de la artesanía no impedía a los ciudadanos disfrutar de los derechos políticos, y se podían encontrar en la asamblea muchos ciudadanos artesanos, tenderos, trabajadores y comerciantes;[16] en otros lugares, por ejemplo en Tebas, y más aún en Esparta, ello hubiera resultado sorprendente. En Atenas el ciudadano ya no estaba obligado a ser un propietario de tierras: aunque la mayoría de los atenienses poseía de hecho alguna finca, se había realizado ya una innovación de principio. Se constata en la literatura ateniense del siglo V cierta evolución en las ideas: los juicios tradicionales sobre la riqueza y la pobreza y las cualidades morales que se consideraban vinculadas a ellas, a veces son

12. *Ingresos*, IV, 32 y 39.
13. Jenofonte, *Memorables*, II, 3, 3.
14. Véase el texto n.º 71.
15. Véase el texto n.º 37.
16. Jenofonte, *Memorables*, III, 7, 6.

53

cuestionadas.[17] En el *Prometeo encadenado* de Esquilo, no hay rastro alguno de cualquier tipo de juicio antitécnico. Es más, en la Atenas del siglo v, la técnica no sólo es aceptada, sino incluso, en cierta medida, honrada: para los atenienses, lo mismo que para sus adversarios, Atenas era la ciudad de la *techne* por excelencia. Este nuevo estado del espíritu influyó en la evolución económica de la ciudad: Atenas durante el siglo v es (y lo seguirá siendo durante el IV) la ciudad griega más desarrollada, desde el punto de vista económico, y el verdadero centro comercial de toda la costa oriental del Mediterráneo. Para explicar esta expansión, deben considerarse unos factores distintos que en la evolución de las ideas (sobre todo la supremacía política del imperio ateniense del siglo v), pero la atmósfera más libre de Atenas debió sin duda alguna contribuir a ello.

Pero, ¿fue esta evolución realmente radical? La impresión es que éste no fue el caso, y que debió de seguir encerrada dentro de ciertos límites.[18] Por un lado, puede hacerse notar que la legislación que favorecía el trabajo y la actividad económica no hubiera sido necesaria si no hubieran existido actitudes hostiles a ellos. Y sin embargo se encuentran algunos indicios que hacen pensar que estos sentimientos se seguían expresando libremente a pesar de las leyes: recordemos los sarcasmos de los poetas cómicos de la segunda mitad del siglo v contra los vulgares «demagogos», culpables de ejercer oficios tan innobles como los de curtidor (Cleón), vendedor de lámparas (Hipérbolo) o fabricante de liras (Cleofonte). Algunos abogados del siglo IV ilustran igualmente esta misma mentalidad, al no dudar los oradores en infamar a su adversario reprochándole públicamente su miseria o el oficio que ejerce.[19]

La ley sobre el ocio no se refería a éste como tal, sino sólo al ocio de los pobres que no hacían nada para ganarse la vida y se daban a la mendicidad: el ocio de las clases acomodadas que no tenían que trabajar para vivir seguía siendo envidiable y digno de consideración. En cuanto a la valoración de la *techne*, podemos constatar que no se extendía por igual a todos los campos y aspectos de la técnica: la *techne* que celebran corintios y atenienses en Tucídides[20] es la militar (más exactamente la naval) y la política. Los grandes maestros de la *techne*, los sofistas, se limitan, de hecho, a ciertas *technai*, especialmente la retórica y la política. Lo que les interesa es el arte de actuar sobre los hombres, no sobre la materia. Para ellos la *techne* del artesano no accede al rango de un verdadero saber, de modo que los sofistas la desatenderán. Durante la época clásica no vemos ninguna renovación en las técnicas, que hubiera podido acompañar al nacimiento de una nueva mentalidad. Por muy paradójico que pueda parecer, da la impresión de que el artesano pierde prestigio en relación con la época arcaica: la artesanía se aleja de la magia, pero del mismo golpe pierde su valor y se ve rebajada al nivel de una simple rutina. Al mismo tiempo, las condiciones en las que se desarrolla el trabajo artesanal evolucionan en detrimento propio: la urbanización comportaba cierta división del trabajo, pero desde el punto de vista psicológico esta división reforzaba la dependencia del trabajador con respecto a los demás; el único que mantenía más o menos su autonomía personal era el agricultor.

La aportación de Atenas en el terreno económico fue, pues, más limitada de lo que hubiera podido creerse, resultando esencialmente negativa. Consistió en combatir algunas actitudes hostiles a la actividad económica, y esto, como hemos visto, sin éxito completo. El ejercicio de la artesanía no impedía al ciudadano ateniense gozar plenamente de los derechos políticos, pero eso era todo; se era ciudadano en la medida en que se descendía de padres atenienses, pero, hemos de repetirlo, no por ser artesano. Existían hermandades que agrupaban a todos los miembros de una misma profesión, como ocurrirá luego en las ciudades medievales. Atenas no intentó crear todo un nuevo sistema de valores, entre los cuales habría habido opción a la actividad económica, con el que sustituir los aristocráticos. Los verdaderos valores de Atenas no se referían a la técnica o a la actividad económica, sino que se situaban en otros terrenos. El discurso fúnebre de Pericles en Tucídides, constituye un verdadero manifiesto del sistema de valores de la Atenas democrática del siglo v. Se trata de valores políticos: Pericles se expresa en términos de poderío y de gloria; no menciona el beneficio económico. De nuevo se encuentran en su discurso los viejos valores aristocráticos, extendidos ahora a todo un pueblo y enmarcados en la rivalidad política entre las ciudades griegas.

17. Hemelrijk, J.: *Penia en Ploutos*, Diss., Utrecht, 1925, págs. 147-148.
18. Sobre lo que viene a continuación, véanse los estudios de Aymard, A., art. citado, y Vernant, J.-P., *op. cit*, en la nota 19 del capítulo I, y Vidal-Naquet, P., en *Archives européennes de sociologie*, 6, 1965, págs. 144-148.
19. Véase el texto n.° 109.
20. I, 70-71 y 141-143.

54

Capítulo 6

LAS CIUDADES GRIEGAS Y LOS PROBLEMAS ECONOMICOS

Comportamiento económico de los Estados griegos

¿Hasta qué punto fueron conscientes los Estados griegos de los problemas económicos, y en qué medida influyeron en su comportamiento consideraciones de tipo económico? Las respuestas dadas por muchos historiadores a estas cuestiones se han visto dominadas durante mucho tiempo, y de hecho aún lo están, por el concepto modernizante de la economía griega antigua que establecieran ciertos historiadores alemanes del siglo XIX, sobre todo Ed. Meyer, K. J. Beloch y G. Busolt (véase el capítulo 1). Al no hallar ninguna diferencia fundamental entre la economía griega antigua y la del mundo moderno, acababan por concluir que el comportamiento de los Estados griegos habría podido verse influido e incluso dictado por consideraciones económicas análogas a las de los Estados modernos. Se descubrían, pues, en la historia de Grecia factores más o menos insospechados hasta ese momento y sobre los que las fuentes antiguas guardaban un silencio total. Por ejemplo, la colonización de la época arcaica habría obedecido al móvil de la búsqueda de nuevas salidas a la producción industrial excedente de las metrópolis. Gustaban hablar de aristocracias de «grandes armadores» que habrían controlado la política de muchas ciudades griegas de esa época. Numerosos conflictos, incluso en épocas muy antiguas, eran explicados en términos de rivalidades comerciales, así, por ejemplo, la «guerra lelántica» en Eubea, que habría enfrentado a dos ligas rivales, en torno a las cuales se agruparon las principales «potencias comerciales» del momento. La guerra del Peloponeso no habría tenido como causa profunda, por supuesto, la rivalidad política entre Esparta y Atenas, y el temor que a la primera le inspiraba el desarrollo de Atenas como potencia, tal como pensaba Tucídides. La verdadera causa habría sido la rivalidad comercial entre Atenas y Mégara, por un lado (véase el decreto que excluía los productos megarenses del mercado ateniense, comprendiendo también en él al «imperio», decreto cuyo alcance real habría desconocido e incluso deformado Tucídides), y por otro entre Atenas y Corinto (véase la intervención ateniense

en la zona comercial de Corinto a través de la alianza con Corcira). Esta explicación de la guerra del Peloponeso tuvo, en una forma u otra, una enorme fortuna, que además duró largo tiempo, de modo que aún hoy pueden hallarse rastros de ella.[1]

Resulta evidente, sin embargo, que, lo mismo que el concepto modernizante de la economía ha de ser abandonado, tampoco se puede atribuir a los Estados griegos una mentalidad económica de la que, sin lugar a dudas, carecieron siempre. Se ha de partir del hecho, señalado ya anteriormente, de que la «economía» no constituyó para los griegos ninguna categoría autónoma, sino que fue absorbida, en la vida de los Estados griegos de época clásica, por la política. Por consiguiente, en la medida en que pudieran intervenir en su comportamiento factores económicos, éstos nunca fueron sentidos como tales, sino que se vieron subordinados a consideraciones políticas.

¿Qué generalizaciones pueden adelantarse para describir el lugar que ocupan los factores económicos en la vida de los Estados griegos?

Política de importación y no de exportación

Una de las generalizaciones fundamentales acerca del comportamiento económico de los Estados griegos se la debemos a Max Weber, siendo desarrollada posteriormente por J. Hasebroek. Cuando se dice que los Estados griegos tuvieron una política económica, se trata siempre de una política de importación, cuyo objetivo era asegurar el aprovisionamiento, del Estado y los ciudadanos, de ciertos productos esenciales para su existencia, y nunca de una política de exportación que intentara desviar en condiciones ventajosas o incluso imponer en el extranjero la producción nacional en competencia con otros Estados rivales. Cuando el Estado tiene en cuenta los intereses económicos de sus miembros, lo hace tan sólo como consumidores, y no como productores. No se puede hablar, pues, de «política comercial» por parte de los Estados griegos sino en un sentido restringido, a saber, el de que practican tan sólo una política de importación y no de exportación.

En el caso de los Estados griegos no puede hablarse de industria ni de comercio nacionales, y menos aún en Atenas, donde el desarrollo económico había alcanzado cierta envergadura (véase el capítulo anterior). En efecto, hablando con propiedad, no podía haber en ella ni industria ni comercio nacionales debido al importante papel que desempeñaron los extranjeros en toda la actividad económica (especialmente los metecos), tanto en la manufactura y la artesanía, como en todo el comercio de importación y exportación, a corto y largo alcance. No existen propiamente ni «industria» ni ««comercio atenienses» (conceptos, por lo demás, intraducibles al griego): ¿cómo hubiera podido, pues, el Estado ateniense intentar proteger o incentivar lo que en realidad no son más que abstracciones creadas por los modernos?[2]

1. La hipótesis de un origen comercial de la guerra del Peloponeso se halla (o debería hallarse) definitivamente desmantelada por la publicación del libro de G. E. M. de Ste-Croix, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972.

Otro factor que habría impedido el desarrollo de una política económica de corte moderno en los Estados griegos sería la multiplicidad y pequeñez de la actividad económica. Dicha actividad no sólo era compartida por ciudadanos y extranjeros, sino que en general seguía dándose a pequeña escala. Faltan en muchas ocasiones las grandes empresas que trabajaran en un amplio radio de acción, y sólo raras veces encontramos un vínculo regular entre productores y exportadores. De todas maneras, la precariedad de sus condiciones de existencia no favorecía el desarrollo de una organización más ambiciosa de la vida económica.

La organización de la producción de cerámica en Atenas ilustra bastante bien todos estos rasgos. En primer lugar, no se trataba estrictamente de una industria nacional; entre los alfareros y pintores de Atenas encontramos, efectivamente, muchos extranjeros. Por lo demás, los talleres de los ceramistas son siempre modestos y no emplean más que un pequeño número de trabajadores, a pesar de que la Atenas clásica abastece de recipientes pintados a la mayor parte del mundo griego, así como a los pueblos no griegos. Además, raramente puede distinguirse un vínculo explícito y permanente entre un determinado taller y un mercado extranjero en concreto. Algunos tipos de vasos dan la impresión de haber sido fabricados intencionadamente para una clientela extranjera específica, pero por lo general los vasos se exportan prácticamente a todas partes, al azar de la posible demanda y de las circunstancias. Otro hecho característico es que la exportación de vasos no parece que fuera nunca materia exclusiva de los mercaderes atenienses. Numerosos vasos áticos de finales del siglo VI parecen que fueron exportados a la vista de sus *graffiti*, al extranjero, por mercaderes procedentes de Jonia, lo cual quiere decir que los ceramistas de Atenas no organizaban la exportación de sus propios vasos.[3] De todos los nombres de pintores y ceramistas de Atenas que conocemos por las inscripciones de los vasos, ninguno aparece en los textos clásicos. El mundo artesanal (los ceramistas en concreto) siguió siendo un mundo aparte, desatendido por la tradición histórica que se interesaba por otros asuntos completamente distintos.

2. Sobre la ausencia de marinas mercantes en las ciudades griegas y sus consecuencias, véase De Ste-Croix, *op. cit.*, págs. 393 y sigs.

3. Véase el artículo de R. M. Cook, citado en la nota 48 del capítulo 1.

56

Los comercios de importación

Entre los diferentes productos de importación el trigo ocupa un lugar especial. Ya hemos visto anteriormente (véase el capítulo 3) cómo fueron las primeras las importaciones de trigo del mundo griego, procedentes de Egipto, del mar Negro y de Sicilia en la época arcaica. En la época clásica este comercio alcanza un importante desarrollo en numerosas ciudades griegas, y sobre todo en Atenas, donde el considerable crecimiento de la población de la ciudad durante el siglo V tuvo como consecuencia el incremento de la dependencia ateniense respecto a las importaciones de trigo extranjero.[4]

Todavía estamos poco informados para establecer cómo funcionó el comercio de trigo en la Atenas del siglo V. Sin embargo, podemos entrever la importancia que pudieron tener en la política exterior de Atenas las importaciones de alimentos. La preocupación por controlar directa o indirectamente las fuentes de aprovisionamiento de trigo es un factor permanente de su política. A partir de las guerras Médicas los atenienses intentan de nuevo asegurarse el control de los estrechos que conducen al mar Negro. Igualmente intentarán arrancar, en varias ocasiones, a Chipre de la dominación persa, sin conseguirlo, pues, además de sus recursos mineros (cobre), la isla era rica en cereales. Más tarde, hacia mediados de siglo, ayudan bélicamente a Egipto en su rebelión contra el Imperio persa: un Egipto libre y aliado de Atenas habría sido de una importancia considerable para el aprovisionamiento general de trigo de Atenas. El interés que tuvieron los atenienses por Sicilia, sin duda desde antes de mediados del siglo V, en parte se explica también por su ambición de echar mano a sus recursos de trigo.[5] Eubea, Lemnos, Imbros y Esciros fueron controladas con más o menos intensidad por los atenienses, muchas veces mediante el establecimiento de colonos atenienses en ellas: de nuevo se trata de islas ricas en trigo. Durante la guerra del Peloponeso los atenienses incluso llegan a establecer una guardia especial en el Helesponto para proteger el comercio de trigo proveniente del mar Negro.[6]

Sin embargo, la información más precisa de la que disponemos se refiere a la manera en que los atenienses intentaban asegurar su avituallamiento y acerca de las relaciones que mantenían con ciertos Estados y soberanos que controlaban importantes reservas de trigo, en el siglo IV. Había en Atenas una amplia legislación del comercio de trigo, y aunque es posible que no la hubiera en el siglo V, no podemos estar absolutamente seguros de ello. Si con lo poderosa que era Atenas en el siglo V estaba en condiciones de intervenir directamente para garantizar sus intereses, en el IV, en cambio, se ve obligada a recurrir a medios menos directos, como por ejemplo la legislación.

Una ley que data, sin duda alguna, de mediados del siglo IV prohibía a cualquier persona domiciliada en Atenas (ciudadano o meteco) prestar dinero sobre la garantía de un barco que transportara trigo a otro punto que no fuera Atenas (sobre esta técnica de los préstamos, véase el capítulo 7). Otra ley más antigua prohibía asimismo a cualquier persona domiciliada en Atenas transportar trigo a otro puerto que no fuera el Pireo, y dos tercios de su carga debían venderse en Atenas. Por otra parte, los revendedores de trigo (los *sitopolai*, metecos) no tenían derecho a comprar a los importadores más que 50 medidas cada vez, con la finalidad de impedir las especulaciones abusivas. Entre los magistrados encargados de vigilar las actividades económicas, había unos, los *sitophylakes*, cuya misión era atender al comercio de trigo, y otros los inspectores del puerto comercial (los *epimeletai emporiou*) cuya misión era aplicar el reglamento que regía la venta del trigo importado a Atenas.[7] También sabemos que en esta ciudad la asamblea tenía que inscribir regularmente en su orden del día la cuestión del aprovisionamiento de trigo así como la defensa del territorio,[8] de modo que ambos problemas se ponen al mismo nivel.

Así pues, el comercio de trigo era el único que se intentó reglamentar por ley en Atenas: la única preocupación del Estado era asegurar la regularidad en las importaciones y proteger los intereses de los ciudadanos consumidores. Hay que señalar que la ciudad no se preocupaba aparentemente nunca de los ciudadanos productores de trigo ni del efecto que pudieran producir en ellos las importaciones a gran escala de trigo extranjero.

Pero la legislación interna no bastaba. Durante el siglo IV Atenas intenta no tanto imponer su supremacía política —a diferencia de períodos anteriores—, sino conciliar por distintos medios la buena voluntad de los comerciantes que importan trigo (véase el capítulo 7). Ha de recurrir también a la diplomacia para reconciliarse con los Estados o los soberanos extranjeros que poseían las principales fuentes de aprovisionamiento de trigo. Por ejemplo, es probable que las relaciones de Atenas con Evágoras de Chipre a comienzos del siglo IV obedecieran en parte a preocupaciones económicas; un soberano amigo de Atenas y que controlara toda la isla hubiera supues-

4. Véase Gernet, L., «L'approvisionnement d'Athènes en blé aux ve et IVe siècles», en Bloch, G., *Mélanges d'histoire ancienne*, París, 1909, págs. 269-391; Heichelheim, F. M., en *Real Encyclopaedia*, Supp. VI, 1935, col. 833-844.
5. Véase Tucídides, III, 86, 4.
6. Véase Meiggs-Lewis, n.º 65, líneas 34-41, con el comentario.

7. Véanse los textos números 82 y 87.
8. Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, XLIII, 4.

to una gran ayuda para el aprovisionamiento de Atenas en los difíciles años, posteriores a la guerra del Peloponeso. Pero las relaciones más estrechas y duraderas se mantuvieron en particular con los soberanos griegos del Bósforo. Según Demóstenes, el Atica importaba cada año 800 000 medimnos de trigo, y la mitad de ellos procedían del mar Negro. A cambio de diversos privilegios y honores, atestiguados, como veremos, por los textos y las inscripciones, los soberanos del Bósforo concedían a los atenienses unas condiciones de exportación particularmente favorables.[9]

Los demás bienes, sobre cuyas fuentes de procedencia el Estado ateniense pretendía establecer un control directo o indirecto eran lo que podríamos llamar materiales estratégicos. Nos referimos con ese término a todo aquello que pudiera tener alguna importancia para la fabricación de armas, y, en particular, en la construcción y el equipamiento de las flotas de guerra en las que se basaba el poderío de Atenas. Una de las paradojas de su historia era que el Atica no dispusiera de los recursos necesarios para su marina en cantidad suficiente. Se trataba en concreto de maderas de construcción, pero también de metales, lino para las velas, pez y bermellón para cubrir los cascos. Los medios utilizados por Atenas variaron según las épocas y lugares. Unas veces los atenienses recurrieron simplemente a su supremacía militar y política, otras, tenían que recurrir más bien a la diplomacia. Ya en época de Pisístrato se interesaron por la costa tracia y por Macedonia, sin duda debido a sus ventajas económicas (maderas y metales). Luego, y hasta la época de Filipo de Macedonia, seguirán intentando implantar su influencia en la región por medio de fundaciones de colonias bajo el control ateniense (por ejemplo, fundación de Anfípolis, en el Estrimón, en 437-436, tras varios intentos fallidos en los anteriores decenios), mediante intervenciones militares, o gracias a acuerdos con los reyes de Macedonia que ostentaban el monopolio de las exportaciones de madera de Macedonia. Tal como lo revela el decreto ateniense en honor de un rey de Macedonia (Arquelao)[10] o cierto texto sobre una alianza entre otro rey de Macedonia (Amintas) y la federación de calcidios de Tracia,[11] las preocupaciones económicas se añadían muchas veces, incluso de modo bien explícito, a estas relaciones diplomáticas.

Insistiremos en el carácter particular de las preocupaciones económicas de los Estados griegos: no se trata de problemas económicos propiamente dichos, sino de problemas políticos. Para la asamblea ateniense la cuestión de las importaciones de trigo constituía una preocupación política, del mismo orden que la seguridad del territo-

9. Véanse los textos números 78 y 79.
10. Véase Meiggs-Lewis, n.° 91.
11. Tod, M. N., *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, II, n.° 111.

58

rio. Cuando los atenienses le otorgan algún trato honorífico a cualquier mercader que haya importado trigo durante un período de crisis o a cualquier soberano extranjero que les haya facilitado la exportación de los recursos de que su reino dispone en condiciones favorables, se expresan en términos absolutamente idénticos a los que emplearían para cualquier otro servicio que se le hubiera hecho a la comunidad de ciudadanos. Para ellos se trata de hechos políticos realizados a favor del pueblo ateniense, y no sólo de servicios de carácter estrictamente económico.

Política fiscal de los Estados griegos

La política comercial de los Estados griegos tan sólo fue aplicada a las importaciones, y entre ellas sólo aquellas que eran esenciales para la existencia de la ciudad. Todo lo demás no le interesa directamente al Estado: es decir, una buena parte de la actividad económica se va a desarrollar al margen de cualquier intervención del Estado, al menos de una intervención con vistas a incentivar o a restringir intencionadamente el funcionamiento de la vida económica.

Por lo demás, la preocupación principal de la ciudad será simplemente asegurar sus ingresos, y de nuevo en este caso los límites de esta política son aparentes. La política fiscal de los Estados griegos es en general rudimentaria, tanto en sus objetivos como en sus métodos. Las ciudades no conocen en realidad auténticos presupuestos que fijen regularmente el balance de los gastos y los ingresos públicos y que intenten establecer previsiones económicas a largo plazo. Su tendencia es la de vivir al día. El caso de Atenas durante los años anteriores a la guerra del Peloponeso constituye un caso particular: a instancias de Pericles, los atenienses crearon una reserva especial de dinero, para ser utilizada en el caso de desarrollarse un conflicto de importancia con Esparta y sus aliados, que era previsible ya varios años antes. Por el contrario Esparta y sus aliados, que también presuponían la eventualidad de un conflicto, no habían almacenado ninguna reserva previa al inicio de las hostilidades, fueron cogidos desprevenidos cuando estalló la guerra, y se vieron obligados a recurrir a expedientes fiscales como el de pedir a título personal ayuda económica a sus aliados y amigos del mundo griego.

Lo que muchas veces sorprende de las prácticas fiscales de las ciudades griegas es la grosería utilizada en los expedientes. Incluso podía llegar a darse el caso de que la ciudad se atribuyera un derecho de intervención sobre los intereses de sus miembros con la única preocupación de acumular fondos, voluntaria o involuntariamente. El segundo libro del *Económico* del Pseudo-Aristóteles contiene una

amplia colección de estratagemas fiscales empleadas por ciudades y soberanos (griegos y bárbaros). Hay que subrayar de nuevo que la mayoría de los ejemplos reunidos por el autor proceden del siglo IV, época de crisis en la mayor parte del mundo griego (véase el capítulo 7), y que los ejemplos anteriores a esta fecha se refieren sobre todo a tiranos, cuya actuación económica no es exactamente comparable a la de los Estados republicanos.

Una característica de la mentalidad económica de los Estados griegos es la manera en la que disponen los excedentes de los ingresos: en lugar de intentar colocarlos en inversiones ventajosas, tenderán a gastarlos espléndidamente en empresas que no tienen carácter económico —gastos de puro prestigio, en los que el orgullo y el patriotismo cívico se expresan libremente con ingenua satisfacción—, tales como la construcción de monumentos públicos, cívicos y religiosos. Pensamos a este respecto en las construcciones atenienses del siglo V; son las más célebres, pero se hallan lejos de ser las únicas del mundo griego. Durante los siglos VI y V las ciudades griegas de Sicilia gastaron sus riquezas edificando monumentos con una magnificencia que nada tiene que envidiar a la ateniense.[12]

Otra manera de gastar el excedente de sus ingresos consistió en el reparto, más o menos directo, de la riqueza del Estado entre los ciudadanos.[13] Se trata de una idea muy antigua, difundida y muy extendida entre los griegos, según la cual la riqueza del Estado pertenece a todos sus ciudadanos (y no sólo a los ciudadanos pobres); en último término, el ciudadano incluso podrá esperar que sean los ingresos del Estado los que lo mantengan. Jenofonte en su panfleto sobre los *Ingresos*[14] indica con toda claridad que el objetivo de sus proyectos económicos es que los ciudadanos puedan vivir a expensas de la ciudad. En la práctica, pocas veces se cumplían estas condiciones, y en la mayoría de los casos los ciudadanos tenían que bastarse a sí mismos. Pero, a pesar de todo, y de una forma u otra, recibían retribuciones del Estado: distribuciones periódicas de dinero o de trigo,[15] reparto de carne de los sacrificios con motivo de las grandes fiestas religiosas, subvenciones del Estado en la Atenas democrática a todas las magistraturas (e incluso en el siglo IV por la simple participación en la asamblea), subvenciones que permitieran a los ciudadanos asistir a las grandes fiestas religiosas (que durante el siglo IV alcanzarán cada vez mayor importancia: véase el capítulo 7).

12. Véase Diodoro Sículo, XIII, 81-84 (Agrigento).
13. Véase Latte, K., «Kollektivbesitz und Staatsschatz in Griechenland», *Kleine Schriften*, Munich, 1968, págs. 294-312.
14. IV, 33.
15. Un ejemplo de ello, ocurrido en 445-444: Filocoro, *FGrHist* (Jacoby) 328, frag. 119; Plutarco, *Pericles*, XXXVII, 4.

De esta manera, incluso el término «Estado», que casi estamos obligados a emplear, ha de someterse a crítica. El Estado como abstracción no existe para los ciudadanos. El Estado no reparte dinero entre los atenienses que deseen asistir a las representaciones teatrales, como en la actualidad la seguridad social da una indemnización por enfermedad, antes bien, los atenienses se reparten entre sí una cantidad de los ingresos de la colectividad. Ni siquiera existe una diferencia de principio entre el hecho de repartir dinero y el de construir barcos, aunque pudieran surgir en la práctica antagonismos entre decisiones opuestas y las políticas que implicaban.

¿Cómo se aseguran las ciudades griegas corrientemente sus ingresos?

Las minas

Los Estados griegos que poseían minas importantes en su territorio o en su esfera de control (lo cual constituirá siempre una excepción, ya que, por lo general, los principales filones de metales preciosos y simples, se hallan fuera del mundo griego), disponían de una fuente de ingresos tan importante que ni por soñación la dejaban en manos de la propiedad privada. La tendencia general de los Estados griegos es, pues, la de monopolizar la propiedad de las minas para así asegurar sus ingresos. La información que se dispone acerca de los modos exactos de explotación, es escasa. (Es de suponer que variaron según los sitios y las épocas en concreto.) El caso mejor conocido es el de las minas del Laurion en el Atica, de donde sacaba Atenas buena parte de la plata que servía para el acuñado de su abundante numerario en época clásica, y que constituía uno de los elementos de su prosperidad. No sabemos mucho acerca de la explotación de estas minas durante el siglo V, pero en cambio para el IV disponemos de una información más precisa, aunque llena de lagunas: tales como las alusiones de los oradores, el panfleto de Jenofonte sobre los *Ingresos*, y las listas sobre las concesiones mineras para los años 367-366 a 307-306 y quizás incluso un poco más tarde. El Estado se reservaba la propiedad de las minas, pero en vez de explotarlas directamente por su propia cuenta, arrendaba las concesiones a particulares (al parecer, todos ciudadanos) por períodos y sumas que variaban según el tipo de mina explotada (los detalles son muchas veces inseguros). Si bien algunos concesionarios explotaban personalmente las minas, por lo general se recurría a mano de obra servil. En los períodos de explotación más intensa pudo haber varias decenas de miles de esclavos que trabajaban en el Laurion, y entre ellos se contaban numerosos esclavos tracios y paflagonios originarios de regiones mineras. Según las inscripciones parece que

los concesionarios eran siempre ciudadanos atenienses. Entre los nombres conocidos se encuentran numerosos e importantes personajes de la vida política y social de la Atenas del siglo IV. Un concesionario con suerte podía hacer fortuna con ellas, pero siempre existía un elemento de riesgo en empresas de este género y la explotación de las minas podía variar en intensidad según las condiciones políticas y económicas.[16]

Los impuestos

La principal fuente de ingresos para la mayoría de las ciudades griegas fueron, por supuesto, los impuestos. El uso que de ellos hicieron los Estados griegos es revelador, no sólo de su mentalidad económica, sino también del sistema de valores en el que se basaba la ciudad griega.

Las tasas directas y regulares sobre los bienes de los ciudadanos y, principalmente, sobre las personas, solían ser evitadas, y eran sentidas como una degradación. Sólo los tiranos recurrirán a veces a ellas, pero los Estados de constitución republicana las abolirán rápidamente. En cambio no habrá ningún escrúpulo en imponer tasas directamente sobre los no ciudadanos. Así, como ya hemos visto (véase el capítulo 5), los metecos de Atenas estaban obligados a pagar regularmente un impuesto especial, el *metoikon*, tasa sin duda modesta, pero que servía para simbolizar la inferioridad de su condición con relación a la de los ciudadanos.

Pero si los impuestos regulares sobre los ciudadanos y sus bienes eran considerados inaceptables, el Estado debía sacar partido, a pesar de todo, de la riqueza de sus miembros: en las ciudades griegas era admitido que una de las obligaciones morales de los ciudadanos ricos fuera la de gastar sus riquezas para el bien público. Aunque no era una ley escrita, esta obligación no carecía por ello de vigor ni se la dejaba de sentir con fuerza, de modo que resultaba totalmente imposible de evitar. Por esta vía a través del civismo y del revertimiento en la comunidad, el Estado podía utilizar para sus propios fines la fortuna de sus miembros más ricos. En Atenas, los ciudadanos (y los metecos) estaban obligados, según sus respectivas fortunas, a asumir *liturgias* (literalmente: servicios para la comunidad), tales como la trierarquía —en la que el Estado proporcionaba las trirremes, mientras que los trierarcos debían encargarse de su mantenimiento y mando—, o la coregía —en la que los coregos tenían que

16. Véanse Hopper, R. J., «The Attic Silver Mines in the Fourth Century B. C.», *Annual of the British School in Athens*, 48, 1953, págs. 200-254; *Id.*, «The Laurion Mines: a Reconsideration», *Ibidem*, 63, 1968, págs. 293-326.

contratar, entrenar y pagar un coro para los grandes concursos dramáticos—. Durante el siglo IV había más de un centenar de liturgias civiles regularmente establecidas, sin contar con las liturgias militares, cuya frecuencia variaba.[17] A pesar de los gastos, muchas veces importantes, que ocasionaban las liturgias, no se trataba de servicios estrictamente de carácter económico, sino de servicios cívicos de carácter honorífico. Se dará, pues, con frecuencia el caso de que un ciudadano o un meteco rico asuma más liturgias de las necesarias, y haya de cumplir sus funciones con la mayor munificencia posible, para demostrar su entrega y devoción a la comunidad. Ante los tribunales los acusados no disimularán nunca sus intentos de influir en el veredicto de los jueces, haciendo valer todos los servicios que hayan podido hacer a la comunidad mediante sus liturgias.

Los impuestos indirectos, en cambio, fueron utilizados muchas veces por los Estados griegos y constituyeron una de sus principales fuentes de ingresos. Lo característico en este caso es la ausencia casi total de cualquier tipo de discriminación entre ciudadanos y no ciudadanos en la percepción de estos impuestos (una excepción es la que constituye la tasa pagada por los extranjeros para comerciar en el ágora de Atenas; no sabemos si los metecos también se vieron afectados por este impuesto). El Estado gravará de diferentes maneras la actividad económica en todas sus formas, sin preocuparse nunca por saber si desfavorece o no a los ciudadanos. En 413, por ejemplo, a los atenienses, que atravesaban dificultades financieras debido a la guerra del Peloponeso, se les ocurrió la idea de aumentar sus ingresos aboliendo el tributo anual que percibían de sus aliados de la liga de Delos, y reemplazarlo por un gravamen del 5 % sobre todo el comercio que transitara por cualquiera de los puertos del imperio ateniense; luego, entre 390 y 387, intentaron de nuevo imponer esta misma tasa a sus aliados. Dicho impuesto afectaba indistintamente a los atenienses, a sus aliados y a todos los demás, tanto griegos como bárbaros, es decir, a cuantos comerciaran en esta esfera de influencia. Por lo general, parece que antes de la época helenística los impuestos sobre la actividad económica tenían tan sólo un objetivo fiscal, a saber, el de asegurar los ingresos de la ciudad. La idea de erigir unas barreras aduaneras que protegieran la industria o el comercio «nacionales», probablemente ni siquiera se les ocurrió. Podemos verificar una vez más por este trámite cómo los intereses económicos de los ciudadanos no fueron nunca a los ojos del Estado intereses de ciudadanos productores, sino tan sólo intereses de ciudadanos consumidores.

Hemos visto que la explotación de la actividad económica con

17. Véase Davies, J. K., «Demosthenes on Liturgies: a Note», *Journal of Hellenic Studies*, 87, 1967, págs. 33-40.

60

fines fiscales se remonta a la época arcaica (véase el capítulo 3). Durante la época clásica, Atenas llevará adelante estos métodos con tanto más éxito cuanto que, gracias al desarrollo del poderío ateniense tras las guerras Médicas, el Pireo se convirtió no sólo en el puerto militar más importante de toda la costa del Mediterráneo, sino también en el mayor centro económico de la zona. El poderío y la prosperidad de Atenas arrastraban hasta él a comerciantes venidos de todas partes en busca de un mercado en el que podía venderse y comprarse de todo. Las fuentes atenienses de época clásica subrayan indefectiblemente la variedad de todos los productos extranjeros que se podían encontrar en Atenas. Incluso tras el desastre de la guerra del Peloponeso, el Pireo mantuvo su papel de gran centro económico, y en parte ello fue lo que permitió a Atenas superar los momentos más graves de la crisis financiera que sucedió a la guerra del Peloponeso. El principal impuesto del Pireo era la tasa por un valor de la cincuentava parte (el 2 %) que se aplicaba a todos los productos, tanto importados como exportados, cualquiera que fuera su origen.[18] Se percibían otros impuestos sobre las mercancías vendidas en el ágora de Atenas, sobre los extranjeros que llegaban allí a comerciar, sobre las ventas por parte del Estado de bienes que le pertenecieran (por ejemplo, de bienes confiscados), etcétera.

Control de la actividad económica

La percepción de todos estos impuestos indirectos estaba asegurada por lo general gracias a los arrendatarios privados. El montante era subastado por el Estado (como ocurría con la tasa de la cincuentava parte del Pireo). Pero, también existían una serie de magistraturas que se ocupaban de la actividad económica en general, tales como los agoránomos, en la Atenas del siglo IV, los metrónomos, los sitofílaces y los inspectores del puerto comercial, magistrados que ejercían diversas funciones. Algunos, como ya hemos visto, vigilaban el aprovisionamiento de trigo (los sitofílaces y los inspectores del puerto), otros se ocupaban, con carácter más general, de la policía en los mercados; no vemos en ellos ninguna preocupación estrictamente económica, sino un simple interés por la vigilancia y el orden. Corresponde, sin duda, a este mismo interés por el orden, la práctica, atestiguada muchas veces,[19] del establecimiento de mercados especiales y por temporadas fuera de la ciudad, cuando llegaban de paso ejércitos extranjeros que solicitaban su revituallamiento. En algunos Estados oligárquicos el afán por controlar la

18. Véase el texto n.º 91.
19. Por ejemplo Tucídides, VI, 44, 2-3; Jenofonte, *Anábasis*, V, 5, 14-19.

actividad económica obedecía a veces a móviles más profundos, pues de lo que se trataba era de dominar la propia actividad económica. Por ejemplo, en Tesalia las diferentes funciones del ágora (en su origen, el lugar de reunión de la comunidad antes de convertirse en centro económico) se separan deliberadamente: hay un ágora «libre», reservada a la actividad cívica y política, de la que queda excluida cualquier función de índole económica, que se concentrará en un ágora especial, la comercial. En los filósofos volverán a encontrarse estos mismos principios: Aristóteles se apropia esta división entre ágora «libre» y ágora comercial, y Platón en sus *Leyes* prescribe que sólo se reciba a los comerciantes extranjeros fuera de la ciudad y que se procure mantener el mínimo contacto con ellos.[20] Respecto a ello resurgen de nuevo los viejos prejuicios, dirigidos en parte contra la actividad económica como tal, y en parte contra el extranjero y contra todo riesgo de influencias nefastas que de su contacto puedan derivarse.

Las ciudades griegas y la moneda

Abrimos ahora un breve paréntesis acerca de la política monetaria de los Estados griegos. Ya se ha visto anteriormente los comienzos de la acuñación en Grecia durante la época arcaica; cualesquiera que fueran los móviles «económicos» que participaran en ella, es probable que existieran también otros, de índole «no económica». En época clásica el uso de la moneda se extiende cada vez más y en Atenas, durante el siglo IV, todos los valores se expresarán en dinero. Sin embargo la moneda conservará siempre unas características que no podrán calificarse de estrictamente económicas: la posesión de una acuñación autónoma es un símbolo de independencia política, y el derecho de cuño constituye, por supuesto, un privilegio del Estado. Cuando Atenas intenta imponer en el siglo V a los miembros de su imperio el uso de su propio sistema de pesos, medidas y monedas de plata, probablemente se trata de una medida política, y no de la necesidad de desarrollar un imperialismo económico y comercial cualquiera, como se ha venido diciendo. Por regla general, la mayor parte de las ciudades griegas no pretendían ni podían imponer sus monedas en el extranjero (incluso Atenas sólo consiguió un éxito limitado en su intento). La popularidad y la circulación de monedas en el extranjero eran, pues, consecuencia de unos factores que escapaban al control del Estado. Una ley de Olbia[21] sobre la moneda durante el siglo IV prescribe, entre otras normas, el uso

20. Véanse los textos números 123 y 125.
21. Véase el texto n.º 99.

61

obligatorio y único de las monedas de Olbia para todas las transacciones que se realicen dentro de la ciudad; de nuevo en este caso el móvil es más bien el orgullo cívico que el cálculo estrictamente económico. Además la ley de Olbia se contenta con prescribir una cuota fija para el cambio de las monedas de la ciudad por los estateres de Cízico. Todo lo demás, la importación y exportación de todas las monedas, extranjeras o locales, y su cotización al cambio, se deja a la iniciativa de los particulares.

Imperialismo y tributo

Al margen de las diversas prácticas fiscales, queda todavía otra fuente de ingresos de los Estados griegos: se trata simplemente de la explotación con fines económicos por parte de las ciudades más poderosas de su superioridad política y militar. El «imperialismo» es la consecuencia natural de los datos que hemos analizado: la no valorización del trabajo y de la actividad económica, la aceptación, en una forma u otra, de la guerra como medio de adquisición, la concepción de que la manera ideal, de vivir, del ciudadano fuera a expensas del Estado, todo ello contribuía a que el imperialismo fuera aceptado como un estado permanente de las relaciones entre las ciudades. No habría nada tan normal como el intento de que los extranjeros soportaran un fardo que los ciudadanos habrían preferido no tener que aguantar sobre sus propias espaldas.

A primera vista podríamos caer en la tentación de ver en esta manera de pensar una contradicción con el ideal de libertad y autonomía: ¿cómo podía conciliar un griego la voluntad de libertad de un Estado con el imperialismo ejercido a expensas de los demás Estados? Sin embargo, para los griegos no existía necesariamente contradicción alguna. Pues bien, ¿cómo definían ellos de hecho la libertad de un Estado? La respuesta viene dada a través de la literatura griega durante varios siglos: la libertad de un Estado no consiste sólo en la ausencia de toda dominación extranjera, sino asimismo en la posibilidad de imponer a otros la propia dominación. Como en la antítesis entre libres y esclavos, los dos extremos no son irreconciliables, sino complementarios e interdependientes: no se concibe la plena libertad sin la dominación del prójimo.[22]

Las ciudades más poderosas intentarán, pues, imponer su dominación a las demás ciudades. En ocasiones sólo se tratará de una dominación política y militar, que no implicaba que la ciudad dominante intentara automáticamente sacar ventajas económicas de su

22. Véase Larsen, J. A. O., «Freedom and Its Obstacles in Ancient Greece», *Classical Philology*, 57, 1962, págs. 230-234.

supremacía. Tal es el caso de la «liga peloponesia» dominada por Esparta, constituida a lo largo de la segunda mitad del siglo VI. Se trataba fundamentalmente de una alianza militar permanente destinada a asegurar el equilibrio en el Peloponeso, y los Estados miembros de ella no pagaban ningún tributo a Esparta ni aportaban ninguna contribución al tesoro de la Liga. Una forma especial que adoptaban ciertas dominaciones era la de una metrópoli sobre sus colonias; tal es el caso del imperio colonial establecido por los tiranos de Corinto a principios del siglo VI, y los vínculos que esta ciudad entabló con sus colonias durará aún en época clásica. Lo mismo ocurre también con la dominación establecida por Sínope sobre sus colonias en la costa meridional del mar Negro; estas colonias estaban también obligadas a pagar un tributo a su metrópoli.

Pero la dominación (*arche*) más importante de la historia de Grecia en época clásica es evidentemente la de Atenas. La «liga de Delos», fundada en 478-477 y que agrupaba a numerosas ciudades griegas del Egeo, se transformó lentamente en un imperio ateniense, proceso que llegó a su término con la paz de treinta años de 446-445, que consagró la división del mundo griego en dos bloques, uno dominado por Esparta y otro por Atenas. El imperio duraría hasta la capitulación de esta última en 404 al final de la guerra del Peloponeso.[23]

Una tradición que se remonta al siglo IV y que vuelve a aparecer en Plutarco pretende que los hombres de Estado atenienses de la primera generación de la historia de la Liga habrían sido hostiles al desarrollo del imperialismo de Atenas a expensas de sus aliados. En particular, Cimón habría intentado defender los intereses de los aliados y fueron sólo los hombres de Estado de la generación siguiente, y sobre todo los «demagogos» que sucedieron a Pericles, los que se mostraron duros con sus súbditos. Sin embargo, este planteamiento puede parecer artificial. No quedan ecos de divergencias de opinión entre los dirigentes atenienses acerca de la Liga (mientras que las rivalidades personales y los conflictos de la política interna y de la exterior no faltaron en esta época). El propio Cimón dirigió durante algún tiempo las operaciones contra Tasos, que se había rebelado contra Atenas en 465-463. El conflicto afectaba a intereses estrictamente atenienses y difícilmente se podía justificar desde el punto de vista de la Liga.[24] Hasta los años 440, tras la muerte de Cimón, y al acabar las hostilidades entre Atenas y el imperio persa (Paz de Calias, ¿en 449?) no se suscitó la cuestión del tributo de los aliados por Tucídides, hijo de Melesias, en su lucha contra Pericles. Con todo, hay que tener en cuenta los límites de su programa:

62

23. Véase ahora la síntesis fundamental de R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972.
24. Véase Tucídides, I, 100, 2.

a decir verdad, Tucídides no era el campeón de los aliados, como se ha venido diciendo; su ataque contemplaba tan sólo el empleo que Atenas hacía del tributo de los aliados para financiar sus construcciones públicas y no proponía la disolución de la Liga al acabar las hostilidades contra Persia. De todas maneras, los atenienses se colocarán en su mayoría del lado de Pericles; Tucídides fue condenado al ostracismo en 443, y durante largos años Pericles no tuvo rival a la cabeza del Estado ateniense. Da la impresión de que durante casi toda la historia del imperio de Atenas la mayoría de los atenienses, tanto los ricos como los pobres, aceptaron con toda naturalidad la existencia del imperio y las ventajas que de él se desprendían (tributo, cleruquías,[25] explotación económica por parte del Estado y de particulares, etc.). Incluso la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso no parece que trajera consigo inmediatamente un cambio radical de opinión. En los primeros decenios del siglo IV los atenienses intentarán reconstruir de una u otra forma su imperio del siglo V. Sólo a lo largo del siglo IV se cuestionará la legitimidad del imperialismo como tal, o al menos el imperialismo dirigido contra otros griegos, a causa de los profundos cambios provocados por la crisis del mundo griego.

25. Para un ejemplo específico de esta explotación, véase Gauthier, Ph., «A propos des clérouquies athéniennes du Ve siècle», *Actes du Colloque de Royaumont* (en prensa).

CAPÍTULO 7

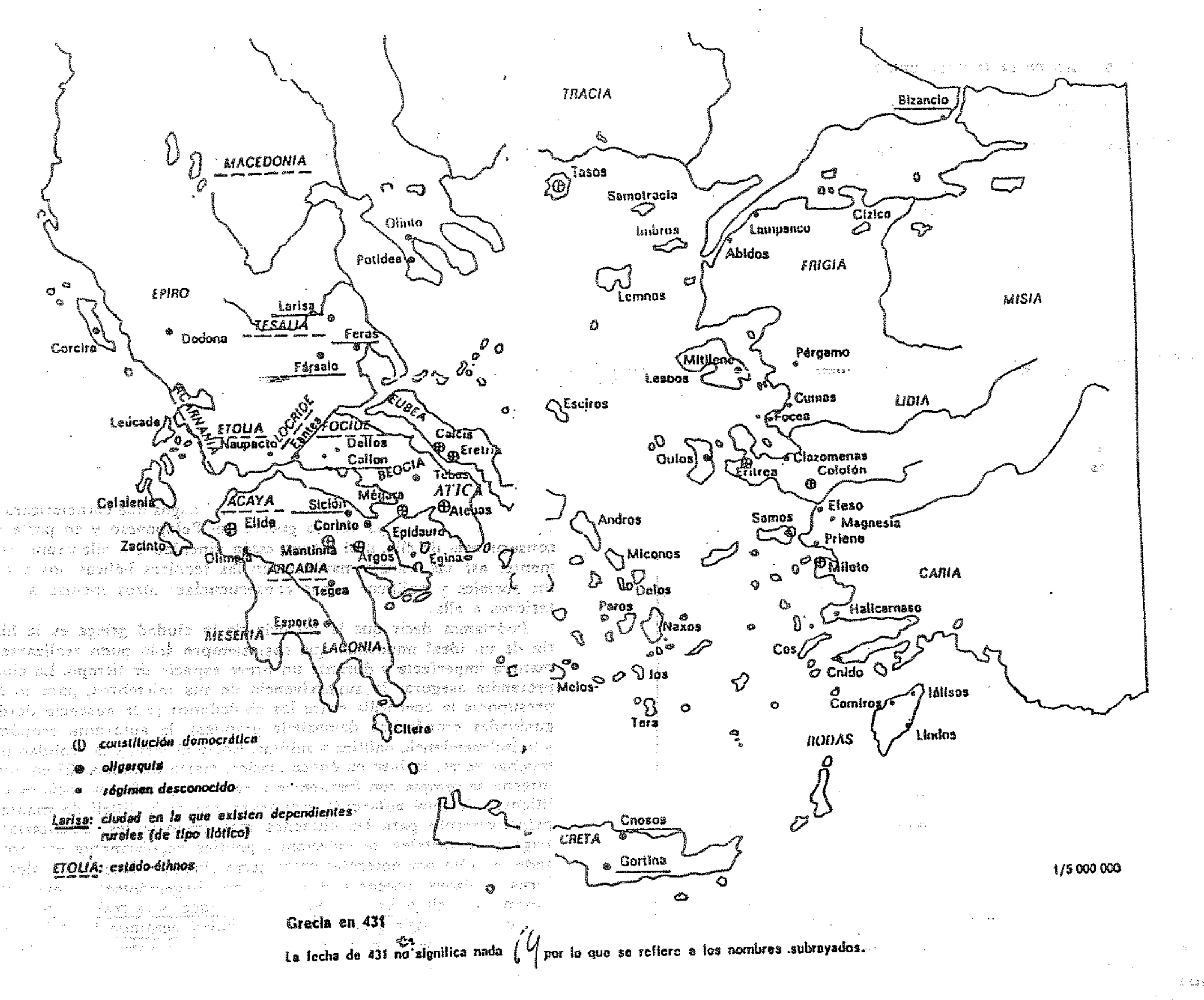
LA EPOCA DE LAS CRISIS

La guerra del Peloponeso y la historia de Grecia

La guerra del Peloponeso significó un giro decisivo en la historia de Grecia, tanto si la consideramos en sus aspectos políticos y militares, como si lo hacemos desde los sociales o económicos. Indica en efecto la decadencia de la ciudad como marco esencial de la civilización griega, y su sustitución durante el siglo IV por nuevos marcos, en particular por la monarquía, que será la forma que predominará en la época helenística. Varios de los rasgos que caracterizarán el siglo IV, se dibujan ya con la guerra del Peloponeso y en parte son consecuencia de ella, o al menos están vinculados a ella cronológicamente: así, las transformaciones en las técnicas bélicas, los conflictos sociales y políticos y sus consecuencias; otros incluso son anteriores a ella.

Podríamos decir que la historia de la ciudad griega es la historia de un ideal imposible que casi siempre sólo pudo realizarse de manera imperfecta y durante un breve espacio de tiempo. La ciudad pretendía asegurar la supervivencia de sus miembros, para lo cual presuponía la concordia entre los ciudadanos (y la ausencia de desigualdades económicas demasiado grandes), la autarquía económica y la independencia política y militar. Entre el ideal y la realidad hubo muchas veces, incluso en época clásica, cierta distancia. El equilibrio interno se rompía con frecuencia a causa de conflictos sociales y políticos, y la total autarquía económica era muy difícil de mantener, principalmente para las ciudades más importantes, deficitarias de trigo y de metales; la autonomía política regularmente era amenazada, no sólo por potencias extranjeras (Persia, Macedonia), sino por otras ciudades griegas con ambiciones hegemónicas, como Atenas durante el siglo V. La distancia entre el Ideal y la realidad se ampliará durante el siglo IV, y si bien la ciudad continuará existiendo en la época helenisticorromana, su importancia respecto a los siglos anteriores disminuirá.

63



Grecia en 431

La fecha de 431 no significa nada (14) por lo que se refiere a los nombres subrayados.

La guerra en el siglo IV

Si algo caracteriza al siglo IV es ante todo la guerra. El estado de guerra se convierte casi en permanente. De 431 a 338, es decir, durante casi un siglo, el mundo griego conoció casi constantemente la guerra generalizada, al margen, por supuesto, de los conflictos locales. Las causas de este estado de guerra son múltiples. En primer lugar debe citarse el fracaso del imperialismo hegemónico, que en Atenas logró triunfar durante el siglo V, pero que en el IV se desmorona a causa de una serie de intentos más o menos desafortunados que agotan a los Estados griegos, sin que de ello resulte una salida clara.

En 404, Atenas capitula ante Esparta y su imperio tiene que disolverse: pero no por ello dejará de intentar su reconstrucción desde comienzos del siglo IV. Interrumpida por la paz del Rey (387-386), reemprenderá su intento, que desembocará en la formación de una nueva liga marítima en 378: al principio, la empresa logró algunos éxitos, pero, aunque la liga no se disolvió hasta 338, pronto decayó sin llegar a alcanzar nunca el poder imperialista del siglo V.

Esparta, que sucede a Atenas en 404 como primera potencia del mundo griego, declinó de modo mucho más brutal; las fuentes antiguas datan incluso su decadencia desde la propia consecución de su imperio, como su derivación directa. El sistema espartano, tan rígido y cerrado en sí mismo, no logra adaptarse al gobierno de un imperio que desborda ampliamente el marco del Peloponeso. Con la victoria de 404 se pone a prueba todo el sistema. La riqueza que proporcionaba el imperio viene a agravar las desigualdades sociales y las tensiones ya existentes, y favorece la concentración de la propiedad en un número cada vez más restringido de ciudadanos de pleno derecho. Como quiera que los Iguales forman la base del ejército espartano, el poderío militar de Esparta disminuye. Las fuentes contemporáneas hablan asimismo de una decadencia general de las tradiciones espartanas, explicación, sin duda, demasiado moralista, pero consecuencia que se convirtió a su vez en causa. Poco después de su fundación, el imperio de Esparta se tambalea; se restablece durante un tiempo gracias a la alianza con Persia (paz del Rey), pero pronto empieza a resquebrajarse, y en la batalla de Leuctra de 371 será definitivamente derrotado. Desde esa fecha Esparta no será más que una ciudad de segunda fila, limitada en sus actividades al Peloponeso, sobre el que no recuperará el dominio que tuvo antaño.

A Esparta le sucede Tebas, la rival que acaba de derrotarla. Durante unos diez años, Tebas intentará desempeñar el papel de Esparta por tierra y durante un breve espacio de tiempo el de Atenas por mar. Este nuevo intento hegemónico no será más afortunado que

los anteriores: en la batalla de Mantinea de 362, la muerte del general Epaminondas impedirá que Tebas obtenga algún provecho de su victoria y acabará frenando su expansión. El historiador Jenofonte comenta desencantado la batalla en los siguientes términos: «Concluida esta batalla, ocurrió lo contrario de lo que todos los hombres creían que iba a ocurrir. Pues cuando estaba concentrada y enfrentada casi toda Grecia, no había nadie que no creyera que, si se producía una batalla, los que vencieran se convertirían en amos y los vencidos serían sus súbditos; mas los dioses obraron de tal modo que ambos contendientes erigieron un trofeo como vencedores, sin que ninguno de los dos intentara impedir que el otro se erigiera; ambos devolvieron como vencedores los cadáveres, según la tregua acordada, y según ella, como derrotados, ambos los recogieron, y aunque cada uno afirmó que había vencido, ninguno de los dos obtuvo nada nuevo con la batalla, ni en territorio, ni en ciudades, ni en imperio. En consecuencia, hubo en Grecia mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes».[1] Pronto se perfilará en el norte una nueva potencia, Macedonia: el horizonte político del siglo IV se amplía, y las antiguas potencias encontrarán cada vez mayor competencia, en un proceso que continuará desarrollándose en la época siguiente. En veinte años aproximadamente, Filipo de Macedonia se hará dueño del mundo griego y proyectará la conquista de Asia que luego llevará a cabo su hijo Alejandro. La hegemonía ejercida por las ciudades sobre partes más o menos extensas del mundo griego pasa a mejor vida y deja sitio a la hegemonía de las grandes monarquías que dominarán durante la época helenística.

Desarrollo de las técnicas militares

Otra característica del siglo IV, en parte vinculada a la anterior, pero también consecuencia de otros factores, es la especialización de la guerra y el desarrollo de nuevas tácticas militares. Hasta finales del siglo V, en la Grecia de las ciudades ser soldado no es por lo general asunto de especialistas, sino que es una de las funciones del ciudadano. El caso de Esparta, donde los ciudadanos de pleno derecho forman una casta militar de élite, es una excepción; de cualquier forma, los espartanos no detentaban en absoluto el monopolio de la función guerrera, ya que los periecos y los ilotas participaban también en la guerra. Las técnicas de combate por tierra se establecen por lo general y en lo esencial en el siglo VII y prácticamente no experimentan variación alguna durante largo tiempo; ello supone un predominio de la formación hoplítica de infantería pesada, poca

1. *Helénicas*, VII, 5, 26-7, trad. (corregida) según O. Guntiñas, Madrid, 1977.



importancia de la caballería y de la infantería ligera, y carencia de una auténtica técnica de asedio. El combate hoplítico refleja las condiciones económicas, sociales y políticas de las ciudades griegas, y en torno a él se elabora un sistema de valores que contribuye a perpetuarlo. El combate por mar, en cambio, evolucionará con mayor rapidez, gracias al ejemplo de la Atenas del siglo v, cuyos marinos alcanzan un nivel de habilidad técnica desconocido hasta entonces. Pero la Atenas del siglo IV no logra reconstruir totalmente su antigua supremacía naval y de hecho la mayor parte de los conflictos importantes de este siglo se dilucidarán por tierra, de modo que las grandes innovaciones aparecerán rápidamente en las técnicas del combate por tierra.

A partir de la guerra del Peloponeso, la infantería ligera, desatendida hasta entonces, adquiere mayor relevancia. Se desarrollará en el siglo IV, y las formaciones de «peltastas» (soldados defendidos por un pequeño escudo redondo, la *pelte*) profesionales desempeñarán un papel muy eficaz en la guerra por tierra (derrota de un batallón de hoplitas lacedemonios en Lequeon en 390 por obra de los peltastas atenienses al mando del general Ifícrates).[2] La técnica de los asedios hace también su aparición de forma notable, primero en Sicilia con la tiranía de Dionisio el Viejo (toma de Motia en 392),[3] que la aprendió tal vez de los cartagineses. Más tarde, Filipo de Macedonia y sobre todo Alejandro desarrollarán estas técnicas. Hace también su aparición una literatura técnica sobre el arte de la guerra (escritos de Jenofonte, Eneas Táctico).

La historia de los *strategoi* en Atenas ilustra esta evolución hacia una especialización mayor en el arte de la guerra. Durante casi todo el siglo v el estratego ateniense no es forzosamente un militar especializado, aunque su función esencial sea la de mandar el ejército o la flota atenienses. El puesto de estratega es sencillamente el cargo que desempeñarán en Atenas todos los que quieran tener un papel político de importancia en el Estado (al menos hasta la muerte de Pericles): Pericles, que fue *strategos* cada año desde 443 a 429, no tenía nada de gran general. La guerra hoplítica podía prescindir casi totalmente de mandos militares especializados (en cambio, la guerra por mar, tal como la desarrollaron durante esta misma época los atenienses, exigía claramente una técnica especializada). A partir de la guerra del Peloponeso se empiezan a vislumbrar los comienzos de una especialización mayor de las funciones: los «demagogos» formulan en Atenas la política del Estado y su ejecución se confía a otras personas. Los estrategas se convierten cada vez con mayor frecuencia en militares especializados. A lo largo del siglo IV la separación

2. Jenofonte, *Helénicas*, IV, 5, 12-17.
3. Diodoro Sículo, XIV, 47-53.

será total: los oradores que dirigen los asuntos del Estado (como Demóstenes) ya no son *strategoi*, y éstos (como Ifícrates y otros) son solamente comandantes profesionales.

Particularmente grave para la historia de la ciudad es el considerable desarrollo que toma el mercenariado durante el siglo IV. El fenómeno tiene múltiples causas: disturbios sociales y empobrecimiento de las masas, a las cuales les queda como único recurso la venta de su fuerza física a quien la quiera emplear, en un proceso que se halla vinculado al permanente estado de guerra que devasta los campos y recae en el pequeño campesinado; disturbios políticos y revoluciones internas que motivan numerosos exilios; ausencia de la válvula de escape natural de la colonización que habría podido actuar de válvula de seguridad; como ocurriera en la época arcaica, en la que el mercenariado, si existía, no parece que conociera la amplitud que alcanzará en el siglo IV; desarrollo de monarquías militares que crean una demanda de soldados profesionales; demanda asimismo en Oriente Próximo (del Imperio persa, del Egipto sublevado) de soldados y de comandantes griegos, cuya superioridad es evidente, y por último especialización de la guerra, que incentiva el desarrollo del oficio de mercenario. No se trata, desde luego, de una novedad del siglo IV.[4] Algunos pueblos, como los arcadios, fueron, incluso regularmente, mercenarios desde antiguo. Pero el fenómeno alcanza desde finales del siglo v dimensiones desconocidas e inquietantes (así, los Diez Mil al servicio del príncipe persa Ciro en 401-400) y se irá agravando a lo largo del siglo IV. Los mercenarios griegos se contarán por diez millares. Entran así en escena numerosos pueblos que sólo parcialmente habían tenido contacto con la civilización de la *polis*. Esta continúa siendo un modelo eficaz, como lo prueban las creaciones en 369 y 368 de Mesenia y Megalópolis, esta última capital del Estado federal de los arcadios. Pero para millares de hombres venidos de las regiones pobres de Grecia el mercenariado es la única forma posible de promoción social, antes que las conquistas de Alejandro hagan de ellos ciudadanos de las nuevas ciudades de Asia o clerucos de Egipto. Para millares de hombres también el ejército constituye una ciudad, a veces la única que conocen.

Estos mercenarios existen en todas partes: en las ciudades griegas, en las monarquías militares de Sicilia, entre los cartagineses, en el Imperio persa, tanto al servicio del Gran Rey como al de sus sátrapas o de las provincias sublevadas (Ciro, Evágoras de Chipre, Egipto). No por ello, desde luego, desaparecen los ejércitos de ciudadanos. Eneas Táctico supone todavía la existencia de ejércitos cívicos. Pero las consecuencias serán a largo plazo fatales para las ciu-

4. Véase Parke, H. W.: *Greek Mercenary Soldiers*, 1933; Aymard, A., «Mercenariat et histoire grecque», *Études d'histoire ancienne*, 1967, págs. 487-498.

66

dades griegas: poco a poco perderán el control de la función militar. Los mercenarios y sus comandantes son extraños a la ciudad: no deben ninguna lealtad a quienes les dan empleo, y además cuesta mucho mantenerlos. Es un lujo que la mayoría de los Estados griegos no se puede pagar. El caso de los focidios que en 356-346 reclutan un gran ejército de mercenarios es excepcional: de hecho, habían recurrido a los tesoros del santuario de Delfos. Por lo general, sólo los grandes monarcas, ya sean o no griegos, disponen de los recursos necesarios para emplearlos con eficacia a gran escala.

Frente a estas novedades en la vida militar los contemporáneos reaccionan de muy diversas maneras. Para Isócrates, se trata esencialmente de un problema social. Hay que trasladar a todos los mercenarios errantes en las tierras conquistadas al Imperio persa, resolviendo así las dificultades fundamentales del mundo griego. Para Demóstenes, la transformación de las técnicas de la guerra, es un motivo más para añorar un pasado que él se niega a creer definitivamente perdido. Finalizada la batalla de Queronea (338), que acaba con la independencia de Grecia, se asiste a una reacción arcaizante por parte de Atenas: el servicio militar que los jóvenes atenienses (los efebos) efectúan entre los 18 y los 20 años, existente, sin lugar a dudas, ya anteriormente y que debe datar de una muy remota antigüedad (y que probablemente en su origen fue un rito de pasaje que marcaba la transición de la adolescencia a la edad adulta), pero que en época clásica tenía la función de preparar para el combate hoplítico, pues bien, dicho servicio será reorganizado en ese momento bajo la dirección del Estado.[5] Los filósofos reconocen la importancia de la evolución de las técnicas militares, pero vacilan en sacar de ello todas las conclusiones debidas. Aristóteles, tras dar testimonio de la importancia de cierta especialización en la guerra, se atiene, con todo, a la noción de un ejército de ciudadanos.[6] Platón, tras admitir en la *República* los nuevos aspectos que la guerra adoptara en el siglo IV, y postular la necesidad de un ejército especializado en la ciudad ideal,[7] en las *Leyes* vuelve a la idea del soldado ciudadano.[8] La evolución de la historia de Grecia demostrará pronto el fracaso de esta noción, y por lo tanto el fracaso de la ciudad.

5. Véanse Pélékidis, Ch.: *Histoire de l'éphébie attique*, París, 1962; y el citado estudio de Vidal-Naquet, P., «Le chasseur noir et les origines de l'éphébie athénienne», véase nota 43 del capítulo 1.
6. *Política*, VII, 1328 b 5 hasta 24; 1329 a 2 hasta 18.
7. *República*, II, 374 a sigs.
8. *Leyes*, VIII, 829 a 835 d.

Conflictos sociales y empobrecimiento de las masas

Uno de los rasgos esenciales del siglo IV y también una de las principales causas de los disturbios que por entonces vive la ciudad es la difusión de los conflictos sociales (la *stasis*) entre pobres y ricos o, con mayor exactitud, entre propietarios y no propietarios. Como el mercenariado, una de cuyas principales causas constituye, la *stasis* hace una brutal aparición en el transcurso de la guerra del Peloponeso. La oposición entre Esparta y Atenas, equivale en parte a la oposición entre democracia y oligarquía, y también entre las dos clases sociales que dirigían ambos regímenes. A lo largo del siglo IV se irá ahondando el abismo abierto entre ricos y pobres. Las aspiraciones igualitarias implícitas en la noción de ciudadano agravan las tensiones, de modo que las desigualdades sociales se sienten más a flor de piel; por otra parte, el principio de igualdad es en sí mismo ambiguo y se presta a controversia. En numerosas ciudades se suceden revoluciones, exilios y confiscaciones, sin que se alcanzara nunca una salida airosa, mientras que con frecuencia se repetía el *slogan* del reparto de tierras. La derrota de Esparta en Leuctra en 371 fue el detonante para que estallaran una serie de revoluciones democráticas en el Peloponeso, acompañadas de matanzas y destierros de ricos. En Sicilia, fue necesaria la tiranía de Dionisio el Viejo para acabar con una situación de *stasis* crónica. A la caída de Dionisio el Joven reapareció la *stasis*. La situación se agravará progresivamente en una gran parte del mundo griego. La Liga de Corinto, formada en 338 bajo la égida de Filipo de Macedonia, tiene el objetivo fundamental de poner fin a cualquier forma de subversión y de disturbios internos en las ciudades griegas y es la primera vez que un tratado entre griegos contiene este tipo de cláusula. La obra de Eneas Táctico, conocida con el título de *Poliorcética*, refleja este mismo temor a la subversión interna. Todos los filósofos y pensadores políticos, sin exclusión, del siglo IV estuvieron preocupados por el problema de la *stasis* y de la concordia interna entre los miembros de una misma ciudad, condición fundamental para la vida de la comunidad. Aristóteles le consagra todo un libro de la *Política*. Platón en los libros VIII y IX de la *República* traza un cuadro sorprendente de la decadencia de los Estados, cuadro en parte abstracto y teórico, pero que refleja numerosos aspectos de la Grecia del siglo IV. En él los factores económicos desempeñan un papel determinante, pero totalmente negativo. El oro, ausente de la ciudad ideal, la invade poco a poco y el ansia de lucro conduce a la destrucción interna de los Estados, al dividirse las comunidades en grupos rivales de ricos y pobres.

La crisis no tiene, desde luego, la misma gravedad en todas par-

tes. A pesar de las tensiones internas, de su fracaso en el exterior y de la pérdida de Mesenia tras la batalla de Leuctra, Esparta no conocerá ninguna revolución social antes de la época helenística. La conspiración de Cinadón de 397 fracasa y no volverá a intentarse. En particular Atenas escapa a los peores trastornos, las luchas entre ciudadanos. Si bien es cierto que la guerra del Peloponeso había causado ya grandes estragos, con graves pérdidas humanas y la desaparición de los ingresos que proporcionaba el Imperio.

La estrategia de Pericles de abandonar el territorio en manos del enemigo y concentrar a la población rural dentro de los Muros Largos durante los períodos de invasión era la consecuencia lógica, como ha demostrado Yvon Garlan,[9] de una política de fortificación del espacio urbano llevada a cabo por Temístocles, y consecuencia también de la primacía efectiva —a pesar de los orígenes— de la ciudad sobre el campo; ello trajo consigo unas consecuencias sociales enormemente graves.

Disponemos de numerosos testimonios contemporáneos acerca del empobrecimiento de los atenienses durante esa época; se vislumbra cierta tensión entre pobres y ricos, reforzada por los cambios en las actitudes políticas, pues muchos de los miembros de las clases acomodadas habían sido al principio solidarios de los Treinta. A pesar de la amnistía de 403, que en general fue aplicada, no se eliminaron las tensiones. Las pérdidas más graves sufridas durante la guerra del Peloponeso, con todo, fueron compensadas, pero Atenas no volvería a alcanzar nunca la prosperidad de antaño. Aunque carecemos de datos realmente precisos, parece ser que hubo cierto éxodo del campo a la ciudad, que puede que refleje un empobrecimiento de la clase campesina, aunque sea excesivo hablar de una auténtica concentración de la propiedad inmobiliaria en pocas manos.[10] Asimismo se incrementó el número de ciudadanos de la clase más pobre, la de los *thetes*, que poseían poca o ninguna tierra. Finalmente, puede decirse que en el siglo IV los ciudadanos pobres dependieron más que antes de las diversas formas de subsidio del Estado (los *misthoi*), y en especial del teórico (fondo para los espectáculos), que en la práctica era un fondo de subsidios a los ciudadanos más pobres. De nuevo en este punto la guerra del Peloponeso debió marcar un hito. ¿Qué recurso les quedaba realmente a los ciudadanos pobres que habían perdido sus tierras y habían venido a instalarse en la ciudad? El de expatriarse lisa y llanamente haciéndose mercenarios, ya que el tenaz mantenimiento en pleno siglo IV de actitudes «antibanáusicas», hizo que repudiaran, muy a menudo, el ejercicio de actividades económicas. Otra alternativa era recurrir a la generosidad del Estado. Al empobrecimiento de los ciudadanos de las clases inferiores corresponde la riqueza de una minoría que ostenta un lujo que llama la atención de sus contemporáneos.[11]

Citemos de paso una teoría moderna sobre el empobrecimiento de las masas en el siglo IV. Según el historiador ruso M. Rostovtzeff, una causa fundamental del empobrecimiento de Grecia en el siglo IV habría sido la relativa decadencia de las industrias griegas, motivada por la emancipación económica de numerosas regiones del mundo bárbaro que, hasta la fecha, habían estado entre los mejores clientes de Grecia. Dicha emancipación correspondería a un despertar del sentimiento nacional en los diversos pueblos, y habría traído consigo la decadencia de muchos artesanos griegos.[12] Esta teoría, aunque se recurre a ella con mucha frecuencia, tiene sus puntos flacos. Por un lado, la documentación es casi exclusivamente arqueológica y afecta sólo a objetos indestructibles, en particular la cerámica, y ésta no es una prueba infalible del nivel de la actividad económica de la ciudad productora. Además, la mayoría de datos se refieren a la industria de Atenas (en particular la cerámica), y sería tanto más peligroso querer generalizar, a partir del caso de esta ciudad, al conjunto del mundo griego, cuanto que es precisamente en Atenas donde parece que la crisis social alcanzó, con mucho, menor intensidad. Es probable que efectivamente se diera en Atenas cierto empobrecimiento de las clases inferiores, pero la ciudad no vivió en el siglo IV conflictos sociales del tipo que conocieron otros muchos Estados griegos. Parece ser que en esa época no se utilizó el *slogan* del reparto de tierras y de la condonación de las deudas, como se pueden hallar en otras partes. El restablecimiento de la democracia no fue el preludio de una victoria de clase, lo cual provocó el asombro y la admiración de Aristóteles:[13] «Ciertamente, los atenienses parecen haber actuado más hermosa y cívicamente que nadie, en particular y públicamente, respecto a las desgracias pasadas; pues no sólo borraron las acusaciones sobre los hechos anteriores, sino que incluso

9. Tesis inédita sobre la poliorcética griega.

10. Es una de las tesis fundamentales de la obra de Mossé, C., *La Fin de la démocratie athénienne*, París, 1962; el autor ha matizado luego su posición, véase *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1968, pág. 224, n. 7, y su estudio «Le statut des paysans en Attique au IVe siècle», *Actes du Colloque de Royaumont* (en prensa).

11. Sobre la economía y la sociedad atenienses de la época, véase la puesta al día de Humphreys, S. C., «Economy and Society in Classical Athens», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 39, 1970, págs. 1-26.

12. Rostovtzeff, M.: *Social and Economic History of the Hellenistic World*, I, Oxford, 1941, págs. 104-125 (trad. cast.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, Espasa Calpe, 2 vols., Madrid, 1967); Mossé, C.: *La Fin de la démocratie athénienne*, *op. cit.*, págs. 125-131; pero véase Humphreys, S. C., en *Parola del Passato*, 114, 1967, págs. 388-389.

13. *Constitución de los atenienses*, XL, 3.

el dinero que los Treinta habían recibido de los Lacedemonios para la guerra, lo devolvieron en común, aunque los tratados ordenaban que cada uno, los de la ciudad y los del Pireo, pagasen por separado, pensando que en esto debía comenzar la concordia. En cambio, en las demás ciudades, los demócratas vencedores no contribuyen con sus propiedades, e incluso someten la tierra a reparto».

Avances de la monarquía en los hechos y en las ideas

Otra característica del siglo IV es la reaparición de la tiranía en numerosas ciudades de Grecia, después de estar ausente de ellas y de su historia durante el siglo V (excepto en Sicilia, donde los tiranos se mantienen hasta la década de los 460). La reaparición de la tiranía se debe a múltiples razones, que varían según los lugares y las circunstancias. En general, una de las causas fundamentales es el desarrollo de la rivalidad entre ricos y pobres; los tiranos se instalan merced a un desequilibrio interno, social y político. Los cambios en las técnicas de la guerra desempeñan también un importante papel. Los tiranos serán con frecuencia jefes militares, lo que otorga a la tiranía del siglo IV un aspecto más estrictamente militar que en época arcaica (Dionisio el Viejo, Jasón de Feras). A veces también la posibilidad de un peligro exterior se constituye en causa a tener en cuenta; los tiranos se comportan como jefes militares que defenderán su ciudad contra los peligros extranjeros (por ejemplo Dionisio el Viejo contra los cartagineses en Sicilia).

La tiranía del siglo IV más célebre, incluso la de toda la historia de Grecia, es la de Dionisio el Viejo en Sicilia. Llega al poder en Siracusa en 406-405, se mantendrá en él hasta su muerte en 367; su reinado, en último término, marca el final de la historia de la ciudad griega en Sicilia. Reunió bajo su mando la mayor parte de Sicilia (excepto la parte occidental que quedaría bajo control de Cartago), y extendió su poderío al sur de Italia. Su imperio es territorial, y prefigura el de las monarquías helenísticas, pues Dionisio no es el tirano de Siracusa como Pisístrato lo fuera de Atenas. Para él Siracusa es una capital-fortaleza, desde donde gobierna su imperio, y a ella traslada a la población de las ciudades enemigas destruidas por él. Dionisio lleva el título oficial de «arconte de Sicilia», título nuevo que refleja sus ambiciones territoriales. A su muerte, su hijo Dionisio el Joven le sucede sin dificultad. Si bien es cierto que luego la tiranía se hundirá a causa de las disensiones internas habidas en la casa del tirano, debe considerarse el intento del corintio Timoleón, que desde el 344 hasta su muerte en el 336 (?) luchará por liberar a Sicilia de sus tiranos y por restablecer la autonomía de las ciudades griegas y su prosperidad por medio de un programa de

colonización; fracasará, lo que significa que la ciudad griega hacía tiempo que había fenecido en Sicilia. Veinte años después, vuelve a instalarse la tiranía en Siracusa en la persona de Agatocles, que empieza su carrera de tirano para acabarla de monarca helenístico reconocido como tal por los demás soberanos de la época.

En resumen, en Sicilia la ciudad fracasó bastante antes que en otras partes, mucho antes de la guerra del Peloponeso, y de modo más radical que en el resto del mundo griego. Siracusa sólo conoció un breve «intermedio democrático» de unos sesenta años entre el final de la tiranía de los Dinimênidas en 466 y el comienzo de la tiranía de Dionisio el Viejo, intermedio que fue gravemente turbado en diversas ocasiones y que contrasta singularmente con la estabilidad de Atenas, su gran rival democrática del este. ¿A qué se debe esta diferencia? A decir verdad las causas son bastante confusas. Generalmente, se arguye el «peligro cartaginés»: las ciudades griegas de Sicilia, incapaces de resistir a Cartago por sus propios medios, habrían tenido que recurrir a hombres fuertes para asegurar su defensa. Es éste un factor bien real, pero el problema es más complejo. Cartago dista mucho de haber sido un Estado sistemáticamente agresivo, y a pesar de los numerosos conflictos bélicos mantenidos con los griegos, se dieron largos períodos de paz. Además, la agresión la inician, generalmente, los griegos. Si bien es cierto que la amenaza cartaginesa estuvo siempre latente (como en 406-405, al tomar el poder Dionisio), también deben considerarse otros factores, en particular la inestabilidad social que caracteriza toda la historia de los griegos de Sicilia. De uno a otro extremo se reencuentra el problema de la desigualdad social, agravada por la brutalidad de los tiranos que desde el siglo V no vacilan en destruir ciudades griegas y trasplantar sus poblaciones, y que además utilizan mercenarios a una escala desconocida en la Grecia oriental, incorporándolos por fuerza al número de los ciudadanos. La estabilidad de la ciudad presuponía la estabilidad del grupo social. Las ciudades griegas de Sicilia la conocieron en menor medida que las del este, y el intento de restauración de Timoleón llegó demasiado tarde para frenar el curso de los acontecimientos. El propio Timoleón, enemigo de los tiranos, se les parecía en muchos aspectos, pero principalmente porque necesariamente tuvo que apoyar su autoridad en ejércitos de mercenarios.

La monarquía en el siglo IV no sólo progresa en el terreno de los hechos —tanto en las antiguas ciudades griegas como en las regiones periféricas (soberanos de Salamina de Chipre, del Bósforo, los reyes de Macedonia, etc.)—, también lo hace en el terreno de la ideología. Si bien todos los pensadores y filósofos políticos del siglo IV defendieron abiertamente la superioridad de la ciudad como único marco

69

aceptable de una existencia civilizada, no por ello dejaron de dar cabida cada vez con mayor amplitud a la realidad de la monarquía. En 380 Isócrates aún pretendía la unificación del mundo griego bajo la égida de una ciudad, Esparta o Atenas. Pero luego se dirigirá cada vez más hacia los poderosos de la época, y en definitiva hacia Filipo de Macedonia. En todos los pensadores políticos del siglo IV podemos encontrar tendencias monárquicas, que reflejan la evolución de la época. Cada vez en mayor grado el poder efectivo pasa de las viejas ciudades a los soberanos, griegos o no, que tienen los medios financieros de asegurarse la fuerza militar de la que carecen las ciudades. Consecuentemente a la pérdida del control de la función militar, las ciudades pierden la iniciativa política.

Aspectos internos de la decadencia de la ciudad en Atenas

Como ya se ha visto, Atenas sintió la crisis menos intensamente que el resto de las ciudades griegas, sin embargo, no por ello deben dejarse de observar los múltiples signos de la evolución que se estaba llevando a cabo. En el siglo V la política prima sobre las demás actividades y la vida del ciudadano es absorbida en gran medida por el Estado. En el siglo IV la política deja de desempeñar un papel tan dominante, ya no es sistemáticamente asunto de todos y cada uno. Al igual que la función militar, que tiende a la especialización, también la política se profesionaliza cada vez más, tal es el caso de oradores como Demóstenes. La élite social ya no corresponde exactamente a la élite política, a diferencia del siglo V. La política y los asuntos de Estado irán cediendo terreno, poco a poco, a los asuntos privados. El cambio de tono resulta manifiesto en la comedia, en la que la política quedará totalmente excluida.

A partir de ahora los personajes típicos serán el cocinero, el soldado, la cortesana y el parásito. Ya no se considera sólo al ciudadano, sino también al hombre como individuo particular. De nuevo reaparecen los valores familiares y privados, camuflados durante el siglo V debido al triunfo democrático. Este hecho resulta manifiesto en el arte, sobre todo en el funerario (por ser expresión más directa de la vida cotidiana que el arte monumental), en el que los sentimientos familiares se expresan con gran viveza. Filósofos y médicos se interesan mucho más que en el pasado por la alimentación y la educación durante la infancia. La ciudad deja de ser el único marco de referencia e incluso dentro de ella empiezan a desarrollarse asociaciones privadas (de carácter social y religioso), pero resulta muy interesante constatar que la proliferación de estas asociaciones —que se incrementarán durante la época helenística—, marca el retroceso de la ciudad, ya que estas agrupaciones organizativamente son fiel re-

flejo de las instituciones de la ciudad democrática.[14] No obstante su decadencia, la ciudad seguirá ejerciendo su influencia.

Las reacciones ante la crisis

Frente al evidente fracaso de las ya tradicionales tentativas hegemónicas de las ciudades griegas (Esparta, Atenas, Tebas) y al permanente e inviable estado de guerra se desarrolla ideológica e institucionalmente una corriente de pensamiento y un movimiento pacifistas. En 380, Isócrates, en su *Panegírico*, aún defendía la política imperialista que Atenas desarrolló durante el siglo V. Pero en su panfleto *De la paz*, de 356, condena los métodos de antaño e invita a los atenienses a que implanten su supremacía por medios pacíficos. Jenofonte, en su panfleto sobre los *Ingresos*, de la misma época, le hace eco e intenta convencer a sus lectores de que la paz es para el Estado más provechosa que la guerra, lo cual constituye un punto de vista nuevo, que para un griego no era en absoluto claro ni se imponía fácilmente por sí solo. Platón condena la guerra entre griegos y la asemeja a la guerra civil. Asimismo Aristóteles critica con indignación las viejas formas de imperialismo, en particular el de Esparta tras la guerra del Peloponeso.

En el siglo IV, también se vislumbra una nueva evolución de las instituciones. La idea de una paz común va arraigando entre los griegos; la paz común garantiza a todos los Estados griegos (de la Grecia continental y del Egeo), sean o no beligerantes, la autonomía, y sin ninguna restricción de tiempo.[15] Desde estas perspectivas, la paz común supone un notable progreso con relación a la anterior práctica diplomática. Hasta este momento sólo hay tratados bilaterales entre dos estados beligerantes para poner fin a una situación de guerra (así los tratados de Esparta y Atenas de 446-445 y de 421). Por otro lado, estos tratados de paz acostumbraban tener una validez temporal limitada (30 años en 446-445; 50 en 421): se ha dicho y con razón que hasta el siglo IV la paz era entendida, sólo, como una interrupción de la guerra. Por último, los tratados anteriores al siglo IV no reconocían que la autonomía debía ser el estado natural de todas las ciudades griegas sin distinción.

Pero no por ello la evolución de las ideas y de las instituciones pudieron cambiar el curso de los acontecimientos. La situación dominante es la de guerra, y el imperialismo siguió vivo entre los griegos, llegando incluso a ser duradero. La propia paz común en

14. Véase Poland, Fr.: *Das griechische Vereinswesen*, Leipzig, 1909; Ferguson, W. S., «The Attic Orgeones», *Harvard Theological Review*, 37, 1944, págs. 61-140.
15. Véase Ryder, T. T. B.: *Koine Eirene*, Oxford, 1965, y la reseña de Vidal-Naquet, P., en *Revue des études grecques*, 80, 1967, págs. 613-614.

70

la práctica sólo es un *slogan*: la primera paz común acordada y que se halla en el origen de todas las demás es la paz del Rey de 387-386, que convierte a los griegos de Asia Menor en súbditos del Gran Rey. La cláusula sobre la autonomía de dicho tratado de paz es utilizada por Esparta como pretexto para romper todas las coaliciones rivales que se producen en el mundo griego (renacimiento del imperio de Atenas, liga beocia, liga calcidia en Tracia), sin por ello disolver su propia liga peloponesia. Evidentemente a Esparta, garante de la paz del Rey, poco le preocupaba el principio de autonomía en sí mismo.

Asistimos igualmente a cierta toma de conciencia de la importancia de los problemas sociales y económicos, y esta nueva preocupación se constata a la vez en el terreno de las instituciones y en el de las ideas. En el siglo IV numerosas ciudades griegas padecen disturbios sociales y económicos: en el segundo libro de los *Económicos*, de escuela aristotélica, numerosos ejemplos muestran los mecanismos a los que recurrieron, en varias ocasiones, ciudades y soberanos para intentar remediarlos. En Atenas las magistraturas puramente financieras adquirieron una relevancia que nunca habían tenido durante la época de mayor prosperidad del siglo V; los hombres de Estado frecuentemente fueron expertos en materia de finanzas, tal es el caso de Calístrato de Afidna en los años 370-360, Eubulo en los años 350-340 y Licurgo entre 330-320. La literatura también refleja esta toma de conciencia, que ya es visible en las últimas comedias de Aristófanes, en las que se abandonan los temas propios de la guerra del Peloponeso, de carácter bastante político, para pasar a una temática que recoge las preocupaciones de tipo social: así el *Pluto* de 388 desarrolla el tema de la riqueza y la pobreza. Las obras que afectan más o menos directamente a problemas de índole económica hacen su primera aparición datable en el siglo IV: de Jenofonte han de citarse el *Económico* y sobre todo el panfleto sobre los *Ingresos*; de la escuela aristotélica los *Económicos* en sus tres libros. No son éstos sino tímidos comienzos de un pensamiento económico autónomo, comienzos que no tuvieron luego una auténtica continuación.

Novedades en la vida económica de Atenas

El siglo IV no sólo fue una época de crisis y de decadencia de las antiguas instituciones, antes bien conoció asimismo auténticas innovaciones en el campo económico, al menos por lo que se refiere a Atenas. Es cierto que ésta es la única ciudad de la que disponemos de documentación suficiente (los alegatos de defensa civiles reunidos bajo el nombre de Demóstenes constituyen una fuente particularmente preciosa para toda la vida económica de Atenas). No obstante

es muy probable que las novedades que conoce la vida económica durante el siglo IV sólo pudieran desarrollarse en Atenas, que en esta época sigue siendo el centro de actividad económica más importante del mundo egeo, a pesar de haber perdido la supremacía política. Puede encontrarse en Atenas cierto desarrollo de lo que Aristóteles llama la «crematística» y que él opone al arte de adquisición únicamente de lo necesario y, por lo tanto, legitimado; mientras que la «crematística» no es natural, es el apetito sin límite de riquezas, que él apunta como uno de los rasgos de la época, sin mencionar que efectivamente este rasgo es absolutamente nuevo.

En primer lugar, se observa a partir de la segunda mitad del siglo IV, una evolución del derecho comercial que sustituye a las antiguas *symbolai* (tratados jurídicos) que concluían bilateralmente entre dos Estados para resolver los litigios que se producían entre los ciudadanos de ambos Estados. El derecho comercial ático de la segunda mitad del siglo IV presenta unas características nuevas, que parecen específicas y particulares de Atenas.[16] La primera novedad es que la personalidad jurídica del esclavo, mal definida como estaba o bien inexistente en el derecho hasta esta fecha, va imponiéndose. Los esclavos pueden servir de testigos al igual que los hombres libres (mientras que antes la regla era la tortura); pueden firmar contratos por su cuenta y ser demandados personalmente. La misma evolución se produce para los no ciudadanos: los extranjeros se miden por el mismo rasero que los ciudadanos, sin que el derecho comercial haga mención alguna sobre su nacionalidad, comparecen ante la justicia en pie de igualdad respecto a los ciudadanos atenienses, se presentan ante los mismos magistrados y no necesitan ya ningún *prostates* (patrono) que los represente. El derecho comercial valora por primera vez la copia escrita, mientras que antes sólo contaban los testigos. Por último, las causas comerciales son beneficiarias de una tramitación de urgencia, puesto que han de ser falladas en el plazo de un mes. La cuestión era favorecer a los comerciantes para que pudieran salir otra vez a la mar sin perder tiempo.[17]

Otra novedad en la vida económica es el desarrollo del préstamo marítimo o contrato a la gruesa. Debido a la falta de capital líquido, los comerciantes marítimos se veían obligados a tomar dinero a crédito para sus viajes de negocios. En este terreno se desarrolla una

16. Véase Gernet, L., «Sur les actions commerciales en droit athénien», *Droit et société dans la Grèce ancienne*, París, 2.ª ed., 1964, págs. 173-200, y sobre los esclavos, *ibidem*, págs. 155-164.

17. Hacia finales del siglo IV se conoce en Tasos un tipo de procesos cuyo veredicto debía emitirse en el plazo de un mes, como en Atenas: véase Salviat, F.: *Bulletin de correspondance hellénique*, 72, 1958, págs. 209-212. Sobre el desarrollo del documento escrito, véase Préaux, C., «De la Grèce classique à l'Egypte hellénistique. Note sur les contrats à clause exécutoire», *Chronique d'Egypte*, 65, 1958, págs. 102-112.

71

nueva forma de préstamo muy diferente de los préstamos sobre la tierra (para éstos, véase más adelante). Las sumas que se toman prestadas pocas veces sobrepasan las 2000 dracmas, siendo contratadas tan sólo por la duración del viaje (a lo sumo unos meses), y se consignan en un contrato escrito. Los riesgos del viaje corrían a cuenta del acreedor, mientras que el prestamista aportaba como garantía su barco, su mercancía o ambas cosas. Los intereses eran enormemente elevados y variaban considerablemente; el riesgo era muy alto (inseguridad en los mares, debido a la piratería, a la guerra o a las tempestades), pero las ganancias podían ser muy grandes para el acreedor.

Igualmente en el siglo IV se asiste a cierto desarrollo de la banca.[18] Es conocida la existencia de algunos banqueros atenienses de la época por los actos de defensa civiles. El más célebre de ellos, Pasión, que murió en 370, anteriormente había sido esclavo, pero logró obtener la libertad y más tarde el derecho de ciudadanía ateniense. Pasión poseía un taller en el que se fabricaban escudos y un banco. A su muerte su hijo Apolodoro heredó bienes inmuebles por valor de veinte talentos, repartidos en tres demos. A su mujer le dejó una dote de dos talentos, una casa por valor de cien minas, oro, ropas y joyas.

El desarrollo de fortunas mobiliarias es también característico del siglo IV. La evolución se inició a comienzos de la guerra del Peloponeso, y correspondió a la llegada de los «demagogos» tras la muerte de Pericles (Cleón e Hipérbolo entre otros). Su riqueza consistía por lo general en un taller en el que trabajaban esclavos. La evolución prosiguió durante el siglo IV y son conocidos distintos casos de ciudadanos atenienses ricos cuya fortuna dependía en parte o en su totalidad de fábricas de ese estilo, sin necesidad de bienes inmuebles.

Todos estos signos de renovación en la vida económica exigen, sin embargo, una interpretación prudente. Se ha dicho a veces que la economía griega del siglo IV estaba en la antesala de una economía «moderna».[19] Los viejos prejuicios contra la actividad económica estaban en trance de desaparecer, superados por la aparición de valores estrictamente económicos. El nuevo racionalismo económico traía consigo la división del trabajo y la especialización de la producción. Al *homo politicus* del siglo V sucedería el *homo oeconomicus*. ¿Qué pasaba en realidad? Sin que se pretenda negar la innovación en algunos aspectos de la vida económica de la Atenas del siglo IV, debería dilucidarse su verdadero alcance.

18. Véase Bogaert, R.: *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leyden, 1968, y la reseña de Humphreys, S. C., en *Journal of Hellenistic Studies*, 90, 1970, págs. 452-454.

19. Rostovtzeff, M.: *Social and Economic History of the Hellenistic World*, I, Oxford, 1940, págs. 100-101 (trad. cast.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, *op. cit.*).

Por lo que respecta al derecho comercial, se ha hecho notar que su desarrollo coincide precisamente con la decadencia del poderío de Atenas aproximadamente en esta misma época, decadencia que hacía aún más difícil el problema del aprovisionamiento de Atenas, esencialmente el de trigo. El desarrollo en Atenas de una legislación que favorecía a los comerciantes obedecía en definitiva a la necesidad de impulsar la importación de trigo. La ciudad, que ya no estaba tan capacitada como antes para imponer su poderío, tiene que asegurarse el favor de los comerciantes extranjeros, de quienes depende para su supervivencia. La protección jurídica que el Estado ateniense garantiza es extensible únicamente a las empresas comerciales que tienen ubicado en Atenas su punto de partida o de llegada, y no a la actividad económica ateniense en general.

Por lo que se refiere a los bancos, la evolución también fue limitada: el propio término «banco» se presta a confusiones. Entre un banco moderno y uno ateniense la distancia es bastante grande. El banco moderno es ante todo un instrumento de crédito destinado a favorecer la empresa económica. Los bancos atenienses, en cambio, trabajan a pequeña escala; son ante todo establecimientos de cambio y de préstamos bajo garantía. Una buena parte de la riqueza en moneda existente no llega nunca a sus manos, sino que la mayor parte de las veces se encuentra atesorada. Las sumas que les son confiadas no son invertidas en empresas económicas; no parece que los bancos colocaran el dinero de sus clientes en préstamos marítimos. Por otra parte los banqueros que son metecos (y muchos lo son) no pueden admitir préstamos sobre la garantía de fincas, ya que los metecos están apartados de la propiedad inmobiliaria. Los bancos atenienses no son instituciones de crédito destinadas a animar las inversiones productivas. En resumen, todo lo que constituye el carácter fundamental y esencial de los bancos modernos falta totalmente en los bancos griegos.

Aparte del desarrollo del crédito comercial marítimo, hay que citar la progresiva práctica de los créditos sobre la propiedad inmobiliaria, práctica que conocemos en parte por los autos de defensa civil del siglo IV y en parte por una serie de inscripciones de los siglos IV y III, simples mojones hipotecarios colocados de modo bien visible en las tierras, casas o talleres hipotecados, para hacer pública la existencia de la deuda (estos mojones, dicho sea de paso, no tienen nada que ver con los de la época de Solón, y, por consiguiente, nada dicen acerca de una eventual crisis que afectara a los pequeños campesinos; en realidad se trata únicamente de bienes bastante importantes que pertenecen a las clases acomodadas). Estos préstamos son bien diferentes de los préstamos sobre el comercio marítimo.[20] Ade-

72

20. Véase Finley, M. I.: *Studies in Land and Credit in Ancient Athens, 500-*

7

más de las diferencias de forma (los préstamos se cierran muchas veces verbalmente ante testigos, sin escritura, de ahí que se utilicen los mojones hipotecarios, único medio de hacer pública la deuda), la naturaleza de estos préstamos es completamente diferente. Muchas veces se hacen sin interés, o éste es mucho menos elevado que el de los préstamos marítimos (más o menos entre el 10 % y el 18 %); el elemento de riesgo era evidentemente menor. Pero existe una diferencia fundamental: son siempre préstamos para gastos de prestigio. Los préstamos sirven para asegurar el ejercicio de cargos políticos (por ejemplo, para financiar liturgias), o se invierten en funciones sociales (dote de las hijas, seguridad para los suegros). Los préstamos no pueden utilizarse para incrementar la propiedad ni en provecho de ningún tipo de empresas económicas. Nunca constituyen inversiones productivas y lo más notable es que las sumas en cuestión son muchas veces superiores a las invertidas en el comercio marítimo, que de hecho eran los únicos préstamos realmente productivos. Así pues, el análisis de los tipos de préstamo, confirma la existencia de dos mundos separados, que responden a dos sistemas de valores diferentes. El mundo de la tierra sigue disociado del mundo del dinero. No hay un verdadero mercado del suelo. Aunque durante el siglo IV la tierra cambia muchas veces de manos, no por ello se convierte en un auténtico valor de compraventa, explotado por sus posibilidades económicas. Todo un sistema de valores arcaicos está aún asociado a ella, valores que no son económicos, sino bien distintos del espíritu de la «crematística».

Por lo que respecta a las fortunas muebles, llama la atención que los nuevos ricos de la Atenas del siglo IV asimilen los valores aristocráticos de la élite social, en cuanto llegan a la cumbre. Pasión, después de hacer su fortuna y de convertirse en ciudadano, se apresurará a comprar propiedades inmuebles, que le conferirán la respetabilidad social reservada a los propietarios de fincas. Su hijo Apolodoro se confunde en su comportamiento y sus ideas con la aristocracia de Atenas. Demóstenes, que había heredado de su padre una fortuna mobiliaria, en sus ideas es un hombre del siglo V. A pesar, pues, de la evolución de la vida económica, los antiguos valores seguían aún vigentes en pleno siglo IV, encontrándose en muchas ocasiones juicios hostiles a la actividad económica (así, por ejemplo, en el propio Demóstenes). El ciudadano pobre preferirá los *misthoi*, que le concede el Estado, a la actividad económica, pues el derecho a ellos es expresión de su condición de ciudadano. De manera general, las empresas comerciales e industriales continúan siendo relativamente modestas. Las diversas empresas que posee una misma persona siguen

200 B. C., Rutgers, 1952, pág. 77; *id.*, «Land, debt, and the man of property in classical Athens», *Political Science Quarterly*, 68, 1953, págs. 249-268.

estando separadas unas de otras, sin unificarse ni formar de ese modo una gran compañía.

Abandono del ideal del campesino ciudadano

La verdadera novedad del siglo IV no consiste, pues, en ningún tipo de revolución económica, hipotéticamente basada en un profundo cambio de mentalidad y de valores. Paradójicamente, habría consistido en un retorno a los modelos arcaicos, que ya habían sido superados anteriormente. Una de las mayores conquistas de la época clásica es el desarrollo del ideal de campesino-ciudadano. A diferencia de los campesinos de las civilizaciones del Oriente Próximo, y a diferencia también de los grupos de tipo ilota de Esparta y de otras partes del mundo griego y colonial, el campesino afirma en la ciudad clásica su situación económica y política y se convierte en ciudadano de pleno derecho, eliminándose así la oposición entre la ciudad y el campo. En el siglo IV el ideal se corresponderá cada vez menos con la realidad, pues en gran parte del mundo griego la clase campesina se debilitará. Es más, aunque el ideal sigue expresándose, se convierte en blanco de una crítica implícita. La oposición entre la ciudad y el campo vuelve a aparecer, incluso en Atenas. Ya en las *Nubes* de Aristófanes (423), el personaje del rústico (el *agroikos*) es antagónico —en el caso de Estrepsíades— al del ciudadano (el *asteios*). Este mismo tipo lo heredará la Comedia Nueva (hubo varias comedias tituladas *Agroikos*) y Teofrasto lo incluye entre sus *Caracteres*. En las *Leyes* Platón suprime salomónicamente la oposición entre el campo y la ciudad: los ciudadanos poseerán sus tierras tanto en el centro como en la periferia.[21]

Los pensadores políticos propondrán una solución, que luego se llevará a cabo, a la crisis social que padece el mundo griego y uno de cuyos signos más manifiestos es el desarrollo del mercenariado. Si bien el imperialismo encuentra bastantes críticas, por lo demás cada vez más vivas, durante el siglo IV, según ya hemos visto, estas críticas no se refieren al imperialismo *strictu sensu*, sino tan sólo al que se ejerce sobre los demás griegos. El que se ejerce sobre los bárbaros y, especialmente, sobre el imperio persa y las poblaciones de Asia, es considerado totalmente legítimo. Al problema social de Grecia se le ofrecerá una solución cómoda, ya esbozada a finales del siglo V, a saber, que los griegos tendrán que conquistar parte de Asia e instalarse en ella explotando el trabajo de las poblaciones bárbaras esclavizadas. Esta fue exactamente la alternativa que se adoptó. A finales del siglo V Jenofonte ya había imaginado la fundación

21. Véase el texto n.º 122.

73

de una colonia de mercenarios en la costa meridional del mar Negro y por esas mismas fechas Gorgias de Leontinos lanza la idea de una guerra nacional contra los persas. Isócrates combinará ambas ideas, la de la guerra contra Persia y la de la colonización del territorio conquistado por los griegos, programa que ocupará gran parte de su carrera de libelista, desde 380 hasta su muerte en 338. En su *Política* Aristóteles intentará justificar teóricamente la esclavitud, argumentando que el pueblo griego fue constituido para mandar y los de Asia para obedecer, de modo que el bárbaro es un esclavo por naturaleza. En su ciudad ideal, la tierra de los ciudadanos no será cultivada por éstos, sino por sus esclavos, de origen mixto, si es posible, o, al menos, por un pueblo bárbaro sometido a la fuerza.

En esto precisamente consistirá la obra llevada a cabo por Alejandro, que hereda de su padre Filipo el ambicioso proyecto, trazado ya por Jasón de Feras hacia los años 370, de conquistar Asia. En el mundo helenístico conquistado por Alejandro las nuevas ciudades griegas fundadas en Asia, tal vez sean aparentemente semejantes a las ciudades clásicas, pero de hecho se hallan bien lejos de ellas, pues las masas de trabajadores las proporcionarán efectivamente las poblaciones sometidas de Oriente.

22. *Política*, 1330 a 25-34.